
Bianca™
LOS CORRETTI
CAROL MARINELLI
Legado de secretos
HARLEQUIN™

# Argumento

Lo que no sabía su secretaria era que él siempre conseguía lo que se proponía.

Elia nunca salía de casa sin su Bolso Santo, que no era precisamente el último diseño de alguna marca de complementos, sino el sitio donde guardaba todo lo necesario para manejar cualquier emergencia que pudiera tener su jefe, el mujeriego Santo Corretti. Pero cuando se complicaron las cosas para la familia Corretti, ni las gafas de sol que llevaba allí para él iban a poder cubrir la preocupación en los ojos de su jefe.

A la familia de Santo siempre la había rodeado el escándalo y el futuro de su imperio siciliano estaba en entredicho. Su hermano estaba detenido en comisaría y la película que estaba produciendo iba de mal en peor. Lo único que quería Santo era un poco de cariño y atención. Pero el corazón de Elia no estaba disponible.

# Prólogo

Elia estaba segura de que nunca iba a olvidar ese momento.

–Por favor, Elia, no te vayas.

Se puso de pie. Estaban en el aeropuerto de Sidney y tenía el pasaporte y la tarjeta de embarque en la mano. Miró a los ojos suplicantes de su madre una vez más. Eran del mismo color ámbar de los suyos. Estuvo a punto de ceder. Le dolía dejarla a solas con su padre.

Pero, teniendo en cuenta todo lo que había sucedido, tampoco creía que pudiera quedarse.

–Tienes una casa preciosa...

–¡No! –la interrumpió Elia con firmeza–. Tengo un piso que me compré con la esperanza de que te fueras a vivir conmigo. Pensé que así por fin te decidirías a dejarlo, pero no lo haces.

–No puedo.

–Sí puedes –insistió Elia–. He hecho todo lo posible para ayudarte a salir de allí, pero te niegas.

–Es mi marido...

–Y yo soy tu hija –le dijo, tratando de contener su rabia–. ¡Me pegó, mamá!

–Porque le disgustaste, hija. Estás intentando que lo deje y me vaya...

Su madre llevaba en Australia más de treinta años y estaba casada con un australiano, pero su inglés seguía siendo bastante pobre. Podía seguir tratando de convencerla, pero sabía que no le iba a servir de nada. Además, no tenía tiempo para eso. Era el momento de decirle las palabras que ya había ensayado en su cabeza. Quería darle a su madre una última oportunidad.

–Vente conmigo –le dijo mientras le entregaba el billete que había comprado en secreto.

–¿Cómo...?

–He traído tu pasaporte –añadió sacándolo del bolso y entregándoselo a su madre para demostrarle que hablaba en serio y que se lo había pensado muy bien.

–Puedes irte y dejarlo, mamá. Puedes volver a Sicilia y vivir allí con tus hermanas. Podrías tener una vida...

Pudo ver en el rostro de su madre cómo luchaba para tomar una decisión. Echaba mucho de menos su país de origen. No dejaba de hablar de sus hermanas y, si por fin tenía el coraje necesario para alejarse de su marido, Elia iba a ayudarla en todo lo que pudiera.

–No puedo –le dijo al fin su madre.

Sabía que no iba a conseguirlo, pero Elia hizo todo lo posible para persuadir a su madre hasta el momento de pasar por seguridad e ir hasta la puerta de embarque. Trató de convencerla para que se fuera con ella, pero su madre ya había decidido que no iba a hablar más de ello.

–Espero que tengas un buen viaje, Elia.

–No es solo un viaje, mamá. No me voy de vacaciones... –le recordó Elia.

Quería que su madre se diera cuenta de lo seria que era la situación, que no se iba al extranjero para pasar un par de semanas de descanso.

–Mamá, voy a buscar trabajo allí.

–Pero me dijiste que ibas a visitar Sicilia.

–Puede que lo haga.

La verdad era que no estaba segura.

–No sé si podré, mamá. Esperaba ir contigo. Ahora creo que me quedaré en Roma.

–Bueno, si al final vas a Sicilia, dales un gran abrazo a tus tías de mi parte. Diles que...

Gabriella vaciló por un momento antes de continuar.

–Quieres que les diga cualquier cosa menos la verdad,

¿no? –repuso Elia mirando a su madre.

Sabía que iba a meterse en un lío por haberse atrevido a acercarse con ella al aeropuerto. Pero, aun así, quería que le dijera a sus tías que su vida en Australia era fantástica. Le parecía increíble que quisiera seguir manteniendo las apariencias de esa manera.

–¿Me estás pidiendo que mienta, mamá?

–¿Por qué me haces esto? –le preguntó Gabriella.

Era la misma reacción que tenía siempre cuando Elia se cuestionaba las cosas o se negaba a aceptar su situación.

A veces le parecía que era más siciliana que su madre. Desde luego, creía que tenía más carácter que ella. No entendía por qué su madre le estaba haciendo algo así. Por qué se había limitado a observarlos y gritar cuando su padre la golpeó en vez de tener el coraje de levantarse e irse de allí. Pero sabía que no era el mejor momento para echarle nada en cara.

Elia no había compartido sus sentimientos con nadie, ni siquiera con su madre, desde aquel día.

–Tengo que irme, mamá –le dijo mientras miraba la pantalla que anunciaba las salidas–. Mamá, por favor... –añadió una vez más con emoción contenida.

–Vete, Elia.

Gabriella se despidió de su hija entre lágrimas, pero Elia las contuvo. No había llorado desde aquel terrible día, aunque ya habían pasado dos meses. Abrazó a su madre y se dirigió a la aduana. Después, se sentó con los ojos aún secos en el avión. Tenía un asiento vacío a su lado. Se sentía muy culpable al haber dejado allí a su madre, pero también sabía que no había nada más que pudiera hacer.

Tenía veintisiete años y ya había pasado bastante tiempo tratando de apartarla de su padre. Hasta el punto de haber elegido su trabajo por el dinero, no porque le apasionara.

Había trabajado como secretaria personal para un par de directores generales. Después, había ido ascendiendo en su carrera hasta llegar a ser la secretaria de un político. Había pasado los últimos dos años en Canberra, temiendo lo que iba a ver de vuelta a su casa en Sídney.

Como no podía vivir así, había cambiado un buen trabajo por uno no tan bueno para poder vivir cerca de ellos. Incluso se había comprado una casa más cerca de sus padres. Pero, después de tantos años tratando de ayudar a su madre, se había dado cuenta de que tenía que escapar.

Tenía muy buenas referencias y sabía hablar italiano. Creía que ya era hora de tener una nueva vida. Su vida.

No se le había pasado por la cabeza que fuera a necesitar algo de tiempo para recuperarse de todo lo que había pasado.

Se había centrado por completo en la búsqueda de un nuevo trabajo. Pero, después de tomar la decisión, se había dado cuenta de que la idea era más intimidante de lo que le había parecido en un principio.

Para empezar, llegó a Roma en pleno mes de enero. Había pasado del cálido verano australiano a un frío invierno. Y aquella era una gran ciudad. Nunca había vivido en un sitio tan grande ni con tanta gente.

Aprovechó los primeros días para visitar los lugares más turísticos. Fue al Vaticano y tiró una moneda de espaldas a la Fontana de Trevi, tal y como su madre le había pedido que hiciera. Pero no sabía por qué se lo había pedido. Después de todo, estaba segura de que su madre nunca iba a volver a Italia.

Fue en tren a Ostia Antica, visitó las ruinas y se congeló mientras caminaba por la playa. Tenía mucho tiempo para pensar y esperaba sentir cómo su alma empezaba a curarse después de todo lo que había pasado, pero no ocurrió.

Así que, en lugar de sentarse a esperar, se puso a buscar trabajo.

–Tiene mucha experiencia para alguien de su edad, pero... –le decían en todas las empresas de colocación.

También lo hizo Claudia, la mujer con la que se estaba entrevistando.

Tenía un currículum impresionante y podía hablar italiano, pero su nivel no era tan bueno como para que la agencia de colocación contara con ella.

–Lo entiendes mejor que lo hablas –le dijo Claudia–. ¿Te interesa algún otro tipo de trabajo?

Había sido muy amable con ella y decidió que era mejor pasar por alto el comentario y no dejar que eso la ofendiera. En cuanto a otro tipo de trabajo, estuvo a punto de decirle que no, pero se dio cuenta de que no tenía nada que perder siendo sincera.

–Me interesa mucho la industria del cine –le confesó Elia.

–No tenemos actores inscritos en nuestra agencia, no nos encargamos de eso.

–No, no... –le aclaró Elia–. Lo que me interesa es dirigir.

Era lo que siempre había querido hacer. Pero, hasta ese momento, su prioridad había sido encontrar un tipo de trabajo con el que pudiera ahorrar el dinero suficiente para que su madre pudiera irse de su casa.

En lugar de intentar trabajar como becaria mal pagada en el cine, había buscado siempre empleos bien remunerados. Pero esa mañana, sentada en esa pequeña agencia de empleo en el centro de Roma, Elia se dio cuenta de que había llegado el momento de centrarse en sí misma.

–Lo siento –respondió Claudia encogiéndose de hombros y con gesto impotente.

Elia abrió la boca para darle las gracias mientras se levantaba de la silla, pero Claudia la detuvo.

–Un momento. Tenemos un cliente en Palermo, Corretti Media, que necesita a alguien. ¿Has oído hablar de ellos?

–Un poco –repuso–. Han tenido unos cuantos éxitos durante los últimos años, ¿no?

–Sí. Alessandro es el director general de la empresa y Santo es productor de cine.

–Es verdad. He oído hablar de él.

Pero no lo conocía precisamente por sus dotes como productor, sino por su escandalosa vida.

–Me han dicho que cambia constantemente de secretaria –le dijo la mujer con una mueca–. Te encargarías de viajar con él cuando va a los rodajes. Pero necesita a alguien con una mente abierta. Siempre se está metiendo en líos y tiene reputación de mujeriego.

A Elia no le preocupaba nada la fama que tuviera, la mera idea de estar en un rodaje y empezar a tener algo de experiencia en el cine le apasionaba. Creía que sería al menos un comienzo.

–A lo mejor no le importa que tu italiano no sea perfecto si

le digo que estás familiarizada con la industria del cine.

–Además, mi italiano está mejorando cada día –insistió Elia.

–Y también deberías mejorar tu aspecto.

Esa vez, no pudo evitar sentirse ofendida.

–Santo Corretti esperará ver a alguien con un aspecto impecable.

–Entonces, eso es lo que tendrá –repuso Elia con una sonrisa forzada mientras se levantaba.

–Espera un momento –le pidió la dueña de la agencia.

Elia se sentó mientras Claudia hacía una llamada. Estaba muy nerviosa. Por primera vez en su vida, quería de verdad un trabajo, lo deseaba más de lo que había deseado nada.

No pudo evitar sonrojarse cuando Claudia la miró y le dijo a su interlocutor que sí, que era guapa y rubia.

–Lo siento... –le dijo Claudia cuando colgó–. He hablado con la que aún es su secretaria. Aunque está deseando dejar el trabajo, cree que no das el perfil. Al parecer, es muy particular.

–Bueno, gracias por intentarlo.

Salió de la agencia después de despedirse de Claudia y fue a tomarse un café. Se quedó ensimismada mirando a la gente por la ventana del establecimiento. No sabía por qué se sentía tan decepcionada. Se trataba de un trabajo para el que ni

siquiera había sido entrevistada.

Y aunque se hubiera presentado ante Santo Corretti, no creía que hubiera tenido ninguna oportunidad. Le parecía que las mujeres italianas tenían una elegancia innata y ya le había dicho Claudia que ese hombre no quería a nadie que no diera la talla en ese sentido.

Le habría bastado con echarle un vistazo y observar su aburrido traje gris para darle la misma respuesta negativa que había obtenido en la agencia.

De todos modos, ni siquiera estaba segura de que hubiera querido trabajar en Sicilia, donde había nacido su madre. Aunque una parte de ella tenía curiosidad.

Cuando salió de la cafetería, en lugar de ir hacia la siguiente agencia de su lista, se encontró mirando el escaparate de una exclusiva boutique, preguntándose qué se pondría la secretaria de Santo Corretti.

Unos minutos más tarde, le estaba preguntando lo mismo a la dependienta de la tienda. No le dio el nombre del productor, le dijo solo que tenía una entrevista de trabajo muy importante.

Una hora después, estaba sentada en un salón de belleza. Le habían cortado las puntas y recogido a la nuca su pelo largo y rizado. También llevaba nuevo maquillaje y se había hecho las uñas.

A primera hora de la tarde, pagó la cuenta del hotel y tomó el corto vuelo que la separaba de Sicilia. Cuando estaba a punto de llegar, miró desde la ventanilla la isla que había visto en un sinfín de fotografías descoloridas que su madre le había descrito una y otra vez. A pesar de la belleza de las montañas cubiertas de nieve, del mar azul brillante y de las casitas blancas de la costa, no sabía si de verdad estaba preparada para aquello.

Pero se recordó que estaba allí para trabajar.

Creía que lo más valiente que había hecho en su vida había sido dejar Australia. Pero, mientras se levantaba de su asiento y salía del avión, se dio cuenta de que lo que estaba haciendo en esos momentos también era muy valiente. O quizás fuera la decisión más absurda de su vida.

De un modo u otro, no iba a tardar en tener una respuesta. Paró un taxi y se metió en él.

–Corretti Media –le indició al conductor conteniendo la respiración.

Elia sacó su espejo del bolso. Se alisó el cabello y se retocó el maquillaje. Sonrió al ver su reflejo y se fijó en sus blancos dientes. Sabía que nadie podría adivinar el precio que había pagado para conseguir esa sonrisa. Y no se refería precisamente al dinero.

Cerró el espejo y lo guardó. No quería pensar en ello.

Cuando el taxi se detuvo frente al edificio de Corretti Media, pagó al taxista y entró con paso firme. Fue directa a donde estaba la recepcionista y le dijo que estaba allí para una entrevista de trabajo en relación con el puesto de secretaria.

–*Un attimo, prego* –le pidió la recepcionista mientras llamaba a alguien por teléfono.

Le dijo después que subiera a la planta superior. Cuando salió del ascensor, se encontró con una mujer muy bella y llorosa que le dio una agenda negra y las llaves de un coche.

–*Buona fortuna!* –le dijo la joven.

Después gritó por encima del hombro un refrán italiano que Elia le había oído un par de veces a su madre.

–«Si me engaña una vez, la culpa es de él. Si me engaña dos veces, la culpa es mía».

–Entonces, supongo que eso es un no, ¿verdad?

Elia se dio la vuelta al oír tras ella una voz profunda y muy masculina.

Al verlo, no le costó entender por qué la secretaria se había ofrecido a darle una segunda oportunidad. Pero estaba claro que no iba a darle una tercera.

Se quedó sin aliento al ver sus ojos verdes y su media sonrisa. Se fijó entonces en su sensual boca y en su mejilla izquierda, donde aún tenía la marca roja de la bofetada que

acababan de darle.

–¿Está aquí para la entrevista de trabajo? –le preguntó a Elia italiano.

Cuando ella asintió con la cabeza y se presentó, el hombre le hizo un gesto para que pasara a su despacho y así lo hizo.

No le había dicho quién era él, pero estaba claro que no necesitaba presentación.

# Capitulo Uno

Santo se despertó sobresaltado y con el corazón a cien por hora. Extendió la mano a un lado para buscar el confort de un cuerpo a su lado, pero vio que no estaba en la cama con una mujer, sino solo y en un sofá.

Trató de recordar lo que había pasado la noche anterior, pero su mente no le respondió, se limitó a mostrarle pequeñas pistas.

Había una botella de whisky vacía en el suelo. Tuvo que pasar por encima de ella para ir al baño. Vio entonces que aún llevaba puesto el traje para la boda, pero sin corbata, y su camisa estaba arrugada y rota.

Comprobó el bolsillo interior de su chaqueta, recordó que Elia le había hecho comprobar varias veces que tenía los anillos antes de que fuera al hotel para cambiarse y ser el padrino en la boda de su hermano. Seguían en el bolsillo.

Se mojó la cara con agua. Tenía magulladuras y moretones en la cara y en el torso.

Se miró el cuello e hizo una mueca, pero unos cuantos apasionados mordiscos eran el menor de sus preocupaciones

cuando comenzó a recordar los acontecimientos de la noche anterior.

–¡Alessandro! –exclamó.

Tomó el teléfono para pedir un chófer, pero se puso la recepcionista y le preguntó dónde quería ir. Santo colgó inmediatamente.

Miró por la ventana desde su suite de lujo, podía ver a la prensa esperándolo en la acera. Pero no podía soportar la idea de enfrentarse a ellos ni a su hermano, a solas. Tomó de nuevo el teléfono.

–¿Puedes recogerme?

A pesar de la hora, Elia contestó el teléfono con los ojos aún cerrados. Después de cuatro meses trabajando para Santo Corretti, estaba más que acostumbrada a que la llamara a cualquier hora, pero nunca lo había oído tan desesperado como esa mañana. Su profunda voz parecía algo más ronca de lo habitual. Pero era una voz que siempre la sorprendía, bella y aterradora al mismo tiempo y con un sensual acento italiano. Así era también Santo.

Abrió los ojos y miró el reloj de su mesita.

–Son las seis de la mañana –repuso Elia–. Y es domingo.

Creía que solo con eso tenía razones más que suficientes para dar por terminada la llamada y volverse a dormir. Pero lo cierto era que ya había anticipado que iba a recibir una llamada como esa. Por eso se había ido a la cama con los rulos puestos y tenía la ropa preparada. Toda Sicilia había visto por televisión lo que había ocurrido el día anterior. Todo el mundo sabía ya, incluso su madre en Australia, que la esperada boda del hermano de Santo, Alessandro Corretti, con Alessia Battaglia había sido anulada en el último minuto.

Y había sido de verdad así, en el último minuto.

La novia se había dado la vuelta cuando ya avanzaba hacia el altar y había salido corriendo de la iglesia. El resto del mundo estaba esperando ver cómo dos de las familias más notables de Sicilia iban a lidiar con las consecuencias del escándalo.

Por eso se había acostado ya con la sensación de que Santo iba a necesitar sus servicios antes del lunes.

–Es mi día libre –le dijo con firmeza–. Ya trabajé ayer...

Como solo era su secretaria, no había sido invitada a la boda. Su trabajo había consistido en asegurarse de que Santo llegara a la iglesia sobrio, a tiempo y con un aspecto impecable. Esa última parte había sido fácil. Había estado muy guapo con su elegante traje de padrino. Fueron los otros dos requisitos los que habían requerido mucho más esfuerzo.

–Tengo que recoger a Alessandro, está en la comisaría –le anunció Santo–. Lo detuvieron anoche.

Elia se quedó en silencio. No quería pedirle que le diera más detalles, pero estaba deseando saber qué más había sucedido la noche anterior.

Había levantado su copa hacia el televisor al ver por fin cómo llegaba Santo a la iglesia al lado de su hermano, con quien iba hablando y bromeando. Los dos eran muy atractivos y, a primera vista, casi parecían gemelos. Eran altos, de anchos hombros y llevaban su oscuro pelo bastante corto. Ambos tenían además unos sugerentes ojos de color verde oscuro, pero había también muchas diferencias. Alessandro era el mayor y se notaban mucho esos dos años.

Como primogénito del difunto Carlo Corretti, Alessandro era bastante más duro y serio. Santo, en cambio, tenía una personalidad más divertida. Le gustaba jugar y vivir la vida, pero también podía llegar a ser muy arrogante.

–Ven a recogerme –le pidió Santo.

Elia suspiró al oírlo. Recordó entonces que unas semanas más tarde, si conseguía el trabajo que había solicitado, podría dejar atrás y despedirse para siempre de los continuos escándalos y dramas de la familia Corretti. Su trabajo para Santo no era como lo había imaginado.

–La prensa está por todas partes –le advirtió su jefe.

Era la manera que tenía de recordarle que debía arreglarse.

–Toma un taxi, recoge mi coche y conduce hasta la entrada posterior del hotel. Mándame un mensaje de texto cuando estés aquí.

–No me gusta conducir tu coche –protestó ella.

Pero solo obtuvo un silencio por respuesta. Pensó que, como ya le había dado las órdenes, Santo supondría que ya estaba preparándose para salir y habría colgado.

–Malnacido... –susurró sin poder contenerse.

Se quedó sin aliento al oír su voz.

–No digas eso, sé que me quieres.

Estaba demasiado enfadada para sentirse avergonzada.

–Lo que de verdad quiero es quedarme en la cama hasta tarde los domingos por la mañana.

–La vida es muy dura.

Esa vez, sí oyó cómo le colgaba el teléfono.

Trató de recordar que solo iba a tener que soportarlo durante un par de semanas más.

La mujer con la que habló para pedir un taxi a su dirección también parecía medio dormida y le dijo que tardaría quince minutos en tenerlo a su puerta. Tenía tiempo de sobra. Se

levantó de la cama y fue directamente a la ducha. Se miró después en el espejo y se le pasó por la cabeza no molestarse en maquillarse. Pero, le gustara o no, Santo era su jefe y Elia se tomaba su trabajo muy en serio. Así que se maquilló con cuidado, se alisó el cabello y se lo recogió en una cola de caballo baja. Se puso una falda gris oscura y una blusa color crema.

Mientras se vestía, se dio cuenta de que una de las ventajas de trabajar para Santo era el dinero que le daba para comprar ropa. De hecho, creía que era lo único bueno. Y eso que a ella nunca le había interesado demasiado la moda.

Al oír el claxon del taxi, se miró una vez más en el espejo y tomó su Bolso Santo, así era como lo llamaba, y comprobó que tenía las llaves de su coche antes de salir. Tuvo que entrecerrar los ojos mientras llegaba al taxi, el sol brillaba con fuerza a esa hora de la mañana. Era un precioso día de mayo en Palermo.

El mar brillaba a lo lejos y la ciudad parecía estar aún dormida. Supuso que toda Sicilia se había acostado tarde la noche anterior, siguiendo las noticias sobre la fallida boda.

–*Buongiorno* –saludó al taxista.

Le dio la dirección del elegante hotel donde se alojaba Santo y se relajó entonces en el asiento mientras escuchaba las noticias en la radio del coche. Como no podía ser de otro modo, seguían hablando de la boda. Tampoco le sorprendió

que el taxista estuviera encantado con la noticia.

–¡Como si una boda pudiera llegar a unir a las familias Corretti y Battaglia! –exclamó el hombre.

Siguió hablándole un poco más, sin saber que iba de camino a reunirse con uno de los hermanos. Decidió que era mejor no decírselo. Además, Santo nunca le contaba nada sobre las idas y venidas de su familia. Siempre hablaba en un italiano mucho más rápido cuando estaba al teléfono con algún familiar. Le era casi imposible entender lo que decía.

–¿Siempre han estado enfrentadas las dos familias? –le preguntó ella.

–Sí, siempre.

Le dijo que no creía que ni siquiera la muerte de Salvatore Corretti unas semanas antes fuera a conseguir que las dos familias hicieran las paces.

–Los Corretti se pelean hasta entre ellos –le contó el taxista.

Eso sí lo sabía. A pesar de que Santo no le había revelado demasiado sobre su familia, se había visto en más de una ocasión metida en enfrentamientos entre los primos. La familia estaba muy dividida y todos estaban constantemente tratando de superar al otro, con la excusa de proteger el imperio familiar. Todos querían ser el líder de la manada. Y no solo en el trabajo, sino también con sus coches, con las mujeres y con

los caballos.

Elia estaba harta. Estaba cansada de los oscuros secretos y de cómo se manipulaban mutuamente. Pero sabía que iba a tener que aguantar un poco más. Solo esperaba que Santo pudiera ayudarla un poco en su carrera. Se lo había pedido una y otra vez, quería trabajar en una de sus películas como ayudante de dirección en prácticas.

–*Presto* –le decía Santo siempre para después traducírselo a su idioma–. Pronto.

Era algo que le irritaba y que él no dejaba de hacer. Odiaba que fuera tan condescendiente con ella.

Creía que, por muy pronto que lo hiciera, ya iba a ser demasiado tarde y ella se habría ido.

Le pidió al conductor que se parara un momento cuando pasaron por una cafetería y compró un par de cafés para llevar.

Cuando se acercaron al hotel, le dijo que entrara en el aparcamiento subterráneo. Tal y como Santo le había dicho, había periodistas y cámaras por todas partes.

Pagó al taxista y fue hasta el coche de su jefe. Le envió un mensaje de texto antes de arrancar, haciéndole saber que ya estaba en el sótano y que pronto podría recogerlo.

El motor rugió con fuerza y salió del aparcamiento haciendo todo lo posible por ignorar los flashes de las cámaras

de los paparazis.

–Vamos, Santo –murmuró mientras lo esperaba con el motor en marcha.

Esperaba que no se hubiera vuelto a dormir después de llamarla. Pero entonces lo vio aparecer, aún llevaba el traje de padrino y caminaba de manera algo vacilante hacia el coche. Apretó los labios para no sonreír. Sabía que la prensa iba a estar encantada al ver el estado en el que se encontraba. Su traje tenía varios desgarrones y estaba sucio. También había moretones y golpes en su cara. Y su palidez no hacía sino acentuar el hecho de que no se hubiera afeitado esa mañana.

–*Buongiorno* –le dijo en voz alta y animada mientras él se metía en el coche.

–Buenos días, Elia.

Era un pequeño juego que tenían desde su entrevista de trabajo. Ella, decidida a demostrarle su buen nivel de italiano, le había hablado en ese idioma. Pero Santo no había tardado en responderle en inglés. Era su manera de hacerle ver que su inglés era mejor que el italiano de ella. Y, por supuesto, tenía razón. Aunque, como el propio Santo pudo comprobar después, ella hablaba el suficiente italiano como para conseguir el trabajo y mantenerlo.

Cuando estaban solos, conversaban sobre todo en inglés, a excepción de ese saludo en dos idiomas al que parecían

haberse acostumbrado.

–Pensé que querías que tuviéramos buen aspecto –le dijo ella.

Santo se limitó a fruncir el ceño.

–Me dijiste que había prensa en todas partes –le recordó.

–Y la hay –le contestó Santo–. Me limitaba a advertírtelo a ti para que lo supieras.

–Toma –le dijo Elia de mala gana entregándole uno de los cafés.

–Tienes que comprarle otro a Alessandro –repuso él sin darle las gracias.

–Ya lo he hecho.

–Muy bien. Vámonos entonces.

Arrancó de nuevo y no pudo evitar gruñir.

–Odio este coche, ¿por qué tiene que ser manual?

Estaba acostumbrada a los coches automáticos. Pero, para Santo, esos coches no eran coches de verdad. Por una vez, no le contestó y siguió muy callado. Nunca lo había visto tan tranquilo.

Cuando salieron a la calle, lo miró de reojo y se compadeció un poco de él. Metió la mano en su Bolso Santo y le entregó unas gafas de sol. Pero ni siquiera así podía cubrir

totalmente el moratón de su ojo.

Cuando se les acercó la prensa, avanzó cautelosamente. Sabía que cualquier desliz con el acelerador podía hacer que atropellara a alguno de ellos.

–¡Vamos, deprisa! –le ordenó Santo mientras maldecía entre dientes.

Soportó de mala gana los flashes de las cámaras y volvió a soltar un par de improperios cuando ella hizo sonar el claxon para dispersarlos.

El estado de ánimo de su jefe no mejoró mientras conducían por la ciudad.

–No me gusta nada conducir en este país –murmuró ella cuando tuvo que desviar rápidamente el coche en una estrecha calle para darle paso a una Vespa.

En Australia conducían por el lado izquierdo de la carretera y la gente solía respetar las normas de la carretera. Aunque no era el tráfico lo que más le irritaba, ni siquiera que su jefe la hubiera despertado con una llamada a las seis de la mañana. No se le había pasado por alto que las marcas rojizas que tenía en el cuello no las había provocado ninguna pelea.

Le parecía increíble que, a pesar de estar en medio de un gran escándalo que afectaba a las familias Battaglia y Corretti, Santo hubiera tenido aún tiempo y la suficiente seguridad en sí mismo para no irse solo a la cama.

No sabía quién podría haber sido su misteriosa acompañante, pero no podía rebajarse a preguntarle algo así.

No quería saber si, fiel a su estilo y su fama, habría estado con Taylor Carmichael, la impresionante actriz estadounidense que protagonizaba la última película producida por Santo.

El rodaje iba a empezar ese lunes y Santo había decidido que iba a intentar que Taylor no se metiera en problemas. Había insistido en que asistiera a la boda para poder tenerla controlada y, de paso, conseguir que la película empezara a tener algo más de publicidad. Pero con las reputaciones que tenían los dos, no le costaba nada adivinar lo que habría pasado.

Cada vez tenía más claro que había llegado el momento de cambiar de trabajo y seguir adelante con su vida. Si no conseguía el nuevo puesto, pensaba probar suerte en Londres o en Francia.

También tenía la opción de volver a casa.

Santo le pidió que se detuviera frente a un cajero para que pudiera sacar algo de dinero y conseguir así que soltaran a su hermano más rápidamente.

Mientras tanto, Elia cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. La idea de volver a casa no conseguía hacer que se sintiera mejor. Faltaban pocos días para el cumpleaños de su madre y estaría esperando que la llamara para felicitarla. Se le

hizo un nudo en el estómago al pensar en ello. No estaba lista para volver a casa.

Vio cómo Santo trataba de sacar dinero del cajero sin mucha suerte. Salió del coche con un suspiro y se acercó a él. Metió su número clave y los billetes no tardaron en salir.

–¿Qué haría yo sin ti? –le preguntó Santo.

No había cariño en su pregunta, pero no pudo evitar sentir mucho calor en sus mejillas. No creía que Santo supiera que estaba pensando en dejar ese trabajo.

Por otro lado, ¿quién en su posición no estaría buscando otro trabajo? Estaba cansada de tener que rescatarlo continuamente y de que la llamara a cualquier hora, incluso durante el fin de semana. Estaba harta también de tener que lidiar con su larga lista de conquistas. Se encargaba de enviarles flores y de comprarles joyas, también de reservar mesas en los mejores restaurantes de la isla y organizar fines de semana románticos. Lo más duro era tener después que tranquilizar a esas jóvenes cuando Santo les hacía daño de alguna forma, no las llamaba o se cansaba de ellas.

–¿Qué tal con Taylor? –le preguntó ella sin poder resistirse.

Era muy importante que Taylor se hubiera comportado bien la noche anterior para que la publicidad no afectara negativamente a la película.

–*Niente dichiarazione* –respondió Santo–. Sin comentarios.

Estoy practicando para cuando me pregunten los periodistas. Creo que también tú deberías hacerlo.

Se le daba muy bien desviar la conversación cuando no quería hablar de algo. No lo hacía solo con las mujeres, lo hacía con todo. Hacía caso omiso de cosas que deberían importarle.

Cuando llegaron a la comisaría, suspiró aliviada al ver que no había prensa esperándolos. Al parecer, no se habían enterado de dónde estaba Alessandro.

–¿Cómo crees que estará? –le preguntó ella.

–Resacoso –contestó Santo bostezando–. Pero mucho mejor sin ella.

Su jefe salió del coche y ella se dispuso a esperarlo allí. Le sorprendió ver que se daba la vuelta y le preguntaba si quería ir con él.

–Puede que me ayudes a ganarme a los agentes –le dijo con picardía él.

–Me parece un comentario muy ofensivo, Santo.

–¡Hay tantas cosas que te parecen ofensivas, Elia! –le dijo Santo arrastrando las palabras.

Tomó el café de Alessandro y lo siguió hasta la puerta. Sabía muy bien por qué le hablaba así. Santo se había acostado con casi todas las secretarias que había tenido, pero ella le había dejado muy claro desde el principio que lo suyo iba a ser

solo una relación laboral. Santo no había podido ocultar su sorpresa, pero tenía que reconocer que no había intentado nada con ella.

Aun así, de vez en cuando le hacía comentarios de ese tipo, una pequeña referencia al hecho de que ella seguía resistiéndose a sus encantos. Pero en realidad le estaba costando resistirse más de lo que él podría imaginar. Era un hombre muy atractivo y sexy, pero incorregible. A veces le tentaba la idea de dejarse llevar con él una noche, especialmente cuando sonreía o cuando estaba tan atractivo como ese día. Pero lo que le aterraba era el momento de despertarse al día siguiente, y eso era suficiente para seguir resistiéndose.

Entraron en la comisaría. Tuvieron que hablar con mucha gente, saludar a unos cuantos funcionarios y entregar bastante dinero a uno de ellos. Al final, le sorprendió la rapidez con la que dejaron que saliera Alessandro del calabozo. También tenía un aspecto muy desaliñado y las marcas de unos cuantos golpes en la cara.

–Toma –le dijo ella mientras le daba su café.

Supuso que ya estaría frío, pero Alessandro se lo bebió de un trago mientras salían de la comisaría. Vio que hacía una mueca ante la brillante luz del sol y le entregó el otro par de gafas que siempre llevaba de repuesto. Era algo que había

aprendido a hacer muy pronto en su puesto de secretaria de Santo.

–Gracias –le dijo Alessandro mientras se las ponía y miraba a su hermano–. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Elia contuvo la respiración. Estaba deseando saberlo, pero la respuesta de Santo solo consiguió confundirla más aún.

–¿No lo sabes? Lo hiciste tú –repuso Santo.

# Capítulo Dos

–¿No lo recuerdas? –le preguntó Santo cuando ya estaban los tres en el coche.

Alessandro le había pedido a Elia que lo llevara a su casa.

–Trato de no recordarlo.

Hablaban en italiano, pero ella podía entenderlo casi todo.

–Me pasé toda la noche tratando de ponerme en contacto contigo –le dijo Santo.

–Bueno, no toda la noche, ¿no? ¿Quién te ha hecho eso en el cuello?

Santo se limitó a reírse sin decir nada más.

–Debí de llamarte al menos cincuenta veces –le dijo después.

–Y cuarenta y nueve veces decidí no responder.

Alessandro se quedó en silencio y a Elia no le extrañó verlo así. Era como si Santo no tuviera ni una preocupación en el mundo. Vio cómo miraba la cantidad de mensajes que tenía en el teléfono mientras hablaban, haciendo caso omiso de las constantes llamadas que estaba recibiendo en esos momentos.

Acercó a los hermanos hasta el edificio de Corretti Media, donde Alessandro tenía un ático de lujo, pero los paparazis seguían esperándolos frente a la puerta. Querían hacerle una foto al despechado novio.

–Acuéstate en el asiento si quieres –le sugirió Elia–. Te he traído un abrigo para taparte e intentaré entrar por la puerta de atrás.

Pero Alessandro no quiso esconderse y le pidió que lo dejara en la entrada principal. Se limitó a aguantar con gesto serio en el coche mientras las cámaras lo retrataban y los periodistas le gritaban sus preguntas.

–Entraré contigo –se ofreció Santo.

–No, no necesito un acompañante –respondió de manera cortante Alessandro.

Pero Santo no le hizo caso y, cuando Elia detuvo el coche, los dos hermanos salieron.

La prensa reaccionó con frenesí, pero ella sabía que los dos estaban acostumbrados a tratar con los periodistas. Siempre había preguntas que hacerles sobre algún escándalo de la familia.

Pero era demasiado pronto para Alessandro. Observó cómo todo su cuerpo se tensaba cuando uno de los periodistas le hizo una pregunta muy personal.

Santo debió de darse cuenta de que su hermano estaba a punto de perder los estribos de nuevo porque, por una vez, hizo algo muy sensato y se volvió con su hermano al vehículo.

–Ponte en marcha, da la vuelta a la manzana y después conduciré yo –le ordenó Santo.

Supuso que le irritaba la cautela con la que conducía Elia.

Cuando estuvieron lejos de los periodistas, Santo le recordó de nuevo que se detuviera.

–Muy bien. Pero, si vas a conducir, yo me bajo. Puedo oler el whisky desde aquí.

Por una vez, Santo no protestó. Se limitó a hacerle un gesto para que ella continuara.

–Podemos ir al hotel donde te hospedas y entrar por el aparcamiento –le sugirió Elia a Santo.

–No –les dijo Alessandro–. No voy a estar encerrado por culpa de la prensa. Solo quiero estar lejos de todos esos paparazis.

–Bueno, podemos ir a mi casa –respondió ella–. Es pequeña y sencilla, pero está bastante escondida. Nadie va a buscarte allí.

Lo miró por el espejo retrovisor mientras esperaba su respuesta, pero Alessandro habló brevemente con su hermano y discutieron durante unos minutos.

–Llévalo al puerto de Cala Marina –le pidió Santo mientras le indicaba cómo ir–. Alessandro quiere ir a su yate.

Salieron hacia allí. Había tomado la decisión de no preguntarles nada, pero no pudo callarse.

–¿De verdad crees que es una buena idea? –le preguntó con preocupación a Santo.

No le gustaba la idea de que se quedara solo en el yate después de todo lo que había sucedido.

–Me acaba de recordar que es mayor que yo –le contestó Santo mientras se rascaba la nuca–. Me ha pedido que lo llevemos o que se buscará otro medio de transporte para llegar hasta allí.

Así que no les dejaba otra opción. Continuaron el camino casi en silencio hasta que se acercaron al bello puerto. Estaba deseando que hablaran algo para enterarse de lo que había ocurrido la noche anterior, pero no lo hicieron. Probablemente para evitar que ella lo oyera.

–¿Dónde estará Alessia? –preguntó de repente Alessandro.

Poco tiempo después, llegaron hasta donde estaba el yate y se paró.

–Esa mujerzuela... –masculló Santo también en italiano.

–¿Dónde está? –insistió su hermano.

Contuvo el aliento mientras Santo le decía la verdad con

tono desdeñoso. Al parecer Alessia se había fugado con Matteo, uno de los primos de los hermanos Corretti.

Se estremeció al oír lo que Alessandro soltó por su boca al oírlo. Pero al menos tuvo la deferencia de disculparse ante Elia por su lenguaje cuando salía del coche. Lo observó mientras iba tambaleándose hacia su yate.

Santo lo siguió y vio que hablaban, supuso que estaría tratando de convencerlo para que volviera al coche. Aunque se hubieran peleado la noche anterior, el vínculo que había entre los dos hermanos era indiscutible. No había cambiado nada entre ellos.

Se preguntó cómo sería tener un hermano, no era la primera vez que pensaba en ello. Suponía que sería un alivio sentir que no estaba sola, porque había sido muy duro para ella tener que enfrentarse como hija única a los problemas de sus padres.

Vio que su jefe no había conseguido convencerlo. Alessandro se apartó y Santo se detuvo un momento mientras lo miraba. Después, se dio la vuelta con gesto triste y preocupado.

–¿Crees que estará bien? –le preguntó ella sin querer irse aún de allí.

–Por supuesto –le contestó Santo–. Es muy fuerte.

Pero Elia creía que iba a tener que ser de verdad muy

fuerte para sobreponerse a lo que le había pasado. Su novia lo había dejado plantado en el altar con las cámaras de medio mundo centradas en él.

–Santo, no sé si es buena idea dejarlo aquí...

–Limítate a conducir –repuso su jefe con firmeza–. Estará bien.

No entendía cómo podía estar tan poco preocupado, pero recordó que se trataba de Santo. Iba por la vida pasando de unas cosas a otras sin pensar en lo que dejaba atrás.

Llamó al hotel de Santo para encargarse de que los servicios de limpieza arreglaran su suite, le prepararan un baño y un desayuno con mucho café.

–Espero que a tu acompañante no le importe –le dijo después Elia.

–Ya se ha ido.

–¿Solo era una?

Vio de reojo que Santo intentaba no sonreír.

La prensa seguía esperando frente al hotel, pero Santo no se agachó. Se quedó sentado donde estaba mientras le hacían fotos. Iba a ir directamente al aparcamiento, pero su jefe no quiso.

–Puedes dejarme en la entrada del hotel –le dijo mientras se quitaba las gafas oscuras y se las guardaba en el bolsillo del

traje.

Fue hasta el hotel con la cabeza bien alta. Ella le entregó las llaves al aparcacoches y se encontró con Santo en el ascensor. Cuando las puertas se cerraron tras ellos, Santo se desplomó contra la pared con los ojos cerrados. En ese momento, no solo le preocupaba Alessandro, también su jefe. Estaba muy pálido.

–¿Tienes magulladuras en otros sitios? –le preguntó entonces.

Santo no abrió los ojos, se limitó a sacudir la cabeza.

–¿Te quedaste inconsciente?

–No, por desgracia, no.

Abrió entonces sus ojos verdes y le dedicó una leve sonrisa. Parecía diferente, como si ya no fuera el mismo hombre arrogante de siempre, como si, por primera vez, estuviera viendo al hombre que de verdad era. Un hombre fascinante al que no podía dejar de mirar.

–¿Qué es lo que pasó?

Se había prometido no hacerlo, pero no había podido resistirse y no hacerle esa pregunta.

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque... Porque estoy preocupada –le contestó ella.

–¡Claro! –exclamó Santo con incredulidad.

Había algo en sus palabras que le dio a entender que la consideraba una mentirosa. No lo entendía, pero no era el momento para pensar en eso.

Fueron hasta su suite. Como le pasaba siempre, Santo no pudo encontrar su llave electrónica. Afortunadamente, ella tenía una de repuesto en el bolso.

Cuando entraron, no los esperaba el desayuno, sino más escándalos. Santo hojeó las revistas y periódicos del día. A ella le pudo la curiosidad y también los miró. Pensó entonces que quizás fuera mejor que Alessandro estuviera en el yate y pudiera escapar así de todo lo que decían de él. Las fotos y los titulares eran brutales.

No pudo ahogar una exclamación cuando vio una foto en particular. Se trataba de Taylor Carmichael, la actriz había hecho caso omiso de su promesa y no se había comportado bien.

–¿Acaso te sorprende? –le preguntó su jefe.

Lo único que le sorprendía era que el hombre de la imagen no fuera Santo. A su jefe parecía no importarle nada en absoluto. El rodaje comenzaba al día siguiente y no le convenía nada ese tipo de publicidad para la protagonista. Iba a afectar mucho a la película.

Pero esos problemas iban a tener que esperar hasta el lunes. De momento, tenía cosas más urgentes con las que

lidiar.

–Ve a darte un baño –le dijo Elia–. Yo llamaré de nuevo para que suban el desayuno.

–No quiero desayunar –respondió él–. Me vuelvo a la cama. Gracias por tu ayuda.

–Tienes que comer algo –comenzó ella.

Pero no dijo nada más. Después de todo, no era su madre. Aunque sabía que su propia madre tampoco se preocuparía demasiado por el estado de su hijo. A Carmela Corretti solo le preocupaba estar siempre a la moda e ir bien peinada.

–Al menos date un baño –insistió Elia–. No comas si no quieres. Yo estoy muerta de hambre, así que voy a ver si suben algo de comida.

–Como quieras...

Santo fue al baño. Pocos minutos después, se oyó un golpe en la puerta y Elia dejó que pasara una camarera con la comida.

–Gracias –repuso Elia mientras se servía un café y trataba de no pensar demasiado en dónde habría estado Santo la noche anterior.

Sabía que no era asunto suyo con quién se acostara Santo.

Siguió hojeando la prensa, leyendo algunos de los detalles más escabrosos que habían publicado sobre las dos familias

sicilianas. Durante unos minutos, se perdió en lo que contaban las revistas. Pero después miró el reloj de la mesilla y se dio cuenta de que él llevaba mucho tiempo en el baño. Pensó que quizás se hubiera quedado dormido en la bañera y eso le preocupó. Trató de no pensar en ello pero, al final, llamó a la puerta del baño.

–Ya está aquí el desayuno –le dijo a modo de excusa.

Nadie contestó.

–¡Santo! –volvió a llamarlo con voz más alta–. Respóndeme.

Cada vez estaba más nerviosa. Pensó que quizás tuviera alguna lesión en la cabeza, en lo pálido que había estado...

–¡Santo! –gritó mientras golpeaba ruidosamente la puerta–. Si no contestas, entraré.

Seguía sin contestar. Trató de hacer girar el picaporte, pero estaba cerrado por dentro.

Con el corazón en la garganta, se quitó una horquilla del pelo y la metió por la ranura de la cerradura para abrirla.

# Capitulo Tres

–Santo...

Elia lamentó haber entrado en el baño en cuanto abrió la puerta.

Había algunas cosas que era mejor no verlas ni saberlas. Se dio cuenta en ese instante de por qué no había contestado.

Casi todo el cuerpo de Santo estaba cubierto por las burbujas. Tenía la cabeza apoyada en el borde de la bañera y los ojos cerrados. Por una vez, no le había sorprendido haciendo algo inapropiado, eso habría sido más fácil. Para lo que no había estado preparada era para ver a Santo Corretti, un hombre que cautivaba a todos, que siempre tenía una respuesta inteligente y que solo quería divertirse, metido en la bañera y tratando de no llorar.

Santo no lloraba.

No recordaba haberlo hecho nunca. Era una experiencia totalmente nueva para él. No había llorado cuando su padre, Carlo, había muerto junto a su tío. Tampoco había soltado una

lágrima tras la muerte de su abuelo. Ni siquiera de pequeño. Era como si hubiera nacido sabiendo que los lloros no le iban a servir de nada con su madre y que cualquier señal de debilidad por su parte no habría hecho sino enfurecer a Carlo. Así que Santo había crecido desarrollando otros aspectos de su personalidad, como su apariencia, ingenio y encanto.

Pero sentía que se había quedado sin esas tres cualidades ese día.

–Vete –susurró con esfuerzo.

Le estaba costando mucho contenerse, demasiado.

–No puedo irme.

Elia sabía que aquello no formaba parte de su trabajo, pero no podía irse y dejarlo de esa manera. Así que se sentó en el borde de la bañera y lo miró. Estaba sin afeitar, había magulladuras en su torso y parecía herido también por dentro.

A veces se había preguntado si habría algún sentimiento de verdad dentro de esa hermosa cabeza, pero en ese momento vio muy claramente que estaba dolido y preocupado.

–¿De verdad crees que va a estar bien? –le preguntó Santo.

–¡Es Alessandro! –le dijo ella con firmeza–. Por supuesto que estará bien, solo necesita tiempo.

Santo asintió con la cabeza y luego abrió los ojos. Le habría resultado todo mucho más sencillo si no fuera tan atractivo,

pero ver ese nuevo lado de él la estaba confundiendo más aún.

–Lo digo de verdad. Creo que se recuperará.

–No es solo lo de Alessandro... –admitió Santo–. Son tantos problemas... Deberías haber oído las cosas de las que hablamos anoche...

–Me lo puedes contar si quieres.

–¿Por qué iba a hacerlo? ¿Vas a intentar convencerme de que te importa? –le dijo con dureza–. Se trata de cosas de la familia. No tengo libertad para hablar de ello.

Decidió no insistir. Sabía mejor que nadie lo que era ocultar esos secretos de familia, había cosas de las que era mejor no hablar. Después de todo, había pasado toda su vida haciéndolo.

Miró a su alrededor y se preguntó cómo alguien podía desordenar tanto un cuarto de baño en tan poco tiempo. Su ropa estaba esparcida por el suelo, el grifo del lavabo estaba abierto. Supuso que Santo lo había usado para cepillarse los dientes. No le sorprendió ver que no había tapado la pasta dentífrica.

–Es un desastre –susurró Santo.

Pero supuso que él no se refería al cuarto de baño.

–Las familias suelen serlo.

Ella lo miró entonces a los ojos. Normalmente, no dejaba

que nadie la mirara a los ojos, no podía soportar que alguien tratara de examinar su alma. Pero vio una mirada tan dolida que le entraron ganas de llorar también. Algo que no había hecho desde aquel terrible día.

Estuvo a punto de decirle que sabía cuánto dolor podían llegar a causar en las personas los que debían quererlas más que nadie, pero no le dijo nada. Creía que era más seguro no hacerlo.

–Vamos –le dijo Elia por fin.

Sabía que Santo odiaba que lo hubiera visto de esa manera y también sabía que ninguno de los dos volvería a hablar nunca del tema.

Metió la mano en el agua y se encontró con su tobillo. Pasó de largo y sacó el tapón de la bañera. Después se puso de pie y cerró el grifo del lavabo. Iba a salir del baño, pero vio que Santo no se había movido y que el agua iba desapareciendo rápidamente. Antes de que viera demasiado, le ofreció una toalla.

–Apartaré la mirada –le dijo ella.

Santo tardó un poco, pero al final agarró su mano y se levantó con algo de dificultad. Elia hizo todo lo posible para no mirar.

Su jefe se cubrió con la toalla y salió del baño. Pasó de lado junto a la mesa donde la camarera había servido el desayuno y

fue directamente a la cama.

–Lo siento mucho –le dijo él.

–Olvidémoslo, ¿de acuerdo? –le ofreció ella.

Santo le dirigió una mirada de incredulidad, pero Elia hablaba completamente en serio. Solían bromear a menudo, pero no pensaba utilizar contra él lo que había visto.

–Como si no hubiera visto nada, Santo.

–Gracias –repuso él con una breve inclinación de cabeza–. ¿Podrías traerme el teléfono?

Santo se sentó en la cama. Podía oír a Elia en el salón de la suite.

No sabía qué le estaba pasando, era como si todo lo que había mantenido oculto, lo que había decidido ignorar o suprimir, estuviera saliendo a la superficie a la vez. Como los secretos de familia que habían salido a la luz la noche anterior.

Se había sentido físicamente enfermo. Por primera vez, ni siquiera había sido capaz de olvidarse de todo en compañía de una mujer. Recordó que se había apartado de ella después de besarla. Era otra rubia sin nombre con la que no se imaginaba en la cama. Se había despedido de ella y había pasado el resto de la noche con una botella de whisky, tratando de hablar con

Alessandro.

Le daba la impresión de que, en esos momentos, no había nada bueno en su vida. Incluso la película iba a tener problemas después de la conducta de Taylor la noche anterior.

«¿No hay nada bueno en mi vida?», se dijo de nuevo.

Levantó la vista cuando Elia entró en el dormitorio. Era una secretaria muy profesional y algo distante. Santo se metió en la cama y tiró la toalla al suelo. Además de lo que había pasado el día anterior con su familia, había descubierto algo más que había conseguido enfadarlo.

–¿Te vas a ir? –le preguntó Santo.

Elia se sonrojó nada más oír la pregunta. Y no estaba así porque supiera que estaba desnudo bajo las sábanas, sino porque Santo parecía saber que estaba a punto de dejarlo en la estacada. No le gustaba engañar a nadie, pero era la única manera de buscar trabajo cuando uno tenía ya uno. Se había sentido muy culpable al tener que mentirle cuando le dijo que iba a Roma porque tenía cita con el médico.

Además, Santo había empeorado aún más las cosas siendo especialmente amable con ella. Le había pagado el vuelo e incluso el hotel de lujo donde había pasado una noche.

Se le acercó y se sentó a su lado en la cama. Santo la miraba con el ceño fruncido.

–No sé aún si me voy a ir –le dijo.

–El viaje a Roma no era para ir al médico, ¿verdad? –le preguntó–. La industria del cine es más pequeña de lo que crees, Elia. Nos conocemos todos y la gente habla.

–Ni siquiera sé si he conseguido el trabajo.

–Parece que sí porque Luigi me llamó ayer para pedirme referencias –le contestó Santo–. Espero que me perdones por no felicitarte.

Le habría encantado que le diera más detalles, pero, dada la situación, habría sido injusto pedírselos.

Aun así, no iba a terminar de creérselo hasta que Luigi contactara con ella. Pensó que quizás no hubiera conseguido más que una segunda entrevista.

–¿Podemos hablar de esto más tarde?

–No. Vamos a hablar de ello ahora –le informó Santo mirándola a los ojos–. Tengo entendido que quieres ser directora de cine y entiendo que quisieras participar de alguna manera en la película que produzco, pero el director que he contratado ya viene con su propio equipo. Cuando contrate a gente para la próxima película, intentaré que...

–No, Santo. Yo quería trabajar en esta –lo interrumpió ella–. Sabes que me encanta el guion.

–Sí. Y tú sabes lo importante que es esta película para mí,

Elia. Sobre todo ahora.

–¿Por qué?

–No quiero hablar de ello, solo tengo que decirte que no quiero arriesgarme más de lo necesario.

–A no ser que ese riesgo se llame Taylor Carmichael –le espetó ella.

–Y mira lo que he conseguido arriesgándome tanto. Pero trataré de contar contigo para la próxima, de verdad.

–No es solo eso –comenzó ella cerrando un segundo los ojos–. Es que no tengo ni un momento... Ser tu secretaria es mucho más que un trabajo a tiempo completo, Santo.

–Lo de hoy fue una excepción. No suelo llamarte los domingos.

–Santo, el domingo comienza en la medianoche del sábado. Así que me has llamado muy a menudo en domingo.

Santo no entendía por qué se quejaba Elia. Después de todo, en eso consistía su trabajo. Pero tenía que reconocer que ese fin de semana se había pasado. Aunque no iba a admitirlo en voz alta, había estado bastante nervioso por culpa de la boda, sabiendo que las dos familias iban a tener que compartir un mismo espacio en la iglesia y después en el banquete. Había conseguido tranquilizarlo bastante pasar la mañana del sábado con Elia. Y ese día también la había querido a su lado para ir a

buscar a su hermano.

–Te has convertido en alguien indispensable para mí.

–No –respondió Elia–. Nadie lo es.

–Puede que tengas razón –le concedió él–. Pero nos llevamos muy bien.

–No siempre.

–No estoy de acuerdo. Nos reímos mucho juntos.

Elia lo miró a los ojos. Tenía razón. Santo conseguía que se riera con tanta facilidad que no podría siquiera imaginar lo difícil que era para ella sonreír. No podía saber lo dolida y herida que tenía el alma cuando llegó por primera vez a Sicilia ni que la sonrisa con la que se había presentado a la entrevista había sido falsa. Pero eran cosas de las que no podía hablar con nadie.

Elia bajó la vista, tomó un cruasán del plato que tenía en la mano y se metió un pedazo en la boca. Era muy consciente de que Santo la estaba observando.

–Pensé que estabas a punto de darme de comer –le dijo él.

Elia se alegró mucho al ver que había recuperado el sentido del humor.

–Ni lo sueñes –le dijo con una débil sonrisa–. ¿Tienes algún mensaje?

–No, ninguno.

Parecía muy preocupado.

–No tenía ni idea de lo unidos que estáis Alessandro y tú.

–Somos hermanos –le dijo Santo como si eso lo explicara todo–. ¿Tienes tú hermanos?

–No, soy solo yo.

Sabía que hablaba con algo de tensión en la voz, la suficiente para que Santo entendiera que no quería explicarle nada más. Pero insistió.

–Casi nunca hablas de tu familia.

–Es que casi nunca hablamos.

–¿Por qué? –le preguntó Santo.

Pero ella negó con la cabeza, no iba a hablar de eso con él. Se dio cuenta de que ya era hora de salir de la habitación. Esperó a que Santo se terminara un cruasán y el café, tomó la bandeja y se levantó.

–¿Necesitas que haga algo más?

–Ya sabes que sí... –le contestó Santo con picardía.

Una vez más, vio que volvía a ser el mismo de siempre.

–Duerme un poco –le sugirió ella mientras desconectaba el teléfono del hotel.

Después, corrió las cortinas. Sabía que Santo la estaba observando, podía sentirlo.

–Muy bien –le dijo ella–. Te dejaré que descanses hasta las dos.

–¿Te vas a quedar?

–Sí, trabajaré en el salón mientras duermes.

–Bueno, entra de vez en cuando para comprobar mi pulso –bromeó Santo.

–No creo que sea necesario, pero contestaré las llamadas que tengas. ¿Qué le digo a la prensa?

–Ya me encargaré yo de eso.

Se acercó a la mesita para tomar su teléfono móvil, pero Santo la detuvo agarrando su mano.

–No –insistió él.

–Deja que me encargue de las llamadas. Santo, para eso me pagas. Si se trata de Alessandro, te traeré el teléfono directamente.

No podía pensar con claridad mientras Santo le agarraba la mano. Era muy consciente de que su piel estaba en contacto con la de él. Sabía que debía apartarse y salir de la habitación, como habría hecho cualquier otro día, pero no lo hizo. Tampoco se resistió cuando Santo tiró de ella para que se sentara de nuevo en la cama. Con las cortinas corridas, el ambiente era muy distinto, mucho más oscuro e íntimo, demasiado para su acelerado corazón.

–¿Tienes que irte?

–Santo, por favor... –le pidió–. Tengo que pensar en mi carrera. ¿No podemos hablar de esto en otro momento?

–Me refería a irte de la habitación.

–No estarás hablando en serio, ¿verdad? –le preguntó ella sonrojándose.

Santo le sonrió. Normalmente, no le costaba rechazar los coqueteos de su jefe. Le estaba resultando algo más difícil ese día. No solo porque estaban en su cama y en una habitación muy oscura, sino porque además sentía que esa mañana había visto de verdad cómo era Santo, el hombre que se escondía tras una fachada muy superficial.

–Te echaría mucho de menos si te fueras –le dijo Santo.

–Se te pasaría enseguida –repuso ella sonriendo.

–Claro que, si dejas de trabajar para mí, podría haber ventajas. ¿Recuerdas que me dijiste que nunca tendrías nada con alguien con quien trabajaras?

–Sí, lo recuerdo perfectamente.

Había sido su segundo día de trabajo. Habían salido a cenar después de que terminara su jornada laboral. Sentados el uno al lado del otro, ella había estado estudiando la agenda de Santo mientras tomaba notas y trataba de ser eficiente, pero no había podido dejar de sentir lo cerca que estaba ese

hombre ni lo atractivo que era. Había tratado de ignorarlo y seguir trabajando hasta que Santo había acariciado su cara.

–No hagas eso –le había pedido ella con la voz entrecortada.

Recordó cuánto le había gustado que Santo no se inventara una excusa y apartara la mano.

–¿Por qué? –le había preguntado él con el ceño fruncido.

Supuso que no estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran.

–No tengo que darte una respuesta. Pero, si vuelves a intentar algo así, presentaré mi carta de renuncia de forma inmediata.

Después de todo lo que había pasado en esas últimas semanas, en esos momentos lamentaba haberle dicho algo así.

–Tenemos un problema –le dijo Santo.

Lo miró entonces. Aunque le resultaba difícil pensar en ese hombre como alguien con una moralidad bien asentada, se dio cuenta de que sí tenía unos valores bastante firmes. Desde aquel día, se había limitado a hacer algún comentario de vez en cuando en tono jocoso, pero no la había vuelto a tocar.

Santo no apartó la mano de la de Elia. No la había vuelto a tocar desde que empezara a trabajar para él, cuando le dejó muy claro que no iba a tener nada con su jefe. Acarició

lentamente su antebrazo con un solo dedo, esperando que Elia lo detuviera.

Le dio la oportunidad de ponerse de pie y cambiar de idea. Le había dejado muy claro que no iba a haber nada entre ellos, pero en ese instante contuvo la respiración y esperó. Le daba la impresión de que algo estaba cambiando.

Había sido una noche muy dura y la mañana no había sido mejor, pero en ese instante... Podía sentir cómo se estremecía ella bajo las yemas de sus dedos.

Elia no podía quitarse de la cabeza un pensamiento, cómo sería que alguien tan experto y atractivo como Santo Corretti la besara.

–¿Qué problema? –le preguntó ella para romper el silencio y tratar de recuperar la compostura–. Ya te dije que lo de hoy es como si nunca hubiera ocurrido. No tienes de qué preocuparte.

A Santo le preocupaba ir demasiado deprisa y asustarla. Movió la mano hasta su cuello y de allí pasó a la mejilla. Se quedó mucho tiempo en el mismo mechón de cabello con el que había jugado al poco de conocerla, cuando Elia lo había detenido. Tocó después sus labios, unos labios que nunca había besado y que exploró suavemente con sus dedos en ese momento.

Elia se quedó dónde estaba, muy quieta y con el corazón

palpitando a mil por hora. Nunca habría esperado algo así. Nunca había imaginado que el mero contacto de sus dedos en los labios pudiera llegar a ser algo tan sensual.

Había oído todo tipo de historias sobre ese hombre y había soñado con él más de lo que querría admitir, pero nunca había pensado que pudiera llegar a ser tan intenso.

Nunca habría creído que pudiera ser tan lento y sensual. Había conseguido sin siquiera besarla que todo su cuerpo reaccionara y que sintiera una ardiente sensación de deseo entre las piernas.

Sus dedos seguían acariciando su boca, pero lo sentía por todo el cuerpo. Cuando deslizó un dedo entre sus labios, ella lo atrapó con sus dientes y lo lamió muy lentamente.

Antes de que tuviera tiempo a reaccionar, Santo la atrajo hacia él y reemplazó sus dedos con la lengua. Fue un beso profundo e íntimo. Sujetaba su cabeza con la mano, empujándola así más hacia él.

Era como si aquella no fuera la primera vez, como si se hubieran besado ya quinientas veces porque cada uno parecía saber exactamente qué era lo que el otro quería y necesitaba. Le encantaba el leve ruido que hacían y cómo gimió Santo contra su boca. Pero, justo cuando estaba a punto de dar por finalizado el beso y apartarse, cuando se dio cuenta de que no podían seguir así, Santo utilizó la mano que tenía libre para

tocar su pecho. No lo tocó levemente, sabía muy bien lo que hacía y cómo conseguir una reacción.

Elia sucumbió a las caricias. No había nada sutil en ellas ni en la respuesta de su cuerpo. No podía dejar de pensar en que Santo estaba desnudo bajo esas sábanas ni en lo delicioso que era su cuerpo.

Decidió que tenía que apartarse, no podía seguir por ese camino, pero fue como si Santo lo hubiera adivinado. La persiguió con su boca mientras agarraba sus caderas y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, era ella la que estaba inclinándose hacia él, besándolo. Era ella la que estaba tomando la iniciativa.

Asustada y confundida, se detuvo, pero Santo no permitió que se apartara. Con su mágica boca, había conseguido que se pusiera de rodillas en la cama y acabara tumbada encima de él, mirándolo a los ojos.

–¿Por dónde íbamos? –le preguntó él con una pícara sonrisa–. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo.

Y volvió a besarla. Aunque estaba completamente vestida y los separaba la ropa de cama, se sentía como si estuviera desnuda y con él bajo las sábanas. Santo la dominaba por completo. Había deslizado las manos hasta su trasero y lo presionaba contra su pelvis.

Se suponía que era solo un beso, pero no había conocido

nunca a un hombre tan indecoroso y tan experto en las artes amatorias. Era increíble.

Tenía que haber sido solo un beso, pero había conseguido deslizar las manos bajo su falda y agarrar su trasero. Estaba a punto de perder por completo el control.

–Santo... –susurró ella tratando de apartarse.

Hasta ese momento, no había sido consciente de que había estado jugando con fuego.

Ya se había imaginado que sería bueno en esas lides, pero no había estado preparada para aquello. En pocos minutos, había conseguido que todo su cuerpo estuviera en llamas. Hasta el punto de desear quitarse la ropa para poder perderse entre sus manos. Había tratado de mantener el control sin ser consciente de que Santo le iba a hacer perderlo del todo.

–Vamos, Elia... –le susurró él.

Santo necesitaba estar dentro de ella y tenía que ser pronto, sabía que no iba a aguantar mucho más, iba a explotar en cuanto la tuviera entre sus brazos. Por fin estaba acariciando las curvas con las que había soñado durante meses y quería pasar ese día recuperando el tiempo perdido.

Había sido un fin de semana muy duro, pero sentía que por fin tenía algo bueno a lo que agarrarse y eso era lo que estaba haciendo, literalmente.

No podía dejar de tocar sus nalgas mientras apretaba contra él sus sensuales caderas. Sentía que Elia le estaba proporcionando la mejor distracción posible del infierno en el que había estado esas últimas horas y se estaba dejando llevar, completamente perdido en esa mujer. Tan perdido que tardó varios segundos en darse cuenta de que ya no lo besaba.

La miró mientras se apartaba de él y sus manos se detuvieron al instante.

–Duerme un poco –le dijo Elia sin aliento.

–No me hagas esto –protestó él mientras volvía a abrazarla.

–No te estoy haciendo nada. Es solo un beso, Santo. No tiene por qué llegar a algo más –le dijo ella–. ¿Has visto cómo tienes el cuello? No es demasiado agradable, la verdad.

–No pasó nada anoche, de verdad.

Elia se echó a reír. Sabía que no lo creía.

–Aunque no me creas, es verdad. Estaba tan aburrido besándola que se me fue el santo al cielo pensando en otras cosas. Cuando me quise dar cuenta, estaba agarrada a mi cuello.

–Deberías prestar más atención.

Elia se estremeció al sentir cómo se movían de nuevo las manos de Santo sobre ella. Seguían en su trasero, lo había

olvidado durante unos segundos.

–Voy a prestar mucha atención, te lo prometo –le dijo él con picardía.

Era una idea tan tentadora que Elia estuvo a punto de dejarse llevar, pero no lo hizo. Decidió que debía parar las cosas. Necesitaba usar su cabeza y poder pensar con claridad. Tener a Santo desnudo debajo de ella no era la mejor manera de hacerlo.

–Duérmete –le dijo de nuevo.

Le dio un rápido y ligero beso en los labios, pero no se quedó a su lado. Se levantó y se bajó la falda con manos temblorosas. No intentó arreglarse la blusa, creía que era mejor no perder el tiempo. Se limitó a recoger el teléfono móvil de Santo.

Pero, cuando estaba ya casi en la puerta del dormitorio, le llegó su voz.

–¿Podrías acercarme los pañuelos de papel? –le preguntó.

–¿Sabes qué, Santo? –le dijo desde la puerta–. ¡A veces llevas las cosas demasiado lejos!

–¿Cómo? ¡Solo quiero sonarme la nariz! –protestó riendo–. Es curioso lo que le pasa a la gente cuando llora. No lo sabía porque nunca lo había hecho, pero me siento como si tuviera un resfriado. Por cierto, si cambias de opinión, recuerda dónde

estoy... –le dijo él.

# Capitulo Cuatro

Elia estaba convencida de que no iba a cambiar de opinión. Salió de la habitación, cerró la puerta y se sirvió un vaso de zumo, pero no consiguió calmar su sed ni saciarla. Su boca todavía vibraba después del beso y echaba de menos sus labios. Le temblaba todo el cuerpo y podía sentir el intenso dolor del deseo en los pezones y entre sus piernas. La tentación de volver a entrar al dormitorio era muy fuerte.

Siempre había sido una persona centrada y decidida cuando se trataba de su trabajo. Nunca dejaba que ningún hombre se interpusiera en su camino.

Ni siquiera uno tan atractivo como Santo.

O, mejor dicho, especialmente si se trataba de uno tan atractivo como Santo.

Tenía la impresión de que se le daba muy bien atraer a indeseables. Era algo que había aprendido después de solo dos relaciones. Pero tenía que reconocer que Santo era distinto, no hacía promesas que no tuviera intención de cumplir. Su reputación era suficiente advertencia para cualquiera y le parecía un error garrafal pensar que una mujer iba a conseguir cambiarlo.

Ella no iba a cometer ese error. Se negaba a ceder ante el deseo que parecía despertar en su interior cuando él estaba cerca. Tenía muy claro que su carrera profesional era lo más importante en su vida.

Pero esa mañana, sabiendo que estaba a punto de dejar ese trabajo, se había dejado llevar durante unos minutos muy peligrosos. Y estaba pagando las consecuencias.

Se suponía que iba a ser solo un beso y no había estado preparada para la intensa química que parecía haber entre los dos.

Se pasó la mañana filtrando las llamadas que estaba recibiendo Santo y tratando de no pensar en el hombre que yacía desnudo en la cama a pocos metros de allí. Pero al final decidió no contestar más el teléfono. Estaba harta de que le preguntaran por Taylor Carmichael y cansada de que quisieran saber más cosas sobre la familia de Santo.

Solo pensaba contestar si se trataba de Alessandro. Encendió el ordenador portátil de Santo para ver si ella tenía mensajes en su correo electrónico personal.

Su corazón se detuvo durante un segundo al ver que tenía uno de Luigi, el hombre que la había entrevistado una semana antes.

Leyó deprisa las primeras líneas, amables y genéricas. Se disculpaba por haber tardado tanto en contestarla. Después,

leyó la noticia que había estado esperando. Faltaba un mes para el comienzo del rodaje en Roma y Florencia y Luigi contaba con ella como ayudante de dirección en prácticas.

Todo pareció detenerse durante un momento. Llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad como aquella. No era importante, solo un trabajo en prácticas y lo más seguro era que se limitara a hacer recados y llevarles cafés al director y a sus ayudantes, pero era un paso más en su carrera y mucho más útil que lo que estaba haciendo hasta entonces. Santo era muy protector con sus películas, lo entendía y no le echaba en cara que no le hubiera dado una oportunidad.

Cerró los ojos mientras pensaba en el hombre que dormía en el dormitorio de esa suite.

Conocía muy bien cómo eran las relaciones que tenía Santo. Duraban días o, como mucho, semanas. Su interés por una mujer no duraba mucho. Unos cuantos mensajes de texto y llamadas telefónicas hasta que conseguía salir a cenar con ellas. Después había hoteles, desayunos, flores y champán. Ella se encargaba de pagar sus facturas y de hacer las reservas. Pocos días después, todo terminaba tan rápidamente como había empezado.

Entonces dejaba de atender las llamadas, tenía que hacerlo ella y consolar a las jóvenes.

Sonó de repente el teléfono del hotel. Llamaban de

recepción para saber a qué hora iba a dejar la habitación o si el señor Santo Corretti se quedaría otra noche más.

–No estoy segura –le dijo.

Entró en la oscura habitación donde dormía su jefe y esperó a que sus ojos se acostumbraran.

Santo estaba profundamente dormido y respiraba de forma regular.

–¿Santo? –lo llamó.

Él se dio la vuelta para quedar boca abajo y se puso la almohada sobre su cabeza.

–Santo –le dijo con más firmeza–. Son las dos. Han llamado de recepción, quieren saber si te vas o te quedas otra noche más.

–¿Ha llamado Alessandro?

–No –le contestó ella–. Santo, es hora de levantarse.

–Un poco más –le pidió con voz somnolienta.

Después, recordando quizás que era domingo y que ya le había robado mucho tiempo, Santo le dijo lo que esperaba oír.

–Vete a casa.

Pero Santo tuvo que estropearlo segundos después.

–O, si no, métete en la cama conmigo –le dijo mientras se giraba para mirarla y le dedicaba una sonrisa perezosa.

Debía irse de allí, lo tenía muy claro. Debía salir del hotel en ese instante.

Santo estaba lo suficientemente sobrio como para conducir y ella tenía muchas cosas que hacer. Se quedó mirándolo un momento hasta que volvió a dormirse. Después salió de la habitación.

Pero no lo hizo para recoger su bolso e irse.

Fue al cuarto de baño y se quedó allí durante un buen rato.

Elia no confiaba en nadie, era más seguro así. Desde lo que le había pasado hacía unos meses, ya no confiaba siquiera en su propia madre.

Sin embargo, de manera extraña y sin saber por qué, confiaba en Santo. Era una persona directa y nunca mentía. Sabía que tenía mala reputación, pero su sinceridad era algo que ella no había visto a menudo en su vida y que la ayudaba a ser más valiente.

Se había preguntado en más de una ocasión cómo sería acostarse con Santo. Había visto a las mujeres más bellas llorar por él y, después de compartir solo un beso, las entendía mejor. La habilidad con la que había estado a punto de hacerle perder el control no había hecho sino aumentar su curiosidad.

Nunca había disfrutado demasiado del sexo. Seguramente porque no había tenido las mejores parejas, pero sabía que las cosas podrían ser muy distintas con Santo.

Lo sabía, pero quería saber más aún.

Y después, no pensaba llorar por él.

A diferencia de las demás, Elia no iba a tratar de cambiarlo. Sabía que no iba a suceder. Solo quería experimentar sus dotes amatorias. Estaba segura de que sería un buen maestro.

Fue por eso por lo que decidió cambiar de opinión. No había nada romántico en su decisión. Nunca había sido romántica.

Pensó en ello mientras se desabrochaba la blusa. Terminó de desnudarse en el baño. Después, fue a la habitación y lo contempló durante un instante. Seguía durmiendo.

Entonces, contuvo el aliento y se preparó para meterse en esa cama de aspecto tan cálido. Tenía algo de frío y se lo dijo a Santo mientras se metía en la cama.

Él la abrazó y metió sus pequeños pies entre los pantorrillas para calentarlos.

Durante un segundo, Elia pensó que se había vuelto a dormir. Temió que no recordara siquiera quién era ella. Sabía que estaba acostumbrado a no dormir solo. Una vez la había llamado desde el baño de un hotel porque se le había olvidado por completo el nombre de la mujer con la que estaba y había tenido que llamarla a ella para que se lo recordara.

–Es aún mejor de lo que esperaba –le susurró Santo

acariciándole sus pechos con cálidas manos y bajando después hacia las caderas–. Y lo que esperaba era fantástico.

Ella no cerró los ojos, no quería dejarse llevar por sus palabras, sabía que usaría frases parecidas con casi todas. No podía permitirse el lujo de pensar que esas palabras eran solo para ella, aunque su voz parecía sincera.

–¿Estoy soñando, Elia?

–No.

–Porque, si estoy soñando, después no voy a ser capaz de mirarte a los ojos. Este va a ser un sueño muy sucio... –le susurró al oído Santo.

Ella se concentró en sus expertas manos. La recorrían de arriba abajo. Ya no tenía frío, todo lo contrario. Sintió un beso en la parte posterior de su cuello y se estremeció. Supo que le iba a dejar marca y que iba a tener que llevar el pelo suelto toda la semana.

Pero no le importaba. Estar con él también estaba resultando mucho mejor de lo que había esperado.

Santo, por su parte, no podía creerse que Elia se hubiera metido en la cama con él. Había sido una agradable sorpresa. Era una mujer extraña, una mezcla de muchas cosas. A veces era muy directa y otras, evasiva. Apenas la conocía, pero quería saber más de ella.

–¿Qué te hizo cambiar de opinión? –le preguntó–. Dímelo para que sepa qué hacer la próxima vez.

–No va a haber una próxima vez –le dijo Elia–. Recuerda que todo lo que pase hoy es como si no hubiera ocurrido nunca.

–Va a haber una próxima vez, claro que sí –repuso él–. Llevo tanto tiempo deseándote...

Elia se retorció cuando él comenzó a besarle la oreja. Trató de alejarse, pero él decidió tomar medidas drásticas. Colocó el muslo sobre sus piernas, atrapándola.

También la sujetaba con el brazo y siguió besándole el cuello y la oreja hasta que descubrió lo que le gustaba, hasta que ella separó sus labios y trató de girarse hacia él para besarlo.

Siguió besándola y acariciándola sin dejar que se moviera, jugando con su húmeda y sensible piel, susurrándole palabras al oído mientras apretaba su erección contra la parte posterior de los muslos de Elia.

–¿Qué te hizo cambiar de opinión? –insistió él.

Pero ella no respondió, así que decidió intentarlo de otra manera.

–Pagué tu vuelo a Roma.

Sabía que no era el mejor momento para hablar de ello.

Podía sentir lo avergonzada que estaba.

–Un vuelo en primera clase y uno de los mejores hoteles. Pensaba que ibas al médico cuando en realidad tenías una entrevista de trabajo... –le recordó.

–Ya te dije que quiero trabajar en el cine –trató de disculparse ella–. Iba a decírtelo. Pensé en hacerlo si me llamaban para una segunda entrevista y...

Elia no pudo terminar la frase. Santo le estaba besando el cuello y pellizcándole los pezones al mismo tiempo. Y no lo hacía con delicadeza. Era un verdadero asalto a los sentidos. Le dolía un poco, pero no lo suficiente y su lengua estaba volviéndole loca.

Necesitaba moverse, girarse hacia él, pero seguía inmovilizándola.

–¿Qué excusa ibas a usar para la segunda entrevista? ¿Me ibas a decir que tenías que pasar por el quirófano o algo así? –le preguntó Santo deslizando la mano hacia abajo–. Me preocupé mucho al saber que tenías que ir hasta Roma para ver al médico.

–¡Mentiroso!

–No, es verdad. Estaba preocupado –insistió Santo–. Pensé que se trataba de algún problema femenino y preferí no preguntarte nada más.

Mientras le hablaba, llegó a la parte más femenina de su ser.

–Pensé que alguien te estaría examinando aquí –le susurró al oído mientras le demostraba lo que quería decir y jugaba a los médicos con ella.

–Santo... –gimió de nuevo.

No quería estar de espaldas a él. Deseaba besarlo en la boca y verlo, pero él la sujetaba con firmeza. Sus dedos estaban dentro de ella, unos dedos muy largos que la acariciaban profundamente. Estuvo así mucho tiempo. Sentía cómo iba perdiendo poco a poco el control de sí misma.

–Cuando estaba con esa chica anoche, la que atacó mi cuello como si fuera una vampira, llegué a pensar que me había vuelto impotente –le confesó Santo mientras le lamía el pecho.

–Por favor...

No entendía lo que estaba haciendo con ella. Estaba al borde del clímax, pero también tenía ganas de reír al escuchar sus comentarios. Le parecía increíble que pudiera bromear con un tema tan serio.

–Pero ahora me preocupa tener el problema contrario, *l'eiaculazione precoce* –le dijo en italiano.

No pudo evitar echarse a reír. Estaba completamente

rendida a él. Había conseguido que algo como la eyaculación precoz sonara sexy.

Santo la soltó entonces y ella, que había estado desesperada por girar, se volvió hacia él de manera casi natural. Estaba a su merced, se sentía completamente entregada. Sus besos y sus manos habían despertado su deseo como no lo había conseguido nunca nadie.

Fue a besarlo, pero él la detuvo. Tomó su barbilla con una mano y se aseguró de que ella lo mirara antes de hablarle.

–Por eso estoy a punto de hacerte mía y lo haré rápidamente –le dijo con seriedad–. Créeme, será muy rápido. Luego voy a pasar el resto de la tarde tratando de resarcirte y haciéndote el amor muy lentamente.

Santo se incorporó un poco para buscar algo en la mesita. Miró a su alrededor y maldijo entre dientes al recordar que tenía la cartera en la chaqueta del traje y en el baño. Después, sonrió cuando Elia le enseñó los preservativos que tenía al otro lado de la cama, en la otra mesita. Los debía de haber buscado antes de volver a la habitación.

Le quedó entonces muy claro que había sido un movimiento bien calculado.

–Buena chica –le dijo con un guiño.

Creía que nunca le había alegrado tanto ver un preservativo.

–Yo lo haré... –le dijo él.

Ya le estaba resultando demasiado difícil controlarse. No quería que terminase todo antes de empezar.

Elia se quedó ensimismada viendo cómo se ponía el preservativo. Hasta ese momento, no lo había visto completamente desnudo y excitado. Alargó la mano para tocarlo, pero Santo no dejó que lo hiciera.

Se quedó sin aliento al ver que la hacía esperar más. En lugar de besarla y tumbarse a su lado, se arrodilló entre sus piernas y la arrastró por la inmensa cama hasta que no tuvo ninguna almohada debajo de ella.

–He estado pensando en ti durante mucho tiempo, desde que apareciste en la oficina para que te entrevistara –admitió él con una sonrisa–. Tu italiano no era tan bueno como creías.

–Entonces, ¿por qué me contrataste?

–Porque te deseaba –reconoció sonriendo–. Mañana puedes decirme si quieres que lo que te he dicho te resulta ofensivo. Ahora mismo no me importa.

La verdad era que allí, estando en la cama con él, no lo encontraba en absoluto ofensivo. Trataba de recordar en todo momento que Santo era un mujeriego, que sabía cómo decir exactamente lo que quería escuchar. Pero poco a poco fue olvidando quién era en realidad y fue cayendo en sus redes. Era un hombre al que le sobraba encanto y le faltaban

escrúpulos.

–Pero si hubiera sabido cuánto tiempo ibas a hacerme esperar... –susurró Santo.

Sin saber por qué, sus palabras la estaban excitando más aún mientras Santo movía con poca delicadeza sus caderas para posicionarla como quería. Siempre le había parecido un hombre muy sexy, pero había un lado animal y salvaje en él que era aún más excitante. Le encantaba ver que también a él lo dominaba el deseo.

Su pasión estaba haciendo que todo su cuerpo temblara y en ese instante no entendió cómo podía haber esperado tanto tiempo para estar con él. Esa experiencia estaba siendo simplemente increíble. Se dio cuenta de que estar en el centro de atención de su mirada podría convertirse en una adicción muy peligrosa.

–Elia...

Durante un segundo, ninguno de los dos dijo nada más, no lo necesitaban. Cerraron los ojos mientras Santo se deslizaba dentro de ella. No pudo contener un gemido ni otro más poco después. Él se quedó unos segundos inmóvil. Fue increíble. Ella necesitaba moverse y sintió que le empezaban a temblar los muslos.

Santo comenzó entonces a moverse, lo cual hizo que se retorciera de placer. Él abrió los ojos y le sonrió.

–Ha merecido la pena esperar.

No entendía por qué tenía que decirle esas cosas y hacer que todo fuera tan perfecto. Por un segundo, Elia casi podía creer que lo decía de verdad. En ese momento, sintió que iba a convertirse precisamente en el tipo de mujer que había prometido no llegar a ser. Casi podía imaginarse llorando al ver que Santo no la llamaba.

Ese hombre era increíble, mucho mejor de lo que había imaginado. Hasta ese instante, no había tenido ni una sola cosa en su vida que la hubiera hecho sentirse tan bien como la estaba haciendo sentir Santo.

–Abróchense los cinturones –le dijo de repente Santo con una sonrisa decadente.

–¿Cómo?

–Cruza los tobillos, Elia.

En esas circunstancias, no le importaba en absoluto tener a Santo como su jefe. Hizo lo que le ordenaba y cruzó sus tobillos detrás de él. Después de eso, no pudo pensar en nada más, no pudo tampoco darle vueltas a lo que estaba pasando ni arrepentirse.

No había nada que no fueran las rápidas embestidas de Santo, la ferocidad de ese hombre entre sus muslos mientras le mostraba lo intenso que podía ser el sexo.

No tardó en sentir los primeros estremecimientos de un orgasmo y arqueó hacia él la espalda.

–Vamos, Elia... –le susurró Santo.

No le dio ni un momento para pensar, la consumió por completo. No era la primera experiencia sexual de su vida ni su primer orgasmo, pero sí era la primera vez que estaba con Santo. No podía compararlo con nada que hubiera vivido antes. Era como caer por una trampilla y, después, cuando menos lo esperaba, por otra y otra más. Lo sentía más dentro de ella de lo que lo había estado nadie. Se suponía que debía ser solo sexo, nada más, pero tuvo que morderse el labio para no gritar su nombre.

Santo comenzó entonces a mover sus caderas más rápido aún y, justo cuando llegó su momento final y sus manos se inmovilizaron, Elia sintió otro fuerte clímax que no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Había perdido por completo la noción del tiempo y del espacio. No podía dejar de gritar y jadear. Era increíble.

Santo le susurraba palabras que no entendía, que no tenían ningún sentido para ella.

–Gracias... –le dijo Santo después.

El delicioso asalto a sus sentidos no terminó cuando sus cuerpos se detuvieron y trataron los dos de recobrar el aliento. Santo se lo había dicho como si ella acabara de salvarle la vida.

Se dejó caer sobre ella y la besó.

Santo tenía muy claro que aquello no había terminado, que era solo un descanso. Elia estaba en su cama y no pensaba permitir que se fuera a ninguna parte. Iba a asegurarse de ello. Por fin había encontrado algo bueno ese día y no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

# Capitulo Cinco

–Estoy muerto de hambre –dijo Santo de repente.

–Hay algunos bollos del desayuno por ahí... –susurró ella.

Pero no terminó la frase. Sabía que Santo no se iba a conformar con pastelería que no fuera fresca ni zumo que no estuviera recién exprimido. Ya estaba con una mano en el teléfono.

–¿Qué quieres? –le preguntó Santo.

Él nunca necesitaba consultar la carta. Lo sabía mejor que nadie. Se limitaba a pedir lo que le apeteciera y generalmente lo conseguía.

–Me da igual –le dijo ella.

Santo pidió que les subieran unos entremeses y champán. Pero, sin poder esperar más, se levantó y se sirvió un poco de zumo mientras ojeaba los periódicos del día con una mueca.

Miró su teléfono, seguía sin tener noticias de Alessandro. Encendió entonces su ordenador para ver si había alguna noticia sobre su familia, pero se quedó inmóvil al leer el correo electrónico que le habían enviado a Elia. Supuso que era lo último que había visto antes de meterse en su cama. Eso era lo

que había hecho que cambiara de opinión.

Había pasado mucho tiempo pensando en ella. Demasiado tiempo preguntándose cómo sería en la cama y ya lo sabía. Pero con ella le estaba ocurriendo algo que no era común en él, deseaba saber más, conocerla mucho mejor.

Volvió a la cama y le ofreció un vaso de zumo. Poco después, llamaron a la puerta y Elia se fue corriendo al baño. No quería quedarse allí mientras les servían lo que había pedido.

–¡Qué tímida eres! –le dijo él con una sonrisa mientras volvía después al dormitorio–. Tendrás que perdonarme, Elia, pero voy a tener que hacer algunas llamadas telefónicas –añadió metiéndose en la cama.

Elia volvió de repente a la realidad cuando supo que Santo tenía que hacer unas llamadas. El mundo real los estaba esperando fuera de ese hotel y pensó que lo mejor que podía hacer era no olvidarlo. Sabía muy bien cómo era Santo en el teléfono. Normalmente, salía del despacho o se alejaba de ella para hablar con otras personas. Pero ese día no pareció importarle que ella estuviera allí. Comieron y bebieron champán mientras él hacía un par de llamadas bastante tensas a varios miembros de la familia. Por lo que pudo entender, las cosas estaban mal por culpa de lo que había pasado la noche anterior.

Cuando terminó de hablar, Santo le pidió que desviara todas las llamadas a menos que fuera su hermano.

Santo se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo. Examinó entonces con algo más de frialdad los acontecimientos del día anterior. Ya estaba mucho más tranquilo. Y, por una vez en su vida, quería hablar de ello con alguien que no fuera de su familia. Pero a Elia, por supuesto, no podía contárselo todo.

–Ya sabías que queremos conseguir el contrato para renovar la zona portuaria, ¿verdad?

–Sí, algo he oído –repuso Elia mientras probaba las fresas cubiertas de chocolate.

Elia se había dado cuenta de que los Corretti trataban de ser cautelosos en sus negocios y que estos solían estar bastante entrelazados. La zona portuaria que querían renovar iba a ser utilizada, de hecho, para rodajes de cine. Sabía que la familia de Santo esperaba dar así una nueva vida a esa zona y, por supuesto, ganar mucho dinero.

–Para mí –le dijo al ver que ella miraba la última fresa.

Lo miró a los ojos. Sabía que la estaba poniendo a prueba.

Se arrodilló sobre él y Santo tomó la fresa de sus dedos. Ella observó cómo sus dientes mordían el crujiente chocolate. Estaba a punto de comérsela entera cuando, en el último segundo, cedió y le agarró la cabeza hacia él para que pudiera

morder la otra mitad de la fresa. Mientras mordisqueaba la dulce fruta pudo saborear también su boca.

–Quiero llamar para que nos traigan más fresas –le dijo ella sonriendo.

–Todavía quedan higos –le recordó Santo poniéndose algo más serio–. En cuanto a mi familia, mi abuelo Salvatore dejó todo bien organizado antes de morir, para eso era la boda.

–Entonces, ¿no iba a ser un matrimonio por amor entre Alessandro y Alessia? –le preguntó ella.

Santo le dedicó una mirada burlona y ella recordó en ese instante que estaba en la cama con un Corretti. Aunque no se lo dijo con palabras, entendió que no, no habría sido una boda por amor.

–Los Battaglia nos han retirado su apoyo –le contó Santo.

Lo que no quiso decirle a Elia era que los Battaglia estaban intentando potenciar la posición de Angelo, que era además su hermanastro. Había tanta historia entre las dos familias, tantas disputas... Y, desde la noche anterior, las cosas estaban aún peor. Pero no podía contarle casi nada a Elia.

–Ahora mismo, solo quiero concentrarme en la película –le dijo mientras le sonreía–. Y en ti.

–Creo que deberías guardar ese tipo de frases para la película, Santo –le dijo ella.

Elia tenía muy claro que debía protegerse y no olvidar que entre ellos solo iba a existir ese día de pasión. No tenía intención de esperar a que Santo se aburriera de ella. Pero cuando comenzaron a conversar sobre la película mientras se acariciaban lentamente y se daban higos el uno al otro, se dio cuenta de que no había otro lugar en el mundo en el que hubiera preferido estar en esos momentos. Esa habitación y esa compañía eran perfectas.

–¿Cuándo supiste que querías dirigir?

Santo había cubierto sus pechos con chocolate en polvo y empezó a lamérselos mientras esperaba su contestación. Las sábanas blancas habían dejado de serlo, pero ya nada le importaba.

–Creo que desde siempre –le dijo ella.

–¿Desde siempre? –repitió Santo.

Se quedó un momento pensativa. Recordaba cómo solía meterse en su habitación con cinco o seis años. Trataba de aislarse allí de lo que pasaba abajo, para no oír a sus padres discutiendo. Imaginaba películas en su mente, incluso cambiaba el ángulo de las cámaras, se concentraba en una escena o en otra, trataba de hacerlo bien hasta estar satisfecha con el resultado. Todo el dinero que podía ahorrar lo usaba para comprar guiones. Más tarde, fue una suerte para ella poder encontrarlos de forma gratuita en Internet.

Tenía veintisiete años y carecía de experiencia, pero llevaba practicando desde su infancia para llegar algún día a trabajar en un rodaje.

–Es lo que siempre he querido hacer.

–Entonces, ¿por qué trabajas como secretaria? Me dijiste que era tu pasión cuando te entrevisté.

Cada vez le costaba más concentrarse en la conversación. Santo recorría la areola de uno de sus pechos con su lengua y no podía soportarlo más. Iba a morir de deseo si no atrapaba sus pezones entre sus labios.

–Me dijiste que te encantaba hacer que la vida de tus jefes fuera lo más sencilla posible.

–Te mentí –repuso ella sonriendo–. Como hace todo el mundo en las entrevistas. Ser tu secretaria solo es mi segunda pasión en la vida.

Santo sabía que debía sentirse ofendido, pero no podía dejar de sonreír.

–Esa es tu tercera pasión –le recordó él.

Volvía a desearla, pero Elia estaba hablando de la película. Se había sentado en la cama, envuelta en la sábana, como si quisiera ocultarse de él mientras le hablaba del guión.

Se trataba de una hermosa película sobre un soldado que desaparecía en la guerra y al que daban por muerto. Desolada,

su esposa se acercaba entonces al mejor amigo del soldado para buscar consuelo en él. El dolor que sentían los dos acababa uniéndolos y ella se quedaba embarazada, descubriendo poco después que su marido no había muerto.

–Tiene que ser una historia de amor –le comentó él–. Pero la verdad es que hay algunas partes de la historia que no acaban de convencerme –admitió.

A Elia le encantaba poder hablar de cine con Santo. Se trataba de una pasión que los dos compartían. Sabía que a menudo aburría a los demás con sus observaciones y pensamientos sobre el cine, no hablaba de otra cosa, pero Santo estaba tan interesado en ese tema como ella.

–No acabo de entender cómo, si tanto lo ama ella, puede olvidarlo tan pronto en brazos de su amigo.

–Pero ella no lo olvida –le recordó ella.

–Si puede acostarse con otro cuando le acaban de decir que ha muerto es que él no era el gran amor de su vida –insistió Santo con firmeza.

Después, frunció el ceño al ver que ella le sonreía.

–¿Qué pasa?

–Nada, que me hace gracia que te moleste algo así.

–Nunca he estado enamorado –le confesó Santo–. Ni siquiera sé si existe ese amor para toda la vida del que hablas.

Santo se quedó pensando un momento en la historia de su familia y negó con la cabeza. Decidió después abrirse un poco con ella, convenciéndose de que lo hacía por el bien de la película, no porque necesitara hablar con alguien de lo que le pasaba.

–Mi *nonna* me contaba siempre que se enamoró de mi abuelo nada más verlo.

–¿Ves?

–Lo que no te he dicho es si ese amor fue correspondido. El verdadero amor de Salvatore era el poder. Lo mismo le pasaba a mi padre –le confesó muy pensativo–. En cuanto a mi tío Benito... Pensé que amaba a su primera esposa, pero... –se encogió de hombros.

Elia se quedó mirándolo ensimismada. Era la primera vez que lo veía tan serio y circunspecto.

–Exista o no el amor verdadero, en la película tiene que ser creíble y ese va a ser el problema porque las escenas de amor de Taylor y Vince van a ser muy apasionadas.

–Es que no se trata de amor, Santo –lo corrigió ella–. Es solo sexo. Ella está sufriendo tras creer que ha perdido a su esposo para siempre y encuentra consuelo en los brazos de Vince.

–¿Pocos días después de que desparezca el amor de su vida? –insistió Santo con una sonrisa algo triste–. ¿Entiendes

ahora por qué necesitábamos una buena actriz?

–Sí, claro –le dijo con algo de incredulidad.

Santo la miró entonces a los ojos.

–¿Alguna vez has estado enamorada, Elia? –le preguntó él.

–No –le contestó con una sonrisa–. A veces me he dejado llevar por el deseo, eso sí.

–Eso ya lo he visto.

–Pero en serio, no sé si querría estar enamorada. Creo que te nubla la razón y te impide tomar decisiones con la cabeza.

–¿A qué te refieres?

Ella se encogió de hombros.

–A que no se me da bien perdonar y olvidar las cosas. Al parecer, es un requisito necesario.

–¿Al parecer?

–Bueno, esa ha sido al menos mi experiencia.

Elia no quería hablarle de su familia y echar a perder ese día, así que decidió referirse a otras personas.

–Tengo una amiga en Australia a la que he visto más veces llorando por amor que sonriendo. Y tengo otra a la que...

–¿Y tus padres? –le preguntó él interrumpiéndola.

Santo cada vez era más consciente de lo poco que sabía de esa mujer. Y eso que, teniendo en cuenta sus pautas de

comportamiento, era la mujer con la que más tiempo había pasado en toda su vida.

–Bueno, en casa también he tenido que ver continuamente que el amor se basa muchas veces en perdonar y olvidar –le dijo Elia con una sonrisa triste pero sin querer dar más detalles–. Así que, al final y, visto lo visto, creo que me quedo con la lujuria.

Santo no tenía ningún problema con esa manera de ver las cosas. Le parecía estupendo.

Pero una parte de él deseaba seguir haciéndole preguntas para conocerla un poco más.

Después de pasar unas horas con ella en la cama, empezaba a darse cuenta de que Elia era tan hábil desviando conversaciones personales como él. Prueba de ello fue que cambió en ese momento de tema para sacar de nuevo a colación el guión de la película.

–¿Crees que él acabará perdonándola? –le preguntó Elia.

Se pusieron a hablar sobre el regreso del soldado y sobre el beso con el que pensaban dejar a la audiencia pegada a la pantalla. Era la pregunta del millón, la que él quería que el público se hiciera mientras salían del cine después de ver su película.

–Yo no lo haría –le contestó él con decisión.

–¿Por qué no? –le desafió Elia.

Santo nunca la había visto tan animada como estaba hablando de la película. Y a él no le importaba en absoluto verla así porque mientras hablaba y movía las manos, estaba tan concentrada en sus palabras que no era consciente de que la sábana iba bajándose y ya podía ver unos de sus pechos.

–¿Cómo podría perdonarla después de una traición como esa? –le preguntó Santo en vez de darle una respuesta directa–. Se supone que es el amor de su vida.

Después le dedicó una apesadumbrada sonrisa a Elia porque, por supuesto, creía que en realidad el amor no existía.

–La verdad es que no lo sé– añadió Santo con sinceridad–. ¿Qué piensas tú?

En realidad, lo que de verdad le interesaba a Santo era saber la opinión de Elia al respecto.

–No lo sé– admitió ella–. Pero creo que ese debe ser el propósito de la película y puede ser su punto fuerte, dejar que sea el espectador quién decida. Estoy deseando ver cómo consigue Taylor transmitir tantas cosas en la pantalla.

–Yo también –admitió Santo.

Se quedaron un momento en silencio. Los dos compartiendo una visión similar, repasando en sus mentes el guión y un beso que debía ser perfecto para los espectadores,

pero que iba a ser muy complicado de grabar.

Elia había leído el guión una y otra vez. No había diálogo al final, todo se reducía a un beso, un reencuentro increíble, donde el alivio se mezclaba con el miedo mientras el soldado iba recorriendo con sus manos el cuerpo de ella y se daba cuenta poco a poco de los cambios sutiles que habían aparecido por el embarazo. Entendía entonces que el amor de su vida se había acostado con alguien más solo unos días después de que se enterara de su muerte.

Santo estaba empeñado en que la película fuera un gran éxito.

Siempre había sido importante para él, pero nunca tanto como en ese momento. No podía contar con el apoyo de Alessandro y el nombre de la familia estaba siendo denostado en los medios de comunicación. Era una situación difícil, pero también la mejor oportunidad de probarse a sí mismo, salir de la sombra de su hermano mayor y demostrar que no era un peso ligero, que podía hacer cosas importantes.

Estuvo a punto de decírselo a Elia. Llegó incluso a abrir la boca para hacerlo. Miró a la mujer que tenía a su lado en la cama y sintió que empezaba a relajarse, a quitarse de la cabeza la presión a la que siempre estaba sometido. Durante un segundo, llegó incluso a pensar en contarle cómo había sido crecer con Carlo como padre. Al ser el segundo hijo, no habían

contado con él para nada. Incluso habían llegado a echarlo de la sala de juntas. No había tenido ni una sonrisa de aprobación de su padre, ni siquiera una. No creía haberla necesitado hasta ese momento, pero le gustaba la idea de poder tener la oportunidad de demostrar lo que valía.

Abrió la boca para decírselo, pero cambió de opinión en el último momento. Creía que había cosas en las que era mejor no pensar y de las que no hablaba con nadie.

Además, la sábana con la que Elia se había cubierto ya se había caído por completo, era justo la distracción que necesitaba para dejar de lado otros pensamientos más oscuros.

–Creo que tenemos que resolver algunos detalles técnicos –le dijo Santo sonriendo mientras tomaba la botella de champán para rellenar la copa de Elia.

–¿Sí?

–Sí, sigue sin convencerme demasiado el final.

–Bueno, para eso has invertido mucho dinero en contratar a una actriz de la talla de Taylor, para que consiga resolver unas escenas tan cruciales y...

Pero Elia no terminó la frase al darse cuenta de que Santo ya no estaba interesado en seguir hablando de la película. Vio cómo sacaba un hielo de la cubitera del champán. Lo miró fascinada mientras agarraba con fuerza su copa de champán al

ver que Santo acercaba el cubito de hielo a su pecho desnudo.

–Según el guión, él se da cuenta mientras la acaricia de los pequeños cambios en el pecho de su esposa –le dijo.

Santo no podía dejar de mirarla a los ojos. Elia se mordió el labio cuando sintió el frío hielo alrededor de su pezón.

Hizo ademán de apartarlo con la mano que tenía libre, pero después se dio cuenta de que deseaba vivir esa experiencia. Elia se quedó inmóvil mirando las reacciones de su pecho y cómo se contraía su pezón.

Cuando el dolor y el frío fueron casi insoportables, Santo se apiadó de ella y lo cubrió con su boca caliente. Contuvo el aliento unos segundos.

No iba a aguantar mucho más, eran demasiadas las sensaciones que la invadían. No podía contenerse, su cuerpo necesitaba estar más cerca de él, pero vio que Santo volvía a meter la mano en la cubitera.

–Es entonces cuando se da cuenta de que podría estar embarazada –le susurró Santo.

Poco a poco, fue hablándole del guión mientras recorría su cuerpo con las manos y la besaba. Fue bajando así hasta su vientre.

Elia cerró los ojos mientras imaginaba que sería así como Taylor haría esa escena en la película. Aunque ella se estaba

enfrentando al hielo que Santo aún sostenía en sus manos.

–Aun así y a pesar de todas sus dudas, el soldado la sigue besando –le dijo Santo mientras se metía el cubito en la boca y la besaba con su gélida lengua.

–¿Por qué sigue besándola cuando sabe que le ha sido infiel? –le preguntó entonces Santo.

–Porque sabe que, si deja de besarla, tendrán que hablar de lo que ha pasado y en realidad no quiere saber la verdad.

–¿Crees que podrá perdonarla? ¿O tendrá que dar por terminada su relación?

–Claro, no puede seguir con ella –le contestó ella.

–¿Aunque siga queriéndola? –insistió Santo.

–Sí. No puede confiar en ella –le dijo Elia.

–Eso me parece demasiado simple.

Vio cómo chupaba el hielo y después recorría su vientre con él.

Nunca había estado tan excitada. No podía dejar de mirar sus dedos mientras iba bajando por su cuerpo. Levantó un poco las rodillas y contuvo el aliento cuando sintió que seguía bajando, enfriando con lo que quedaba de hielo la zona más íntima de su cuerpo. No tardó en sustituirlo con su boca, calentándola con su aliento y su experimentada lengua. Si ya había sido complicado contenerse mientras lamía su pecho,

apenas podía dejar de temblar cuando la besaba de manera tan íntima.

Y ella estaba encantada de poder recibir todas esas atenciones. Las sensaciones que estaba sintiendo y la habilidad que tenía Santo con su lengua eran extraordinarias.

Empezó a tomar ella misma cubitos de la cubitera y a tenerlos en la boca para pasárselos a Santo cada vez que necesitaba otro. Le parecía increíble la manera en la que se habían coordinado sin palabras, sin que tuviera que decirle qué le gustaba.

Para Santo, estaba siendo una experiencia única. Siempre había disfrutado mucho del sexo y no le importaba dedicar todo el tiempo que fuera necesario a esos juegos previos. Pero, si en ese momento se hubiera detenido el reloj, no le habría importado perderse en ella, aunque no llegara a más. Estaba siendo la mejor experiencia sexual que había tenido en toda su vida. Le fascinaban su cuerpo, los suspiros y gemidos que escapaban de su boca, cómo le agarraba con más fuerza el pelo cada vez que hacía cierto movimiento con su lengua o cómo se relajaba en otros momentos. Su cuerpo reaccionaba sin inhibiciones, dejándose llevar por completo.

–Siempre uso... –le susurró él sin dejar de jugar con el hielo en su sexo.

–Lo sé –gimió Elia perdida entre el placer y el dolor.

–Quiero probar a hacerlo sin protección...

–Por favor...

Era muy extraño estar en esa situación. Por primera vez en su vida, Elia sentía la libertad de poder expresar su deseo, no tenía por qué ser recatada, no se veía en la necesidad de contener lo que estaba pensando. Nunca se había abierto a nadie más ni entregado como lo estaba haciendo con Santo.

Se apartó en ese momento y se tumbó sobre ella. El cuerpo de ella, frío y húmedo a consecuencia de sus juegos previos, buscó la calidez del suyo. La rodeó con los brazos, no podía dejar de mirarla.

–Dios mío, Elia...

Santo no estaba seguro de lo que estaba a punto de hacer, pero ella lo urgía a seguir, necesitaba sentirlo en su interior. Nunca lo había hecho sin protección, pero en ese momento no podía pensar en otra cosa y estuvo a punto de perder el control cuando la penetró.

–No sé si es buena idea...

Los dos estaban temblando, riendo y sin poder terminar de creerse que se estuvieran arriesgando tanto. La sensación era increíble.

–Olvida lo que acabo de decirte –susurró él–. Creo que ha sido una idea genial...

No podía dejar de moverse. Era una sensación incomparable. Nunca se había sentido tan cerca de nadie. La fricción era muy intensa. Los dos estaban empapados y no dejaban de jadear y moverse.

Había sido completamente sincero con ella, nunca hacía el amor sin protección, pero se dio cuenta de que había merecido la pena romper esa regla con ella. La temperatura fue subiendo y descubrió un nivel de placer que nunca había alcanzado.

Era increíble sentir la fuerza de sus músculos rodeando su miembro, la calidez de su interior.

Le había prometido que iba a hacerle el amor lentamente, que le iba a dedicar todo el tiempo del mundo y eso era exactamente lo que quería hacer. En ese momento, no podía pensar en otra cosa que no fuera ella y ese instante.

–Cuando me desperté esta mañana, pensé que iba a ser uno de los días más difíciles de mi vida. Pero ahora... –le dijo en voz baja mientras incrementaba el ritmo de sus embestidas–. Ahora...

Elia no podía entender lo que le decía, estaba demasiado ensimismada en sus propios pensamientos. Santo comenzó entonces a hablarle en italiano y su cerebro se apagó por completo. Sentía que le empezaban a temblar los muslos y que el calor en su zona íntima se hacía casi insoportable. Pero, sobre todo, trataba de controlar sus propios pensamientos,

reprimiendo sus propias palabras.

–Santo...

Le pareció de repente que veía luces a su alrededor, como si la prensa que los esperaba afuera hubiera conseguido entrar y aquellos destellos fueran los de las cámaras de los fotógrafos. Pero esa confusa idea solo duro un segundo. Las luces eran las de los fuegos artificiales que estallaban en su cuerpo mientras se acercaba más y más al clímax. Gimió sin poder controlarse, se retorció entre sus brazos y se dejó llevar por un intenso orgasmo.

Santo se movió más rápido aún y fue una sensación espectacular la de sentir cómo él también alcanzaba las cotas más altas de placer y se deshacía dentro de ella. Parecía completamente perdido y entregado.

Observó cómo se contraía su cara y temblaba entre sus muslos. Entonces, como si acabaran de dispararle en la cabeza, se derrumbó de repente sobre ella y Elia suspiró al sentir su peso y los latidos de su corazón. Parecía completamente relajado, satisfecho, disfrutando de ese momento.

Santo se quedó como estaba unos minutos. Casi temía levantar la cara para mirarla a los ojos. Trató de convencerse de que había sido increíble porque no habían usado protección o quizás porque había deseado a Elia desde el principio y ella le había hecho esperar durante meses. No podía haber ningún

otro motivo, no quería analizar demasiado lo que le estaba pasando.

–Santo...

Hizo ademán de apartarse de ella, pensando que su peso era demasiado para Elia. Pero, mientras se incorporaba, la miró a los ojos y sus labios se encontraron.

Lo que ella no habría podido nunca imaginar era que, para Santo, ese era su primer beso cargado de significado.

# Capítulo Seis

Al final, Santo y Elia salieron del hotel a las cuatro de la mañana. Después de que él dejara una buena propina para la señora de la limpieza.

La prensa seguía convencida de que Alessandro estaba en el hotel y por eso, en vez de salir a la calle con el pelo mojado tras la ducha, Elia se tomó un tiempo para secárselo y para maquillarse. Volvía a su papel de eficiente secretaria. Con las únicas diferencias de que se estaba arreglando en ropa interior y que Santo la observaba.

–Te gusta maquillarte, ¿no? –comentó Santo.

–¿Eso crees? –respondió ella mientras terminaba de aplicarse el rímel.

Pero Santo no le estaba prestando atención. Había sacado de su bolso el corrector y estaba de pie detrás de ella tratando de cubrir las marcas que él le había dejado en el cuello. Estaba guapísimo. Llevaba pantalones negros y una camisa del mismo color. Tenía aspecto de hombre duro, pero había una gran sonrisa en sus labios mientras le maquillaba el cuello.

–¿Quieres que te lo preste? –le preguntó ella.

–No hace falta –repuso Santo mientras la hacía girar hacia él para mirarla–. Nunca he tratado de ocultar mis errores.

Pero eso significaba que ella iba a tener que verlos.

Fue entonces cuando fue consciente de la situación en la que se había metido. Entendía mejor las lágrimas derramadas por todas las amantes a las que había tenido que consolar. Había creído que podría seguir con su vida después de pasar unas horas con Santo. Pero mientras lo observaba, de pie frente a él, se dio cuenta de que quería conocerlo mejor. Lamentaba que su jefe supiera que iba a dejar ese puesto de trabajo unas semanas después. Habría sido mucho más fácil irse sin tener que verlo durante los días que le quedaban trabajando para él.

Santo la tomó en sus brazos y la besó. Aunque estaba completamente vestido, podía sentir cuánto la deseaba y le asustó el efecto que tenía sobre ella.

–No –le dijo ella con más firmeza de la necesaria–. Acabo de maquillarme.

–No hay problema, puedo darte la vuelta y ya está –le dijo Santo con picardía.

Y eso fue lo que hizo. La hizo girar sobre sus pies y empezó a besarle el hombro mientras bajaba con las manos por su vientre. Ella se miró en el espejo y reconoció una expresión de pánico en sus ojos. Le parecía imposible olvidarse de alguien

como Santo y seguir adelante como si nada hubiera pasado. Sabía que siempre iba a recordar esos momentos.

Y ella no se veía capaz de lidiar con ese tipo de sentimientos.

–El rodaje de tu película empieza dentro de un par de horas y yo me quiero ir a casa –le recordó ella mientras se volvía hacia él con una sonrisa en la boca.

Se puso la falda, la blusa y los zapatos. Mientras tanto, habló de cosas intrascendentes con él, pero no conseguía tranquilizarse. Le daba miedo que Santo pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, no quería que supiera cuánto le había afectado estar con él.

Santo no estaba notando nada distinto en Elia, pero él sí creía que había cambiado y que el hombre que bajaba frente a ella en el ascensor era diferente al que había subido el día anterior.

Salió muy relajado del hotel y no le alteró ni lo más mínimo ver que seguían esperándolos los periodistas. Fueron al coche y condujo hasta la casa que ella había alquilado. No necesitaba que le dijera por dónde ir, ya la había llevado un par de veces, pero Elia nunca le había pedido que pasara y tampoco lo hizo en ese momento, pero él tenía otros planes en mente.

–Hazme café –le pidió entre bostezos.

Aún tenía que ir conduciendo hasta el puerto, donde iban a

rodar ese día.

–Si lo haces, te daré el día libre –añadió sonriendo.

–Ya pensaba tomármelo libre –le dijo ella mientras entraban.

A Elia le daba cierto reparo que viera su casa. Era pequeña y muy sencilla. Solo tenía un dormitorio. Mientras iba a la cocina para encender la cafetera, Santo se quedó en el salón, mirando los pocos libros que tenía y viendo que todos tenían la dirección cinematográfica como temática común.

También se dio cuenta de que no había nada más que fuera personal en ese sitio. Estaba muy acostumbrado a estudiar las casas de las mujeres con las que salía. Era una especie de juego que le ayudaba a conocerlas mejor, pero no había nada allí de Elia que le aportara más información sobre ella. Supuso que sería así porque ya había previsto que su estancia en Sicilia fuera solo algo temporal. Pero seguía extrañándole que no hubiera siquiera una foto de familia sobre la chimenea.

Tampoco pudo adivinar nada más sobre su secretaria en el cuarto de baño cuando Santo se excusó un momento para usarlo y abrió descaradamente sus armarios. Eso sí, aprovechó para fijarse en el nombre de su perfume favorito. En otras circunstancias, le habría pedido a Elia al día siguiente que le comprara ese perfume, un ramo de flores y alguna joya para su

nueva amante. Era lo que había hecho en otras ocasiones.

Y esa no era la única diferencia de la que ya se había dado cuenta esa madrugada. Normalmente, se sentía algo culpable después de acostarse con otra mujer. Con Elia no le estaba pasando.

–¡Ya está el café! –le dijo ella desde la cocina.

De camino a allí, echó un vistazo a su habitación. La cama estaba deshecha y había un sujetador en el suelo. Aunque estaba agotado y tenía mucho trabajo ese día, le entraron ganas de olvidarse de todo y pedirle que le llevara el café a la cama y se lo tomara allí con él.

Pero fue a la cocina.

Elia estaba sirviendo el café en dos tazas pequeñas. Le puso algo de azúcar a una de ellas y se la ofreció.

–Riquísimo –le dijo sonriendo después de probarlo–. Solo por esto, te dejaré que desconectes el teléfono hasta mañana.

–¿Para qué? ¿Para que te vuelvas loco cuando me llames y veas que no contesto? Creo que será mejor que no lo haga, Santo.

–No, lo digo en serio –insistió él–. Tómate el día libre. Ya lidiaré solo con cualquier cosa que surja. Apaga el teléfono y no vuelvas a encenderlo hasta que llegues mañana al rodaje.

–Bueno, la verdad es que tengo algunas cosas de las que

debería encargarme.

–Seguro que esas cosas también pueden esperar. Hazlo mañana antes de ir hasta el puerto. Como si no quieres acercarte hasta la noche. Estos dos primeros días, no va a haber demasiada acción en el set de rodaje. Antes que nada, hay que instalar a todo el mundo allí y darnos un tiempo para conocer al equipo.

–¿Estás seguro? –le preguntó ella.

Elia sabía que Santo era un jefe muy exigente, pero lo cierto era que estaba agotada.

–Claro que estoy seguro –le dijo Santo mirándola a los ojos–. A no ser que quieras mantener el teléfono encendido por si te llama tu familia, claro.

–No.

Santo tomó otro sorbo de su café. Cada vez le sorprendía más lo reservada que era con su vida personal.

–¿Tu madre es italiana? –le preguntó entonces–. ¿De dónde? –agregó al ver que asentía con la cabeza.

–Es siciliana.

–¿Y tu padre?

–Él es australiano.

Elia le advirtió con la mirada que no iba a decirle nada más, pero decidió insistir.

–¿Siguen juntos?

–¿Por qué lo preguntas? –repuso ella.

–No lo sé, solo era una pregunta... –le dijo Santo–. Tenía curiosidad por saber más de tu familia. Igual que tú me preguntaste por la mía.

Elia sabía que estaba siendo bastante fría. No tenía ninguna necesidad de serlo. Después de todo, le había hecho una pregunta muy sencilla.

–Sí –le contestó por fin con una sonrisa algo tensa–. Siguen juntos.

Santo tomó otro sorbo de café.

–Por cierto, tenemos otro tema del que hablar.

Sonrió aliviada al ver que la conversación daba un giro, pero esa sensación no le duró demasiado.

–De ese trabajo que quieres en Roma... –prosiguió Santo.

–No –se negó ella–. Acabamos de pasar el día y la noche juntos en la cama, no quiero...

–Por eso es el momento perfecto para hablar de ello.

–Puede que lo sea para ti –replicó ella–. Yo preferiría hablar de esto contigo en el despacho, no aquí.

–Es que no quiero que aceptes ese trabajo.

Elia contuvo el aliento. Creía que Santo no podía saber que

estaba atravesando una línea muy peligrosa. Su jefe no tenía ni idea de cuántas veces su propio padre había usado esas mismas palabras con su madre.

–Santo, yo elijo dónde trabajo.

–Por favor, escúchame...

–Lo digo en serio, Santo –lo interrumpió ella–. Ya hablaremos de esto. Si tienes algo que decirme sobre mi trabajo, lo harás en el despacho, que es el único lugar donde tienes derecho a hacerlo.

–No entiendo por qué te estás poniendo así, Elia.

Ella no comprendía que insistiera y se negara a hacerle caso. Su madre había trabajado en una fábrica hasta que Elia nació, pero había renunciado a su trabajo para ayudar en la tienda de su padre.

De vez en cuando, le pedía permiso a su marido para buscar trabajo en otra empresa. No les habría ido nada mal el dinero, pero a su padre le había gustado demasiado tener a su mujer cerca y controlada. También veía como una ventaja que apenas pudiera hablar inglés y que no tuviera amigas.

–Me da igual que lo entiendas o no –replicó ella con firmeza–. Hablaré de ese tema contigo mañana y ya está.

–Bueno, ¿podrías al menos esperar a darles una contestación hasta después de que hablemos?

–¡Santo! –le regañó ella.

Sabía que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, pero terminó por ceder y darle un buen beso en la boca.

–De acuerdo –le dijo Santo–. Y gracias por todo. Pensé que sería imposible, pero conseguiste que ayer fuera un buen día después de todo.

–Gracias también a ti –repuso ella con una sonrisa.

Una parte de ella deseaba que se fuera y otra no quería estar sin él. También le molestaba quedarse allí cuando Santo se iba al set de rodaje sin ella.

Cada vez se sentía más insegura. No sabía si iba a poder lidiar con la situación en la que se había metido. Aunque se había convencido de que no iba a permitir que le hiciera daño, no había estado preparada para lo mucho que le había afectado pasar esas últimas veinticuatro horas con él. Estaba empezando a darse cuenta de que no se había comportado de la manera más inteligente ni sensata.

Lo miró a los ojos pensando que quizás no tuviera otra oportunidad de hacerlo de ese modo, como se miraban dos amantes que habían pasado la noche juntos. Conociéndolo como lo conocía, no le habría extrañado nada que la cambiara por Taylor esa misma noche.

–Buena suerte con el primer día de rodaje –le dijo ella.

–La voy a necesitar.

–¿Qué le vas a decir a Taylor sobre las fotos que le han hecho?

–¿De qué iba a servir que le dijera nada? –reflexionó Santo encogiéndose de hombros–. Le pedí que se comportara y que no se metiera en problemas. Le dije lo mucho que la necesito para desarrollar esta película. Lo más sencillo habría sido coserle las rodillas.

Se echó a reír mientras abría la puerta de su casa, pero seguía sin estar demasiado convencida. Con una mujer tan bella como Taylor, no le habría sorprendido nada que Santo cambiara de idea y la llamara a medianoche de manera urgente para pedirle que fuera a llevarle unas tijeras a la habitación del hotel.

Pero recordó que iba a tener el teléfono desconectado.

Fue maravilloso meterse en la cama y saber que nada ni nadie iba a molestarla, pero no había contado con sus pensamientos. Se vio de nuevo presa del mismo pánico que se había apoderado de ella en el cuarto baño del hotel.

No había sido solo sexo.

Se quedó mirando al techo, tratando de convencerse de que sí lo era, de que no podía haber otra explicación. Llevaba demasiado tiempo escondiendo su corazón, protegiéndolo para que nadie se lo rompiera. Sabía que no tenía sentido

perder la cabeza y pensar que Santo pudiera llegar a ser nada más. Sabía mejor que nadie que era imposible cambiarlo, ya lo habían intentado otras, y que nunca podría confiar en él.

Durmió hasta bien entrada la tarde, pero miró el teléfono en cuanto se despertó. Pensó que tendría un montón de llamadas y mensajes de textos de él, pero no había nada.

Frunció el ceño tratando de ignorar la decepción que sentía. No entendía por qué no se alegraba al ver que no la había bombardeado con llamadas. Se sentía muy rara.

Sin la ayuda de su secretaria, esa vez la última amante de Santo no iba a recibir flores.

No pudo evitar sonreír al recordar una de sus conversaciones.

–¿Qué quieres que escriba en la tarjeta de las flores? –le había preguntado ella.

–Decídelo tú.

Pero debió de preocuparle lo que habría escrito porque la llamó unos minutos más tarde.

–¿Qué le has puesto?

Ella había suspirado algo cansada antes de responder.

–«Disfruté mucho este fin de semana. Estuviste increíble. Santo».

–No, eso es lo que debería enviarme ella a mí con unas

flores –le dijo bromeando–. Bueno, no te preocupes por el ramo, cómprale alguna joya... Algo con zafiros.

–Entonces es que tiene los ojos azules, ¿verdad?

Lo conocía mejor de lo que pensaba Santo.

Respiró profundamente y se puso a hacer una maleta para llevar al rodaje mientras tomaba la firme decisión de no sufrir por Santo. Se había metido en esa situación con los ojos bien abiertos y no iba a dejar que Santo le diera consejos sobre su carrera.

Le escribió un mensaje electrónico a Luigi aceptando su oferta de trabajo. Después, escribió su carta de dimisión. Pasara lo que pasara entre ellos dos, no iba a seguir trabajando para él durante mucho más tiempo. Eso lo tenía muy claro.

Pasó el resto del día sin tener noticias de Santo. Después, a la mañana siguiente, estuvo muy distraída haciendo un millón de recados que había tenido que retrasar después del apasionado fin de semana que había pasado en compañía de Santo Corretti.

No llegó al pequeño hotel donde se alojaba Santo hasta última hora de la tarde. Estaba cerca del lugar donde se iba a llevar a cabo gran parte del rodaje. El viaje hasta allí no le había resultado tan agradable como debería haber sido. El paisaje era impresionante y apenas había tráfico, pero había pasado demasiadas señales que indicaban que el pueblo natal de su

madre no estaba lejos.

Salió del coche con un nudo en el estómago. Faltaban pocos días para su cumpleaños y no le iba a quedar más remedio que llamarla. Creía que, de haber sabido su madre lo cerca que estaba de su pueblo, no le habría perdonado que no visitara a sus tías.

Había ciertas normas en todas las familias, pero no tantas como en las familias sicilianas, pensó ella mientras entraba por la puerta giratoria del hotel.

Era un sitio elegante y con una cierta belleza antigua, como de otra época. El personal era educado y agradable. Después de hacer el registro de entrada y de que le dieran su llave en recepción, se dirigió a los ascensores. Se quedó sin palabras cuando se abrieron las puertas y salió Taylor Carmichael de uno de ellos. Llevaba unas enormes gafas de sol. Elia la saludó con una tímida sonrisa, pero estaba claro que Taylor no tenía ni idea de que trabajara para Santo y la ignoró por completo.

Aun así, fue un encuentro emocionante para Elia y se animó un poco más al recordar que al día siguiente iba a tener la oportunidad de ver su actuación y que por fin empezaría a desarrollarse el guion que tanto le había gustado.

Encontró su habitación y abrió la puerta, pero frunció el ceño cuando vio la suite. Era maravillosa y eso hizo que se detuviera un momento. Los ventanales estaban abiertos y

daban a una gran terraza privada con vistas al mar.

Estaba decorada con muebles antiguos y grandes espejos dorados. Parecía sacada de otra época. Además, había jarrones con flores frescas en cada superficie e incluso una botella de champán enfriándose en una cubitera. No pudo evitar sonrojarse y sonreír al recordar la otra noche.

Se sintió conmovida al darse cuenta de lo detallista que era Santo. Le pareció muy considerado. Pero se desinfló por completo al oírlo hablando en el dormitorio. Tenía que tratarse de un error.

Santo salió entonces al salón.

–¡Elia! ¡Por fin estás aquí!

–Así es –le dijo, algo incómoda con la situación.

Le avergonzaba haber creído que Santo había pedido flores y champán para ella.

–Parece que ha habido un error en recepción. Pensaron que íbamos a compartir habitación –le explicó–. Hablé en italiano cuando hice la reserva y debí de confundirme.

–No hay ningún error –contestó Santo sonriendo–. Les pedí que te dieran la llave de esta suite. Pensé que podríamos cenar, hablar... ¡Han pasado tantas cosas!

–No puedes meterme en tu habitación sin más, Santo.

–No es eso lo que he hecho –se defendió él.

–Entonces, ¿dónde está mi habitación? –le preguntó ella.

–Vamos a trabajar quince horas al día, Elia. Bueno, al menos eso es lo que espero...

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

–El director nos ha dejado plantados.

Elia se quedó con la boca abierta y olvidó lo enfadada que estaba con el tema de la habitación.

–¿Que se ha ido? –repitió estupefacta.

–Sí, me dio un ultimátum y no me gustan nada.

Lo había visto discutir con los directores de vez en cuando, pero nunca había llegado a perder a uno durante el primer día de rodaje. Supuso que habría sido una pelea espectacular y no pudo evitar preguntarse qué habría sucedido.

–He estado todo el día tratando de decidir quién sería la persona más adecuada para dirigir la película. Tenía que ser alguien que estuviera además disponible, pero creo que por fin lo he encontrado –le dijo Santo mientras servía dos copas de champán.

A Elia le dio un vuelco el corazón. Aceptó la copa que le ofrecía mientras se dejaba llevar por la ilusión.

–He encontrado a alguien bueno, alguien que creo que comparte mi visión y que realmente está dispuesto a sacar lo mejor de Taylor –le dijo Santo con unan sonrisa–. Mañana

mismo tendremos al nuevo director, Rafaele Beninato.

–¿Rafaele Beninato? –repitió ella sin poder ocultar la decepción en su voz.

Estaba demasiado alterada para ocultarlo.

Entre el champán, las risas y las conversaciones que habían tenido sobre la película, Elia había sido tan tonta como para soñar por un momento que Santo pudiera estar pensando en darle a ella ese cometido.

–Elia... –susurró Santo al darse cuenta de que estaba decepcionada–. ¿No creerías que...?

–No –mintió ella demasiado avergonzada para admitirlo.

Después de todo, se trataba de una gran película y había sido estúpido pensar que Santo pudiera confiar en ella la dirección, pero no pudo evitar enfadarse.

–¡Lo que me duele es que ni siquiera lo consideraras!

–¿Cómo iba a hacerlo? ¡Elia, no tienes ninguna experiencia!

Cada vez se sentía más dolida. Habían pasado horas repasando en la cama cada una de las escenas, hablando del guión y de sus puntos de vista. Pero acababa de quedarle muy claro que a Santo no se le había pasado por la cabeza que ella pudiera ser una buena directora.

–Sabes que me encanta esta película. He repasado una y

otra vez el guión. Me lo sé de memoria y sé exactamente lo que se necesita para conseguir una gran película –le dijo ella mientras dejaba la copa de champán en una mesa.

Estaba muy dolida. Sabía que las palabras de Santo tenían sentido y que eran lógicas, pero ella no estaba pensando lógicamente en esos momentos.

–Voy a cambiar la reserva –le dijo.

Estaba deseando irse de allí antes de hablar demasiado. Necesitaba pensar y no podía hacerlo con Santo tan cerca. Ella, que nunca lloraba, estaba a punto de hacerlo cuando tomó el teléfono y habló con la recepcionista. Le explicó que necesitaba otra habitación y que iba a bajar a por la llave enseguida.

–Entonces, ¿te vas así de aquí solo porque no has conseguido el trabajo?

–¡No! –exclamó enfadada–. Me iba a ir de todos modos. Por esto es mejor tener habitaciones separadas, Santo, ¡para poder tener un sitio a donde ir cuando se discute con alguien!

Bajó a recepción para solucionarlo todo y pasó bastante tiempo hasta que pudo por fin estar a solas. Trató entonces de ordenar un poco sus pensamientos, pero no tuvo mucho tiempo para hacerlo. Pocos minutos después, escuchó a Santo llamando con los nudillos en la puerta y asegurándole que no iba a moverse de allí hasta que le dejara entrar.

–Quieres las dos cosas –le dijo nada más entrar.

Vio que era Santo el que parecía más enfadado de los dos.

–Quieres que mantengamos todo lo relativo al trabajo completamente independiente de lo demás. Decías que no podemos trabajar y acostarnos –la acusó Santo–. Pero, cuando te conviene, quieres todas las ventajas de ser mi amante.

–Eso no es cierto.

–Sí lo es –le dijo Santo con firmeza–. Es cierto, quieres las dos cosas. Yo, en cambio, solo quiero una. Soy el mismo ahora y en el dormitorio, pero en el trabajo trato de tomar las mejores decisiones para mis películas.

Escuchó en ese instante la pasión que había en su voz, esa perseverancia que hacía que su trabajo como productor fuera tan brillante.

–Cuando estoy en el trabajo, elijo lo mejor para mis películas y tomo las decisiones con la cabeza. Si crees que te voy a hacer directora solo porque no acostamos, eres tú la que tiene un problema, no yo.

–Quería dirigir esta película desde hace mucho tiempo.

–Y yo no te habría elegido para que la dirigieras aunque este fin de semana no hubiera pasado nada, Elia. Porque el hecho es que no tienes experiencia.

–Porque nadie me ha dado la oportunidad de tener

experiencia –protestó ella.

–Cuando tenga una vacante adecuada para ti, será toda tuya, pero el mundo no está esperando tu debut, Elia. En la industria cinematográfica, tienes que ganártelo trabajando muy duro para que te respeten. Y eso no se consigue en el dormitorio.

Le entraron ganas de darle una bofetada, pero sabía que lo que decía era cierto y que aún no había terminado.

–Solo quería decirte que disfruté mucho de tu compañía y que me gustaría seguir disfrutando de ella. Tenía la esperanza de que pudiéramos cenar juntos, hablar y hacer el amor. Pero, en vez de eso, como no puedes separar el trabajo del placer, tendremos que dormir solos.

–Ya he escrito mi carta de renuncia, dejo el trabajo –le anunció ella.

–Peor para ti –le dijo Santo–. Ve y trabaja para Luigi, si no te importa que te haga creer que va a darte oportunidades importantes... Después de trabajar un tiempo con él, te darás cuenta de que yo no era tan malo como creías. Al menos conmigo has disfrutado.

–Luigi es un hombre encantador –replicó furiosa–. Es un director brillante y está deseando contar con una ayudante dispuesta.

–¿Sabes lo que he pensado muchas veces? Que igual que la

gente espera a que sus futuros jefes llamen a otras empresas para que les den referencias sobre ellos, también la gente que busca trabajo deberían pedir referencias sobre los que van a ser sus jefes si consiguen el empleo. ¿Por qué no se toman un tiempo para averiguar si están preparados para aceptar las consecuencias antes de saltar?

–¡Ojalá lo hubiera hecho!

–No, Elia –repuso Santo–. Tú sabías perfectamente lo que hacías. Como ya te dije, nunca trato de esconder mis errores, no espero favores de nadie ni los doy a cambio de sexo.

Aunque le había parecido un hombre que no tenía moral alguna, le estaba demostrando lo contrario.

–Y, aunque creas que soy un malnacido, ten cuidado, Elia, porque tu trabajo nunca ha dependido de si te acostabas o no conmigo y sigue sin depender de ello. Yo sé muy bien cómo cerrar la puerta del dormitorio y abrir la del trabajo.

Sabía que tenía razón.

–¿Con cuánta antelación me presentas tu carta de renuncia?

–Con cuatro semanas.

–Muy bien –le dijo el Santo–. Llama mañana a la agencia de colocación para que encuentren a alguien que te sustituya. A ver si consigues a alguien que pueda comenzar lo antes

posible para que puedas ponerla al día. Y, esta vez, ¿puedes decirles que quiero a alguien con un nivel completamente fluido de italiano, por favor?

Sabía que solo le estaba diciendo eso para provocarla, pero se negó a morder el anzuelo.

–¿Algo más? –le preguntó ella.

–Sí, que tenga experiencia.

–¿Y que sea guapa también? –se burló Elia.

–Eso espero –respondió Santo sin ninguna vergüenza–. Y mejor si no viene ya con muchos problemas y prejuicios.

–¿Por qué no vas directamente a una de esas páginas web donde puedes encontrar...?

–¡Eso no va conmigo! –la interrumpió Santo–. No lo necesito. Y tampoco tengo tiempo. Necesito a alguien que sea bueno en su trabajo, que sea agradable a la vista y que no tenga tanto en cuenta lo que pasa entre las sábanas.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y salió de su habitación.

Una vez más, Elia se dio cuenta de que tenía razón y se sentó temblando en la cama. Estaba decepcionada a nivel profesional, pero era también algo muy personal.

Se dio cuenta de que era ella la que no podía separar las cosas. Con Santo, nunca había sido capaz de hacerlo. Tuvo que admitir por fin cuánto le había dolido durante esos meses verlo

con otras mujeres, hablando con ellas por teléfono mientras ella conducía o sabiendo que estaban pasando una velada romántica. Lo había sentido siempre como una ofensa personal.

Había sabido muy bien en lo que se estaba metiendo, pero había decidido ignorarlo por completo. Se había refugiado en el trabajo para no tener que pensar en lo que había sucedido con su padre. No había tenido la oportunidad de procesar las cosas. Se había convencido de que estaba bien y de que lo que necesitaba era un trabajo.

Una habitación de hotel no era el mejor lugar para tener un ataque de ansiedad. La suya no era tan lujosa como la de Santo y no tenía terraza privada, pero sí ventanas. Las abrió para poder respirar profundamente. Quería llamar a su madre, gritar o ir a la suite de Santo y echar su puerta abajo. No podía soportar la idea de estar a solas con sus pensamientos. No quería recordar la sensación del puño de su padre en la cara, los gritos de su madre ni la sensación de tener veintisiete años y sentirse como una niña de seis.

Pero eso era lo que estaba haciendo en esos momentos. Estaba recordando cada momento, cada sensación, llorando por primera vez desde ese día, reviviendo la pesadilla aunque no quería hacerlo y sola en una habitación de hotel.

# Capítulo Siete

Por primera vez desde que había empezado a trabajar para él, Elia no sabía si iba a ser capaz de desayunar con él y repasar juntos su agenda. Siempre comenzaban así la semana y, como se había tomado el lunes libre, se suponía que iba a reunirse con él en el restaurante del hotel a las seis de la mañana, como hacían cuando había rodaje.

Se miró en el espejo. Había sido una noche muy dura. La ducha fría había conseguido deshincharle un poco los ojos, pero seguía siendo obvio que se había pasado toda la noche llorando. Sabía que Santo iba a pensar que había estado llorando por él, pero no había sido así. Se había enfrentado por fin a lo que había pasado meses antes. Era el resultado de haberse pasado seis meses sin llorar, tratando de convencerse de que era muy fuerte y que no iba a dejar que le afectara lo que su padre le había hecho. Pero se había estado mintiendo. La paliza que le había dado había dejado una huella en su cuerpo y también en su alma, pero más pesada aún era la carga de todos los años anteriores.

Años de ver sufrir a su madre, años de ir siempre con cuidado para no molestarlo, años tratando de trabajar mucho y

ahorrar para poder comprar una casa donde pudiera vivir con su madre y muy lejos de él.

Estuvo a punto de echarse de nuevo a llorar, así que trató de no pensar en ese terrible día. Se maquilló lo mejor que pudo, pero sabía que no iba a poder ocultar la noche que había pasado. Se vistió y se puso las gafas de sol más grandes que tenía. Esperaba que Santo fuera lo bastante educado como para fingir que no era consciente del estado de su cara.

Pero no tuvo esa suerte.

–¡Dios mío! –exclamó Santo poniéndose de pie mientras se acercaba a la mesa–. Lo siento, cariño –agregó mientras le quitaba las gafas de sol y la abrazaba.

–No, déjame –le pidió ella.

–Me pasé de la raya –le dijo al oído–. Contrata a la más fea. A un hombre si quieres, no me importa.

–Santo –repuso ella apartándose y sentándose en la silla que estaba libre–. No he llorado por eso, sino por otras cosas.

Un camarero le sirvió café y Santo le puso azúcar. Tomó un sorbo y se sintió algo mejor, aunque le habría resultado más fácil si él no estuviera siendo tan dulce con ella.

–Tenías razón. Arrastro algunos... Algunos problemas del pasado...

Santo, en vez de asustarse, acercó un poco más su silla a su

lado y rodeó sus hombros con el brazo.

–Cuéntamelo –le pidió.

–¡No! –protestó ella.

No podía soportar que fuera así con ella. No quería acostumbrarse a esa situación ni a él. Tampoco se veía capaz de hablarle de lo que le pasaba.

–Y yo te contaré mis problemas. Tengo tantos... –le dijo Santo–. Pero, en este momento, ninguno me preocupa tanto como tú.

–Nos esperan en el set de rodaje –le recordó ella.

–Yo decidiré cuándo nos vamos.

–No puedo hablar de ello –le confesó Elia.

–Sí puedes.

–No –insistió–. Tú tampoco me hablas de lo que no quieres, como de tu familia.

–Es verdad, lo sé –reconoció Santo–. Pero es que en mi familia han ocurrido tantas cosas... Mi abuelo Salvatore empezó sin nada y murió siendo uno de los hombres más poderosos de Sicilia. Hay muchas cosas de las que no puedo hablar. Tuvo dos hijos. Carlo, que era mi padre, y su hermano, Benito...

Santo se detuvo entonces.

–¿Ves? Tratas de abrirte y hablarme de tu familia, pero en realidad no me cuentas nada.

–Solo estoy tratando de hacerte ver que puedes hablarme de lo que te hace sufrir si quieres. Si no puedes, me parece bien, pero no voy a permitir que pases otra noche así cuando yo estaba tan cerca. ¿Me entiendes?

–A veces es mejor estar solo.

–¿Prefieres pasar la noche como lo has hecho a hacer el amor conmigo? –le preguntó después de darle un beso en la sien–. ¿Estás loca?

–El sexo no es la solución para todo.

–No, pero es una opción bastante buena. A mí me funciona bien. Pero, si deseas continuar con tu huelga de sexo, también podríamos hablar –le dijo Santo poniéndose de pie y tendiéndole la mano–. Vamos, podemos ir paseando hasta el set.

–Pero tardaríamos mucho.

–Deja que me esperen –repuso Santo con arrogancia mientras le devolvía sus gafas de sol.

Salieron al exterior y comenzaron a andar. No podría haber estado en una compañía más agradable. Santo le fue señalando las aldeas que veían a lo lejos mientras caminaban por la ladera.

–Mi madre es de allí –le dijo ella después de que le dijera el nombre del pueblo–. Allí tengo tías.

–¿Vas a ir a verlas?

–A lo mejor después del rodaje.

–Bueno, pero no les digas que trabajas para mí.

–No hace falta que me digan nada. Ya sé yo la reputación que tienes.

–No es por eso –le dijo Santo–. Allí vive mi *nonna*. Y hay mucha historia detrás y muchos enemigos. Los Corretti no somos una familia querida en todas partes.

Santo se dio cuenta de que no podía seguir evitando hablar de ciertos temas. Que no era buena idea usar el humor para salir de esas situaciones. Pensó que Elia le estaba diciendo mucho con su silencio, que quizás le estuviera pidiendo así algo que él nunca había dado. Recordando sus ojos hinchados, llegó a la conclusión de que, si quería más, tenía que ser el primero en dar.

–Mi padre y su hermano murieron en un incendio que hubo en un almacén –le dijo entonces–. Fue entonces cuando mi abuelo lo dividió todo.

–¿Empezaron los conflictos por eso?

–No, ya habían comenzado mucho antes –admitió él–. Benito y mi padre siempre habían rivalizado en todo. Salvatore

se encargaba de que así fuera.

–¿Llamabas Salvatore a tu abuelo?

–Lo llamo de las dos maneras. No puedo llamarlo «abuelo» en una reunión de negocios.

–No. Supongo que no.

–La división de las propiedades no hizo sino empeorar las cosas. Una vez al año, nos juntamos para celebrar civilizadamente el cumpleaños de mi *nonna*. Solo estamos de acuerdo en que todos la adoramos. Es una especie de tregua que solo dura ese día. Después, volvemos a las andadas. Estas próximas semanas...

No dijo nada más y negó con la cabeza. No podía hablar de eso. Además, tampoco habría tenido tiempo, tenía una película que rodar.

Pero recordó lo mal que había estado el domingo y lo bien que le había hecho sentir Elia. Habría deseado poder haber hecho lo mismo por ella esa noche. Por eso decidió romper su regla y hablarle de ello.

–Mi abuelo jugó con sus hijos para que se enfrentaran el uno al otro. Les enseñó desde el principio que para conseguir las cosas en la vida había que ser despiadado –le dijo mirándola a los ojos–. Cuando su salud empeoró, decidió dividir las propiedades. Benito quedó a cargo del imperio hotelero y mi padre, de los medios de comunicación. Pero, si

queremos que la propuesta para reconstruir la zona portuaria salga adelante, tendremos que unirnos. Y eso no creo que pase. Angelo está...

–¿Quién es Angelo? –le preguntó ella.

–Mi hermanastro.

–No sabía que tuvieras un hermanastro.

–Es que nunca hablo de él. Ha comprado algunas de las casas del puerto y los Battaglia están aprovechando ese hecho para apoyarlo contra nosotros.

–¿Por qué? ¿Por culpa del matrimonio que no llegó a celebrarse?

–Por eso y por muchas otras cosas.

–Pero, ¿por qué os importa tanto? Solo es un proyecto.

–Importa mucho –respondió Santo sin querer entrar en detalles.

No podía contarle que el imperio Corretti se estaba desmoronando. Confiaba en ella, pero era un tema demasiado doloroso para hablar de ello.

–Ahora mismo, tengo que concentrarme en esta película. Pero antes...

Le quitó de nuevo las gafas, la abrazó y le dio un beso muy tierno.

Santo la estaba besando de una manera tan tierna que a Elia le entraron ganas de echarse a llorar. Cada vez entendía mejor las lágrimas de sus predecesoras. Con Santo no se trataba solo de sexo. Se dio cuenta de que el mundo iba a ser un sitio muy frío y solitario sin él.

Pero sonó entonces su teléfono, lo necesitaban en el set de rodaje y no les quedó más remedio que seguir el camino.

Llegaron a la zona portuaria. Estaba en un estado de decadencia generalizada, pero Santo le explicó todo lo que podrían hacer con un poco de dinero para que volviera a ser tan hermoso como lo había sido.

–El pueblo se está muriendo –le dijo–. Pero, si conseguimos que los turistas lo encuentren atractivo, se llenará de vida. Ese café de allí, por ejemplo, llevaba años cerrado, pero hoy no lo está. Ese es el tipo de cosas que esta película podría conseguir. Me gustaría que la gente asociara el apellido Corretti con lo que se puede hacer en el futuro y no con lo que ha ocurrido en el pasado –le explicó Santo–. ¿Puedes hacer algo por mí, Elia? ¿Por qué no conoces mejor a Luigi antes de aceptar el trabajo?

–Ya lo he aceptado –le dijo ella entonces.

Le sorprendió que no le dijera nada. De todas formas, no habría tenido tiempo de hacerlo. Todos querían hablar con él.

Elia se sentó y comenzó a trabajar. Al menos trataba de

hacerlo, pero se distraía fácilmente mirando cómo trabajaba el equipo. Frunció un par de veces el ceño al oír las sugerencias de Rafaele. No estaba de acuerdo con algunas de sus decisiones, pero trató de recordar que él era el experto y que tenía que intentar aprender de él.

–¿Estás bien?

Sorprendida al oír la voz de Santo algunas horas más tarde, levantó hacia él la vista y vio que le ofrecía un café.

–Mejor –reconoció ella.

–Porque, si no te apetece estar aquí, puedes irte. No te necesito –le dijo Santo–. Bueno, supongo que ha sonado mal. Lo que quería decir...

–Sé lo que querías decir, no te preocupes –le interrumpió sonriendo–. ¿Cómo va todo?

–Vince acaba de perder los estribos. No sé qué decirte. Es demasiado pronto para saberlo.

–Bueno, si estás seguro de que no me necesitas, creo que volveré a trabajar al hotel.

–Me parece perfecto –repuso Santo–. Te llamaré si necesito algo.

Creía que sería mejor estar sola. Cerca de él, se sentía muy insegura.

Santo se había mostrado muy abierto con ella, mucho más

abierto de lo que habría esperado que fuera. Era más fácil controlar la situación cuando había pensado que solo iba a ser sexo.

De vuelta en el hotel, llamó a la agencia de colocación con la que se había entrevistado en Roma para decirles que Santo necesitaba una nueva secretaria.

Después, pasó la mayor parte del día repasando los currículums de los solicitantes. También se encargó de confirmar que todo estaba a punto para llevar al puerto el barco en el que iban a desarrollarse muchas escenas de la película.

Hizo unas cuantas llamadas y varias entrevistas por Internet hasta seleccionar a dos candidatos. Después, miró su cuenta privada de correos electrónicos. Frunció el ceño al leer la respuesta de Luigi. Estaba encantado de darle esa oportunidad y estaba deseando verla en cuanto llegara a Roma. Le dijo que irían a cenar el primer día.

Eso le hizo pensar en las palabras de Santo, pero llegó a la conclusión de que no sería más que una cena para hablar del rodaje.

Esa noche, con quien tenía cena era con Santo.

Le preguntó cómo estaba nada más verla. Se sentó a la mesa del restaurante donde él la había estado esperando y le confesó que se encontraba mucho mejor.

Pero después no volvieron a hablar de nada personal, tenían que tratar muchas cosas relacionadas con el trabajo, sobre todo después de ese primer día de rodaje.

–En cuanto a mi sustituta, he encontrado una que creo que se ajusta a lo que necesitas. Se llama Marianna Tonito. Ha trabajado para dos productores de cine y un actor, así que tiene mucha experiencia. Hablé con la agencia y luego con ella. Me ha parecido muy... Muy...

Le habría encantado poder decirle que era lista, competente o segura. Pero, gracias a la magia de Skype, sabía que Marianna era sobre todo una joven muy sexy.

–Me ha parecido la más adecuada para el puesto –dijo Elia finalmente.

–¿Cuándo puede empezar?

–De manera inmediata. Ahora mismo está en la misma situación que yo, formando a su futura sustituta. Parece que la esposa de su jefe insistió en que cambiara de secretaria personal.

Vio que Santo levantaba ligeramente las cejas al oírlo.

–¿Hay otras candidatas?

Le entregó el segundo currículum que había seleccionado y tuvo que contener una sonrisa al ver que Santo se esforzaba por fingir que no le sorprendía ver la foto de esa segunda

persona.

–Parece que tiene mucha experiencia.

–Sí, eso parece –respondió Santo–. Y puede que así las cosas fueran menos complicadas. ¿Cuándo podría empezar?

–Paulo está ahora mismo en Singapur trabajando, pero volverá a Italia en un par de días. Lo que sí me ha dicho es que quiere tomarse dos semanas de descanso antes de comenzar.

–De acuerdo. Reserva billetes para los dos, quiero entrevistarlos –le dijo él de mal humor.

Santo no quería que se fuera. Todo eso le parecía innecesario y no quería que Elia trabajara para Luigi.

–Aún no me has dado tu notificación por escrito.

Elia abrió su enorme bolso y sacó una carta.

–Tenía intención de dártela anoche.

No tomó la carta para leerla.

–Archívala –le pidió.

–De acuerdo.

–En la trituradora de papel –agregó él.

–Te enviaré una copia por correo electrónico antes de hacerlo –le dijo Elia frunciendo el ceño–. ¿Algo más?

–Sí. Tengo que cambiar la fecha en la que íbamos a tener el barco aquí.

Elia se quedó con la boca abierta. No podía creerlo. Había tardado una eternidad en organizarlo todo.

–Necesito que sea dos días más tarde.

–Santo, tenemos trescientos extras para ese día.

–¿Crees que no lo sé? –le respondió Santo–. Pero ayer perdimos un día de rodaje y las cosas no han ido demasiado bien hoy.

Se quedaron los dos en silencio. El entusiasmo de esa mañana se había ido desvaneciendo lentamente durante todo el día y ella había oído que las cosas habían ido de mal en peor.

–Creo que a lo mejor he cometido un error.

Santo no se lo dijo, pero sabía que estaba hablando de Taylor. No había tenido un buen día, pero Elia había llegado a la conclusión de que no era un problema de actuación sino de dirección.

–Seguro que las cosas mejoran mañana. El primer día de rodaje siempre es complicado.

–Lo sé. Pero por ahora concéntrate en solucionar lo del barco y los extras. Vamos a necesitar más tiempo.

–Veré lo que puedo hacer...

Se calló al oír que pitaba el teléfono y que Santo lo miraba aliviado.

–¿Alessandro?

–Sí. Gracias a Dios –le dijo Santo leyendo el mensaje–. ¿Hemos terminado? –le preguntó después.

Ella asintió con la cabeza. Le habría encantado que le dijera cómo estaba su hermano, pero no quiso preguntarle nada.

–¿Quieres tomar una copa? –le ofreció Santo después.

–No, gracias –contestó Elia.

–¿Quieres hablar?

–Tenemos que levantarnos a las cinco de mañana –le recordó ella.

–De acuerdo –contestó algo cortante.

Santo había tenido un día infernal y le habría encantado acostarse con ella para olvidarse de todo, pero no pensaba pedírselo de rodillas. No conseguía entender a esa mujer, aunque lo había intentado.

–Prefieres estar sola a estar conmigo.

«Sí», pensó Elia.

Creía que era mucho más seguro estar sola esa noche. Si volvía a estar entre sus brazos en la cama, se veía capaz de acabar diciéndole que lo amaba o algo igualmente ridículo. Sabía que eso no sería un problema para Santo. Estaba más que acostumbrado a escucharlo.

Pero sería un gran problema para ella. Tenía muy claro que no quería amar a nadie, no deseaba arriesgar su corazón

cuando aún estaba intentando recomponerlo.

–Buenas noches, Santo –le dijo ella.

–Buenas noches, Elia.

# Capitulo Ocho

A Elia le costó mucho localizar a Paulo, pero cuando por fin lo hizo dos días después, al joven le encantó saber que había conseguido una entrevista con Santo.

Lo complicado era concertarla.

–¿Qué tal el próximo domingo? –le preguntó mientras miraba la agenda.

Pero después cambió de opinión. Iba a ser el último día de rodaje y habría trescientos extras dando vueltas por allí. Habría sido demasiado caótico.

–Deja que lo piense y me pondré en contacto contigo cuando tenga una fecha –le dijo al final.

–Estupendo.

Era un joven divertido y agradable que estaba deseando trabajar para Santo. Le había dicho además que no le importaba tomarse solo una semana de vacaciones entre los dos trabajos en vez de dos.

–Y, si fuera necesario que me incorporara hoy mismo, lo haría, pero eso no se lo digas –le dijo Paulo riendo–. La verdad es que me encantaría trabajar para él. He oído hablar muy bien

de Santo Corretti. Aunque sé que tiene problemas de imagen. En gran parte por culpa de su familia. Supongo que ya habrás visto los periódicos de esta mañana.

–Como entenderás, no puedo hablar de ello –le dijo ella sonriendo.

Ese día era la madre de Santo, Carmela, la que protagonizaba las noticias. Era una mujer muy fría. Según la prensa, había estado más interesada en su ropa de alta costura que en ser una buena madre para sus hijos.

–Para este puesto, es necesario ser muy discreto –le dijo entonces a Paulo.

–Sí, por supuesto.

–Aunque trabajes directamente al lado de Santo, la mitad del tiempo ni siquiera sabrás qué está pasando. Es especialmente callado en todo lo relativo a su familia.

–Nunca esperaría de un Corretti que hablara conmigo de su familia. Yo también soy siciliano.

Marianna no fue tan agradable como Paulo cuando la llamó y le molestó que se empeñara en hablarle en inglés. Le resultó muy difícil encontrar una fecha para la segunda entrevista.

–Reservaré un vuelo en cuanto me des una fecha –le dijo Elia al final–. Santo desea tener el tema de la secretaria

arreglado cuanto antes, así que...

–Me encargaré de reservar mi propio medio de transporte y después me lo puedes reembolsar.

Con esa mujer se sentía como si ella estuviera siendo la entrevistada. Parecía bastante segura de sí misma y capaz.

–Miraré la agenda para ver cuándo estoy disponible. A lo mejor si hablo directamente con él...

–Está muy ocupado con el rodaje –repuso Elia–. Soy yo la que me encargo de su agenda –agregó con un tono casi posesivo–. Espero que podamos encontrar una fecha porque hay varios candidatos y Santo está muy ocupado.

–De acuerdo, te llamaré –le dijo Marianna antes de colgarle el teléfono.

Decidió no hablarle de esos problemas a Santo. El rodaje iba de mal en peor. Pasaban los días y no avanzaban y su estado de ánimo también fue empeorando. El equipo de la película estaba haciendo horas intensivas cada día, pero todo parecía estar saliendo mal.

Pero Elia tenía otras cosas en su mente. Era el día que había estado temiendo, el cumpleaños de su madre y tenía que llamarla.

Pasó la mañana al teléfono haciendo interminables llamadas para resolver los problemas con los extras y con el

barco. Después, se fue al set de rodaje. Casi podía sentir la tensión mientras se acercaba. Había sido un acierto que Santo le pidiera que reprogramara la escena del barco. No habrían estado listos para rodarla de haberlo dejado todo igual.

–¿Dónde está Vince? –preguntó alguien.

–Enfurruñado en su caravana –respondió Santo de mal humor.

Vio dónde estaba Rafaele colocando a los actores y miró después hacia Santo. Estaba apretando los labios mientras los observaba.

–¿Qué demonios está haciendo? –susurró su jefe.

Elia no dijo nada, no le correspondía a ella, pero le habría encantado poder tomar las riendas del rodaje y cambiar las cosas.

Rafaele le había indicado a Vince que paseara por la zona del puerto donde estaría Taylor llorando. Quería que se quedara mirándola durante un largo rato antes de ir hacia ella con paso seguro.

La decisión le pareció nefasta, no creía que fuera verosímil. Se suponía que los personajes ni siquiera se gustaban e iba a parecer que Vince era un oportunista que aprovechaba para acercarse a la pobre viuda en el momento de mayor debilidad.

Santo se giró en ese momento hacia ella.

–¿Crees que Rafaele ha leído el mismo guión que nosotros?

Ella no contestó, se quedó mirando a los actores en silencio. El equipo de maquillaje estaba retocando la cara de Taylor.

–Esto es un desastre –le susurró Santo.

Siguió sin decirle nada, pero tenía razón. Una y otra vez, Taylor se echaba a llorar en el momento justo y después, una y otra vez, Rafaele le pedía que lo hiciera de nuevo.

–Es demasiado –le dijo Santo.

Estaba de acuerdo con él. Pasaban demasiadas cosas en una sola escena. La iban a combinar con un flashback en el que ella estaba en casa y recibía la noticia de que su esposo había muerto. Debía representar a la protagonista completamente devastada mirando al mar y se suponía que iba a romper a llorar al darse cuenta de que él nunca iba a regresar.

–Luces, cámara... ¡Acción! –anunció de nuevo Rafaele.

Taylor rompió a llorar. Otra cámara grababa a Vince desde atrás. La observaba desde la distancia. Después, empezaba a caminar hacia ella. Al final de esa escena, el dolor de la mujer iba a convertirse en pasión.

–Primero la cara de ella, después la playa, su rostro de nuevo y Vince –murmuró Santo indignado.

Santo tenía razón. Vince estaba estropeando la escena. Tenía muy claro lo que hacía falta, lo veía ante sus ojos. Taylor estaba actuando muy bien. Habría sido mejor hacer un primerísimo plano de sus ojos con el océano reflejados en ellos y que después giraran hacia Vince cuando llegaba a su lado.

–Va a ser como estar viendo un partido de tenis –gimió su jefe.

Elia siguió sin decir nada hasta que Rafaele decidió hacer una pausa para el almuerzo.

–¿Qué te parece?

Le dedicó una sonrisa irónica, le parecía increíble que tuviera la osadía de preguntarle.

–Vamos, Elia, dime lo que estás pensando.

–Que necesito que me firmes unos documentos para...

–Me refería al rodaje.

–Soy tu secretaria –le recordó–. Ya me dijiste que no querías consejos sobre dirección.

–¿Sigues enfadada por eso? –le preguntó con incredulidad.

–No lo estoy –replicó–. No todo gira a tu alrededor, Santo.

–Venga, no te enfades. No pretendía ofenderte, pero sé que te pasa algo. ¿Es que empiezas a tener dudas sobre si será buena idea trabajar para Luigi? –le preguntó Santo mientras firmaba los documentos que ella le había llevado.

–No –mintió ella.

Desde que aceptara el trabajo había recibido cinco correos electrónicos Luigi con un tono cada vez más íntimo.

–Tenemos que encontrar un hueco en tu agenda para que entrevistes a mi sustituto.

–Y cuando ya no trabajes para mí, ¿podemos celebrarlo en la cama?

Elia lo miró con los ojos entrecerrados.

–Acostúmbrate a ello, Elia. Si piensas que soy lascivo, espera a que trabajes para Luigi.

–Nunca dije que lo fueras. ¿Podemos concentrarnos en el trabajo, por favor? Paulo no puede venir hasta el próximo domingo.

–Será el último día de rodaje.

–Si consigo cambiar la fecha para que venga más tarde el barco –le recordó ella.

–Tienes que hacerlo. No estamos avanzando nada.

–De acuerdo –asintió ella suspirando–. Estoy haciendo todo lo que puedo. Me encargaré de que Paulo llegue sobre las cuatro. Puedes hacerle una breve entrevista en tu caravana y después me lo llevaré a cenar mientras vosotros celebráis con una fiesta el final del rodaje.

–¿Y la otra candidata?

–Marianna me ha dicho que debería hablar de estas cosas directamente contigo.

–Estoy demasiado ocupado para hablar de eso con ella.

–Ya se lo he dicho. Bueno, si no necesitas nada más, me vuelvo al hotel.

–Quédate –le pidió Santo–. Afortunadamente, Rafaele va a dejar la escena de esta mañana para otro día. Quiere hacer ahora el beso final.

Era la única escena que no quería ver, le recordaba a cuando la habían representado ellos dos en la cama.

–Tengo que solucionar lo del barco.

–Elia...

Santo apenas podía soportarlo. Nunca había deseado tanto a nadie. Estaba tan excitado como enfadado y no entendía por qué no quería quedarse. Era como si se negara siquiera a hablar con él.

Se sentía muy frustrado. El sexo con ella había sido increíble, pero ella había mantenido las distancias desde entonces y él no sabía qué estaba haciendo mal. Nunca había conocido a una mujer tan compleja, para la que parecía necesitar un manual de instrucciones.

–Quiero hablar contigo –le dijo Santo entonces–. Pero no aquí, en otro sitio. Hoy terminaré a las siete y podremos ir a

cenar. Y no va a ser una cena de trabajo, no lleves la agenda.

–No creo que sea necesario.

–Es muy necesario porque...

Pero no llegó a terminar la frase cuando su ayudante de producción se acercó a decirle que Taylor estaba muy dolida y enfadada.

–¡Lo que me faltaba! –replicó Santo–. ¿Puedes hablar tú con ella? Se te da bien tratar con la gente y seguro que puedes tranquilizarla.

–Ese no es mi trabajo, Santo. Además, no me extraña que esté dolida, ha hecho un trabajo increíble esta mañana. Si Rafaele no ha conseguido lo que quería, no es por culpa de ella. Si yo la estuviera dirigiendo, no estaríamos desperdiciando tanto tiempo en esa escena. Haría un primerísimo primer plano de los ojos de Taylor, algo que podría hacer de nuevo en el estudio si aquí no saliera bien y no filmaría a Vince caminando hacia ella. Le diría a Taylor que se girara mientras Vince movía simplemente la mano hacia su cara...

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó de allí.

Santo se quedó donde estaba en vez de ir tras ella.

Elia le estaba afectando más de lo que quería admitir, más que ninguna otra mujer. Desde aquellas horas de pasión compartidas en el hotel, no había dejado de pensar en ella.

Suspiró y miró entonces a la famosa actriz a la que tenía que consolar. La bella joven le dedicó una sonrisa. Sabía que podría sentirse mucho mejor si conseguía llevársela a su caravana. Así podría superar la extraña obsesión que parecía tener por Elia.

Pero le pasaba como la noche en la que debía haberse celebrado la boda de su hermano. Estaba aburrido y ya no se sentía atraído por las mismas tentaciones de siempre. Era algo que había estado haciendo durante demasiado tiempo y había terminado por cansarse.

Le parecía increíble que se sintiera tan mal por alguien que ni siquiera quería hablar con él y que estaba a punto de dejarlo para irse a Roma y trabajar para Luigi.

Era una mujer cambiante, irracional y complicada que ni siquiera era la mejor secretaria que había tenido. No entendía por qué la había contratado.

Pero una voz en su interior le recordó que sí lo sabía.

No había sido por su currículum, sino porque decidió desde el principio que deseaba tenerla a su lado. No había pensado con la cabeza y creía que estaba pagando las consecuencias.

Pero de repente dejó de pensar en Elia cuando sucedió algo inesperado que convirtió el set de rodaje en un verdadero caos.

# Capítulo Nueve

Elia no le había mentido a Santo. No estaba de mal humor solo por él, sino también porque era el día que había estado temiendo durante semanas. Siempre le había resultado difícil llamar a casa, pero había sido mucho peor en los últimos seis meses.

Pospuso el momento tanto como pudo. Hizo algunos trámites con el banco de Santo, llamó para concertar una entrevista con Paulo y dejó un mensaje para que Marianna la llamara cuanto antes. Cuando ya no tuvo nada más que hacer, marcó el número de sus padres y rezó para que saltara el contestador automático, pero no tuvo suerte.

–Hola, mamá –la saludó intentando parecer animada–. ¡Feliz cumpleaños!

–¡Elia!

Podía oír la tensión y el malestar en la voz de su madre. Supuso que ella también había estado temiendo esa llamada. No tenían mucho que decirse la una a la otra.

–Cuánto me alegra oír tu voz, ¿dónde estás? –le preguntó su madre.

–Estamos rodando, haciendo exteriores, mamá –le dijo sin querer explicarle exactamente dónde estaba.

Pero al final tuvo que decírselo cuando su madre le hizo más preguntas.

–Es cerca de donde crecí... ¿Has ido a ver mi pueblo?

–Todavía no. He estado muy ocupada con el trabajo y el rodaje. Tenemos mucho retraso.

–A tus tías les emocionaría tanto conocerte... –le dijo Gabriella–. Les he hablado tanto de ti y de tu trabajo en la industria cinematográfica...

–No estoy trabajando en la industria del cine, solo soy secretaria de un productor.

–Por ahora –repuso su madre–. Pero no tienes por qué decírselo a tus tías. Diles que te va muy bien, que todo va estupendamente...

Aunque no se lo dijera, sabía muy bien lo que le estaba diciendo. Era una advertencia para que no hablara más de la cuenta y continuara con la farsa de que todo era perfecto.

–O tal vez sería mejor que no les hables de trabajo. No creo que les guste saber que estás trabajando para un Corretti.

–No pienso mentir.

–Tampoco te lo he pedido, pero no necesitan saberlo todo. Esa familia tiene un pasado escabroso. Recuerda cuánto me

sorprendió saber para quién trabajabas. Es un apellido que atemoriza a mucha gente, sobre todo en mi pueblo. Es una familia peligrosa.

–Las cosas son muy diferentes ahora.

–No tanto. Ya he leído que al final no hubo boda entre los Corretti y los Battaglia. Recuerdo muy bien a los hijos de Salvatore...

–¿Carlo y Benito?

–Sí, aún recuerdo cuando murieron. Me llamó mi hermana y puse las noticias. ¿No te acuerdas?

Tenía un vago recuerdo de estar viendo la televisión con su madre. Ella debía de haber tenido unos veinte años. Había habido un incendio muy grande en un almacén. Entonces no había significado nada para ella, pero todo había cambiado durante esos últimos meses.

–Digan lo que digan, no fue un accidente –le confió su madre.

–¿Crees que los mataron? –le preguntó Elia sintiendo un escalofrío por la espalda.

–Seguro que sí, tenían tantos enemigos... Algunos pensaban que habían provocado el incendio para cobrar el seguro, pero que les salió mal. Así es la gente con la que tratas, no lo olvides.

–Santo no es así –le dijo ella.

–¡Por favor! Es el hijo de Carlo, no puede ser de otra manera. Su padre estaba obsesionado con el poder, con el dinero y con las mujeres. Nunca fue fiel a su esposa, pero era encantador, eso sí.

Se le pasó por la cabeza entonces que quizás tuviera razón su madre.

–Pero Salvatore era el peor.

–¿También era infiel?

–¿Quién sabe? Era muy mala persona –le contó Gabriella–. Igual que los Battaglia. No se cómo podían dormir por las noches. Y sus esposas eran iguales. Tiranizaban a la gente como si fueran de la realeza. Tu tía trabajó una vez en la cocina de la esposa de Salvatore, Teresa. Creo que tenían una cena especial esa noche. Eran ricos, pero su dinero estaba sucio, pregúntaselo a tus tías, ellas pueden contarte muchas historias –añadió algo emocionada.

Sabía que su madre echaba mucho de menos a sus hermanas. Y también su casa, su pueblo y su historia.

–Me gustaría tanto verlas... Ojalá pudiera estar allí cuando las conocieras y enseñarte mi pueblo...

–Mamá... –le dijo Elia con lágrimas en lo ojos–. ¿Por qué no vienes? Te pagaría el billete.

–Elia, ya sabes que no es posible.

Como era su cumpleaños y no quería disgustarla, no insistió más.

–Bueno, iré a visitarlas muy pronto y les daré muchos besos de tu parte.

–Avísame cuando vayas a ir. Así puedo llamarlas y decírselo yo.

–Muy bien –le dijo–. Bueno, tengo que volver al trabajo. Te quiero, mamá.

–Y yo a ti, Elia. ¿Quieres hablar con tu...?

Colgó el teléfono antes de que pudiera terminar la pregunta. No podía creer que se hubiera atrevido siquiera a sugerirlo después de todo lo que había pasado. Su madre seguía actuando como si nada hubiera ocurrido.

No quería llorar, pero tampoco podía olvidarlo. Se miró en el espejo y levantó su pelo para mirar la cicatriz de su cuello. Era la prueba de que sí había pasado. También lo recordaba cuando sonreía porque le había costaba mucho dinero reparar sus dientes.

Aún recordaba la sensación de escupir sus propios dientes en la mano, pero era peor aún sentirse traicionada por su madre. No podía entender que lo hubiera perdonado y se quedara a su lado después de ver cómo golpeaba a su hija. En

lugar de llamar a la policía, se había quedado allí llorando y gritando. En vez de avisar a una ambulancia, le había dado bolsas de hielo y le había sugerido la historia que podía contarle al dentista y al médico. Le había dicho que, si no quería complicarle más aún las cosas a su madre, debía decirles a todos que se había caído.

Se sentía tan fuera de sí que tenía que salir de allí. Abrió la puerta y se encontró con Santo.

A él le impresionó mucho ver el estado en el que estaba Elia.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

Elia pasó junto a él para tratar de salir al pasillo, pero agarró su muñeca antes de que lo hiciera.

–Por favor, déjame –le pidió con la voz ronca–. Estaba a punto de salir a dar un paseo.

–Ya lo harás después.

No podía dejar que se fuera después de ver lo mal que estaba.

–Si necesitas salir un poco del hotel, te llevaré a dar una vuelta en coche. A mí también me vendría bien.

Había ido a verla por razones bastante más urgentes pero, por una vez, decidió que el trabajo podría esperar.

Condujeron en silencio al principio por las calles sinuosas.

Era agradable estar a su lado y contemplar el paisaje.

–Es muy bonito –comentó Elia cuando llegaron a un pequeño pueblo.

–Está en mal estado. También esta zona necesitaría una mejora como la que queremos hacer en el puerto. Solo tiene abierto un restaurante y un par de tiendas. ¿Quieres tomar algo?

Pero ella negó con la cabeza.

Elia empezaba a comprender todo lo que la película podría suponer para una zona como aquella. Era una región maravillosa del país, con bellas vistas por todas partes, pero muchos sicilianos, como su madre, se habían ido de allí en busca de una vida mejor.

Pero prefería no pensar en ella.

Frunció el ceño al ver algunas casas que le resultaban bastante familiares. Creía haberlas visto en las fotos que guardaba su madre.

–Este es el pueblo de mi madre... –le dijo casi sin voz.

–Lo sé –repuso Santo con una sonrisa–. Podrías visitar ahora a tus tías.

–No creo, que no.

Santo sonrió de nuevo.

–Bueno, es verdad. Seguro que a tu madre le daría algo si

le cuentan que has ido en compañía de un Corretti.

–Aminora un poco la velocidad, por favor –le pidió ella–. Creo que esa es la panadería donde trabajó mi madre antes de irse a Australia.

–¿Sigue trabajando ahora?

–No. Trabajó en una fábrica hasta que nací yo. Después, se dedicó a ayudar en la tienda de mi padre –le dijo mientras miraba dentro de la panadería–. ¿Nos tomamos un café?

–Claro –respondió Santo mientras comenzaba a buscar dónde aparcar.

Salieron del coche y caminaron por la estrecha acera. La calle estaba empedrada y el pueblo tenía mucho encanto. Era como volver atrás en la historia. Se detuvieron frente a una iglesia.

–Mi madre siempre siente nostalgia cuando alguien se casa. Me ha dicho siempre que las fiestas que hacen después de las bodas son increíbles.

–Es verdad. El pueblo sale a la calle a celebrarlo.

–Todo es tan distinto aquí –le dijo Elia–. Parece que no ha cambiado nada durante siglos.

–Sí ha cambiado, pero son cosas que no se ven a simple vista.

Entraron en un pequeño café y todos los miraron en

silencio. Supuso que lo hacían porque él era Santo Corretti.

–Parece que te tienen miedo –le susurró ella–. O quizás estén enfadados con tu familia.

–Creo que es una mezcla de las dos cosas, pero espero que no dure mucho.

Pidieron café y crepes rellenas de helado.

–Me encanta estar aquí, lejos del hotel y del set de rodaje. Gracias por traerme, Santo.

–No hay de qué.

–Por cierto, ¿cómo es que no estás en el rodaje?

Pero Santo se encogió de hombros. Le dio la impresión de que no quería hablar de ello.

–¿Tu madre no ha vuelto nunca desde que se marchó de aquí?

–No.

–Bueno, quizás lo haga algún día, ¿no?

No respondió. No quería hablar de su madre.

Incluso de vuelta en el coche, cuando Santo le hizo más preguntas para saber qué le pasaba, ella cambió en todo momento de tema para hablar solo del trabajo.

–Hablé con Paulo esta mañana y le he dejado un mensaje a Marianna. Me gusta mucho el perfil de Paulo, pero no puede

empezar a trabajar de inmediato.

–Eso es un problema –admitió Santo–. Necesito a alguien que pueda comenzar enseguida. ¿Y Marianna?

–Si quieres que te diga la verdad, no me gusta nada. Está muy segura de sí misma y es bastante condescendiente, me trató como si yo fuera su secretaria, quería tratar directamente contigo y se negó a ceder ni un milímetro cuando traté de concertar una entrevista con ella –le contestó ella–. En resumen, creo es perfecta para el trabajo.

–Pensé que esa perfección ya la tenía ahora mismo.

Miró a Santo y sonrió.

–Los dos sabemos que no es así. Yo no soy lo suficientemente fuerte –le confesó–. No creo que Marianna se disguste si no le envías flores.

–Así que, aunque lo negaras, estabas disgustada.

–Sí.

–¿Qué más se le da bien a Marianna?

–Hacer varias cosas a vez. Seguro que ahora mismo podría estar tomando notas con una mano mientras te da placer con la otra.

Santo soltó una gran carcajada y ella también sonrió. Él siempre hacía que se sintiera mejor.

Detuvo el coche y se limitó a sonreírle mientras ella se

sonrojaba. Era el mejor amante que había tenido y un hombre que había conseguido obsesionarla. Se quedó sin respiración cuando tomó su cara entre las manos.

–Fue un día muy duro. Acababa de perder a mi director, habían pasado cosas con mi familia y no sabía cómo estaba mi hermano –le explicó Santo.

–Lo sé, lo sé.

–Pero sí te envié flores, a la habitación que quería compartir contigo. La misma de la que te fuiste con cajas destempladas –le dijo–. También había organizado una cena. Tenía muchas ganas de decirte lo mucho que había significado el tiempo que habíamos pasado juntos, las ganas que tenía de verte y cuánto me dolió no poder llamarte y...

Santo se quedó callado de repente y la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Quién te ha hecho tanto daño? ¿Tienes un ex marido o algo así?

–Por supuesto que no.

–No sé nada de ti, Elia. Lo que sé lo podría escribir en un sello de correos. Solo sé que tus padres siguen juntos, que no tienes hermanos y que tu madre es de aquí.

No pudo contenerse, se le llenaron los ojos de lágrimas.

–El sexo fue increíble, el mejor que he tenido en mi vida,

pero no te conozco...

–Es que eres mi jefe, Santo. No necesitas conocerme.

–¡Soy tu amante! –exclamó Santo–. Métetelo en la cabeza.

–Pero ¿durante cuánto tiempo?

No le gustaba parecer necesitada, pero era lo que quería saber. Santo le estaba pidiendo que se abriera, que le diera algo más que su cuerpo, y eso le aterraba.

–¿Quién sabe? –le dijo Santo–. Pero, si no podemos hablar, no creo que pueda durar.

–Tú nunca hablas de las cosas que te hacen daño.

–No, pero lo he intentado más que tú.

–No hablo de ello con nadie...

Santo decidió que era mejor darle un poco de tiempo y puso el coche de nuevo en marcha.

–¿Qué sentiste antes en el café? Me refiero al hecho de que la gente te mira y parece ponerse algo tensa o nerviosa –le preguntó Elia.

Fue entonces él quien se quedó sin saber qué contestar. Pensó en la casa de sus abuelos, grande, imponente y llena de secretos.

–¿Has visto los periódicos de hoy? –le preguntó sin esperar su respuesta–. Pues aún hay mucho más por venir. Es muy

cansador. A veces, lo único que quiero es entrar en un sitio y tomarme un café. Por eso me gusta estar en el set de rodaje. Allí soy Santo, sin apellido. Por supuesto, hoy he tenido que lidiar con algunas miradas extrañas después de lo que han publicado sobre mi madre. Tengo que vivir con ello. Los Battaglia están empeñados en aplastarnos y no se detendrán ante nada, así que ahora se aseguran de que la prensa publique toda la basura que encuentran de mi familia. Y, desgraciadamente, hay mucha.

Pero su familia también tenía cosas positivas y, sin saber por qué, quería demostrárselo. Había algo que él también había estado posponiendo durante un tiempo y sabía que sería más fácil hacerlo con Elia a su lado.

–Voy a llevarte a donde no he llevado nunca a una mujer. A ver a mi *nonna*.

–¿Crees que es una buena idea? –le preguntó Elia con suspicacia.

–Supongo que no. Seguro que empieza a preparar la boda en cuanto nos vea entrar juntos, pero tengo que visitarla. Estará muy disgustada con todo lo que está pasando en la familia y también estará preocupada por Alessandro. Ha sufrido mucho. Sobre todo cuando murieron sus hijos. Aunque no nos llevamos bien, lo único que nos une es nuestro amor por ella. Es una buena mujer. A su familia no le gustó nada que

se casara con Salvatore, pero lo amaba y disculpaba lo que mi abuelo hacía. Supongo que a veces es más fácil fingir que todo está bien.

–O mucho más cómodo –repuso Elia–. Lo siento, Santo. No trato de juzgarla, no la conozco.

–No pasa nada. Me parece bien que tengas tu opinión. Solo quería decirte antes de ir a verla que estos últimos años han sido muy duros para ella.

Fueron hacia la casa de la abuela de Santo. Elia estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Le gustaba tener la oportunidad de conocer a la matriarca de la familia, pero se dio cuenta de que Santo estaba muy tenso.

–No voy a decirle nada que pueda ofenderla –le aseguró para tranquilizarlo.

–Lo sé, lo sé –repuso Santo con una sonrisa.

# Capítulo Diez

Una criada les abrió la puerta, pero, en vez de esperar en el vestíbulo, Santo tomó la mano de Elia y entraron directamente. Él iba llamando a su *nonna* por el camino para anunciarle su presencia.

–¡Santo! –exclamó la señora al verlos entrar en el gran salón.

Le dio mil besos a su nieto y a ella mientras Santo hacía las presentaciones. Teresa vestía completamente de negro y tenía una vela encendida en una mesa, al lado de un crucifijo.

Era evidente que seguía llevando luto, pero parecía muy feliz de ver a su nieto.

–Es un placer conocerte –le dijo Teresa a Elia–. Es una agradable sorpresa. Espero que perdone si mi inglés no es muy bueno. Santo, corrígeme si me olvido y hablo en italiano –añadió mirando a su nieto–. Tengo la cabeza muy mal estos días.

–No te preocupes –le dijo el Santo–. Además, la madre de Elia es de aquí y habla un poco de italiano.

Le encantaba ver lo feliz que parecía la anciana con Santo a

su lado. Se dio cuenta de que era muy bueno con las mujeres, con todas las mujeres y de cualquier edad. La escuchaba con atención y era muy amable con ella.

–La casa está ahora demasiado tranquila. Echo de menos a Salvatore –les confesó la mujer–. Pero al menos se evitó muchos sufrimientos y murió pensando que las dos familias terminarían uniéndose.

–Todo se arreglará –respondió Santo para animarla.

–Yo no estoy tan segura –susurró Teresa–. ¿Sabes algo de Alessandro?

–Está bien –le dijo su nieto–. Lo vi al día siguiente y me ha enviado un par de mensajes. Solo necesita un poco más de tiempo.

–¿Y el resto de la familia? ¿Has visto a Luca?

–No, intento mantenerme al margen –respondió con firmeza–. Lo más importante ahora mismo es que la película salga muy bien. Lo mejor para la familia y para todos. La gente de la comarca se acerca a ver el rodaje y la zona del puerto está teniendo bastante movimiento estos días. Hacía mucho que no estaba así. En eso estoy concentrado ahora mismo.

–¡Pero incluso la película está teniendo problemas! –exclamó la señora con una mueca de desagrado–. Esa actriz... Vi las fotos. Debería estar avergonzada.

–Taylor es muy buena actriz –intervino Elia–. Y podría dar mucho más si tuviera a la persona adecuada dirigiéndola.

–Elia cree que debería dirigirla ella –le dijo Santo a su abuela.

–¿Acaso no te gusta la idea de tener una directora? –bromeó Teresa.

–El problema no es que se trate de una mujer –le aseguró Santo sonriendo.

Pero entonces sonó su teléfono y se disculpó para contestar la llamada. Mientras salía del salón, Teresa les sirvió dos vasos pequeños de *limoncello*, un delicioso licor de limón que le recordó al que hacía su madre.

–Hay muchas maneras de elaborarlo, pero esta es la local. Supongo que tu madre lo haría igual. ¿Ya has ido a visitar el sitio donde nació y vivió?

–Santo me llevó cuando veníamos de camino a su casa –le dijo Elia–. Volveré para visitar a mis tías cuando terminemos el rodaje.

–¿Le gusta a tu madre vivir en Australia? He oído hablar muy bien de ese gran país.

Elia se quedó en silencio un momento y tomó un sorbo de su *limoncello* antes de responder.

–Es un país maravilloso, pero mi madre echa mucho de

menos su Sicilia.

–Por supuesto –le dijo Teresa–. Pero ¿está contenta con su decisión?

No sabía qué decir y decidió que haría lo que le había pedido su madre.

–Sí, muy feliz.

Santo entró en ese momento y sintió un gran alivio.

–Enséñale la bodega a Elia –le pidió Teresa a su nieto–. Y elegid el vino para la cena.

–Pero no sé si Elia puede quedarse. ¿Tienes que volver? –le preguntó Santo.

Le gustó que le diera la oportunidad de decidir si quería quedarse más tiempo, pero le habría parecido una grosería marcharse.

–No, no tengo nada importante que hacer –contestó Elia–. Me encantaría quedarme a cenar.

–Parece que le has gustado –le dijo Santo mientras salían de la casa y atravesaban los viñedos para llegar a la bodega.

–Estás muy callado –le comentó ella después de un rato en silencio.

–Es que es muy raro estar aquí y que él no esté.

–Lo siento –le dijo Elia–. A pesar de todo lo que pasara, se

trata de tu abuelo.

–En realidad no tengo buenos recuerdos.

No dijo nada más. Entraron en la oscura y fría bodega. Se preguntó si intentaría hacer algo con ella, pero Santo pasó un buen rato seleccionando el vino para la cena.

–Este –le anunció por fin–. Es del año en que naciste.

–No sabía que lo supieras.

–Leí tu currículum.

Santo se le acercó y le acarició el pelo.

–Siempre he querido hacer el amor aquí.

Le encantaba lo directo que era.

–¿Con tu abuela esperándonos en casa?

–Bueno, eso no formaba parte de mi fantasía –reconoció Santo–. Te echo de menos.

–Si no me conoces...

–Eso es lo que echo de menos.

Ni siquiera trató de besarla. Tomó su mano y regresaron a la casa.

La cena fue exquisita y muy agradable. Tomaron ensalada de hinojo con el mejor aceite de oliva que Elia había probado en su vida, lasaña de carne y quesos italianos.

Los tres charlaron y rieron, pero le daba la impresión de

que Santo no estaba de verdad allí, que tenía la mente en otra parte. Era como un actor interpretando un personaje.

Hablaron de la familia y vio cómo se tensaba Santo cuando Teresa contó anécdotas que incluían a los hijos de Benito o cuando le preguntó por Luca y Gio. Por lo menos fue lo bastante comedida para no hablar de Matteo.

–¿Recuerdas cuando Lia se escondió y no pudimos encontrarla durante horas? Entonces eras muy joven. Grace aún vivía.

–Era la madre de Lia –le explicó Santo–. Benito ya había estado casado antes de hacerlo con Simona.

–La niña vino a vivir con nosotros cuando Grace murió –añadió Teresa–. Elia, ¿vas a decirle a tu madre que has cenado conmigo? –le preguntó con una sonrisa.

–Estoy deseando hacerlo.

Lo cierto era que había estado pensando en lo mismo. Por primera vez en mucho tiempo, echaba de menos a su madre.

–Seguro que le sorprende y te dirá que tengas cuidado conmigo, pero seguro que le gustará saberlo. Querrá que le cuentes todos los detalles –le dijo Teresa.

Santo observó a las dos mujeres mientras hablaban y reían. Se dio cuenta de que había sido un acierto haber ido con Elia, no se imaginaba allí él solo.

Había demasiados recuerdos. Las fiestas de cumpleaños de su *nonna* habían estado llenas de momentos felices y otros muy tensos.

No quiso tomar café. Estaba cansado y estaba deseando salir de allí.

Cuando se metieron en el coche, miró a Elia de reojo. Había estado deseando poder hablar con ella a solas. Había muchos temas que tenían pendientes.

–Elia, habla conmigo. ¿Me puedes decir por qué estabas tan dolida cuando llegué a tu habitación esta tarde?

Ese día había compartido tantas cosas con ella que esperaba que diera el paso y terminara por abrirse a él.

–Hoy es el cumpleaños de mi madre –admitió Elia–. Y acababa de llamarla cuando llegaste a mi habitación. La verdad es que me resulta muy difícil hablar con ella.

–¿No os lleváis bien?

–No es eso. Es que no estoy de acuerdo con algunas de sus decisiones –le dijo Elia.

Se quedó callada y él tampoco insistió. Ella abrió la boca un par de veces para hablar, pero la cerró de nuevo.

Elia llevaba veintisiete años en silencio, sin querer compartir con nadie lo que pasaba en su casa. Le resultaba muy difícil romper ese silencio, sobre todo con un hombre.

Pero también sabía que Santo no era como ninguno que hubiera conocido antes y sentía que empezaba a confiar en él. Una voz en su interior le dijo que tal vez había llegado el momento de que se abriera a él. Lo miró mientras entraban en el hotel y se les acercaba el aparcacoches.

–Mi padre es alcohólico.

Cuando fue a salir del coche, Santo agarró su muñeca y tiró suavemente de ella.

–Por decirme eso, te has ganado un beso.

Aunque su puerta estaba abierta y el aparcacoches los miraba, Santo le dio un tierno beso y ella empezó a llorar. Era la primera vez que había dicho en voz alta esas palabras.

Santo lamió sus lágrimas. Fue un momento muy íntimo en un lugar muy público, pero a ninguno de los dos parecía importarle.

–Entremos –susurró Santo.

Salieron del coche y entraron en el hotel de la mano. No se soltaron siquiera para entrar por las puertas giratorias de cristal.

–Y pega a mi madre –le dijo ella entonces.

No podía creer que acabara de decirlo en voz alta. Poco le importaba que los miraran y que nadie pudiera entrar ni salir del hotel. Como había hecho antes, Santo volvió a besarla y la

abrazó con fuerza.

Sintió que eran las dos únicas personas que quedaban en el mundo. De hecho, no lo habría detenido si Santo hubiera querido hacerle el amor allí mismo.

Su corazón se iba descongelando mientras la sostenía y la besaba. Pensó que en ese momento sería capaz de decirle cualquier cosa. Por primera vez en su vida, confiaba en alguien plenamente.

–Ahora voy a llevarte a mi cama –le anunció Santo–. Después, si quieres, podemos hablar un poco más.

Agotada y emocionada por lo que acababa de pasar, sintió que necesitaba esa tregua. En ese momento, lo único que quería era su cama y estar al lado de ese hombre.

–¿Santo Corretti?

Al oír que lo llamaban, Elia volvió de manera dolorosa a la realidad. Frunció el ceño al ver que era una despampanante mujer la que lo había llamado e iba hacia ellos con seguridad.

–Soy Marianna –anunció mientras miraba con una cálida sonrisa a Santo.

Después la miró a ella con mucha más frialdad.

–Tu sustituta –agregó la mujer.

–Ahora no es un buen momento –le dijo Santo en un tono muy cortante–. No hago entrevistas improvisadas. Tendrá que

esperar a mañana y concertar una hora con Elia.

–No, no pasa nada –intervino Elia.

No podía culparla por haber ido directamente a hablar con Santo y tratar de conseguir el trabajo. Ella había hecho exactamente lo mismo.

–Hablad ahora si queréis. Mañana estarás muy ocupado con el rodaje y puede que sea mejor que resolváis esto ahora mismo –añadió Elia.

Santo trató de detenerla, pero ella fue a la escalera y se dirigió rápidamente a su habitación. Trató de calmarse, pero las cosas habían dado un giro de ciento ochenta grados en cuestión de segundos y necesitaba un poco de tiempo para calmarse.

Había estado a punto de contarle todo, de abrir por completo su corazón. La aparición de Marianna le había recordado que no tenía sentido hacerlo, que se iba a mudar pocas semanas después a Roma. No tenían ningún futuro. Además, sabía que Santo ni siquiera podría soportar la idea de tener una relación normal.

Necesitaba pensar. Se había jurado que nunca iba a llorar por él ni a entregarle su corazón, pero había estado a punto de hacerlo.

Un enorme ramo de flores la esperaba en la habitación y sonrió emocionada. Miró el sobre y lo abrió, pero no entendió

bien su mensaje.

*Lo harás fenomenal.*

*¿Entiendes por qué tenía que acostarme contigo antes de decírtelo?*

*Besos, Santo.*

*P.D.: Estás despedida.*

No lo entendía bien, pero sintió que estaba jugando sucio y que ya había planeado acostarse con ella. De no haber sido por Marianna, habría caído en sus redes.

Se sirvió un poco del *limoncello* que Teresa le había regalado. Trató de calmarse para poder entender el mensaje.

Alguien llamó a la puerta y oyó a Santo llamándola. Ya se había imaginado que trataría de explicarle cuanto antes lo que había pasado. Fue de muy mal humor hasta la puerta.

–¿Has visto las flores? –le preguntó con una sonrisa Santo–. ¿Ves por qué necesito una buena secretaria? Ni siquiera soy capaz de encargar un ramo para que lo entreguen en el momento adecuado.

–Así que pensabas despedirme después de acostarte conmigo.

–No, no. Lo has entendido mal. Escúchame, por favor –le pidió Santo.

–¿Quieres que me quede unos días para explicarle todo a mi sustituta o me voy ya?

No pensaba dejar que tratara de explicarse.

–No tardaré mucho, ya tengo algún truco para manejarte.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, estar a tu servicio es un trabajo a tiempo completo, pero no muy complicado. Me bastará con darle el Bolso Santo. Contiene todo lo necesario para ser tu secretaria personal.

Elia tomó el enorme bolso que había estado arrastrando y mejorando durante cuatro meses y vació todo su contenido sobre la cama.

–Una camisa blanca nueva, corbata gris, corbata negra... –comenzó a enumerar ella–. No sé por qué, pero he aprendido a asistir a una enorme cantidad de funerales. También llevo analgésicos para el dolor de cabeza, gafas de sol...

Santo no dijo nada.

–Preservativos. Después de todo, gastas muchos y ya me has llamado en más de una ocasión para que te los lleve al hotel de turno.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar esos momentos. Le había dolido mucho verlo con otras mujeres. Aunque había tardado en admitir que había sido tan tonta

como para enamorarse de él. Pero también lo odiaba, sobre todo en esos momentos.

–Tengo también un pequeño botiquín de primeros auxilios, tiritas...

Se dio cuenta de que Santo ya no sonreía, parecía muy enfadado.

–Creo que ya he captado el mensaje, Elia.

–Pero aún no he terminado –añadió ella–. Tengo antisépticos para los arañazos.

–Estabas celosa.

Santo no podía creer que no hubiera sido consciente de ello hasta ese momento. Estaba enfadado consigo mismo y también con ella. No entendía por qué había aguantado tanto.

–¿Celosa? –protestó fuera de sí–. No estoy celosa, Santo. Estoy harta. No necesitas una secretaria personal, sino una enfermera.

Lo odió aún más al ver que sonreía. La verdad era que estaba celosa.

–¿Sabes lo que necesitas? –le preguntó Santo mientras tomaba un preservativo de los que había sacado del bolso–. ¡Ah! ¡No! Si nosotros no los usamos.

–De todas las frases arrogantes que te he oído...

Pero Elia no pudo terminar de hablar. Santo la silenció con

la boca mientras la empujaba contra la pared con un beso tan violento que la dejó sin respiración.

–Lo que necesitas es que te recuerde lo bien que podemos pasarlo juntos –le dijo Santo sin soltarla y levantándole la falda al mismo tiempo–. Y después podemos hablar.

–¿De qué? ¿De que piensas despedirme? –replicó ella.

–No, hablaremos de tu nuevo contrato.

Santo volvió a asaltar su boca mientras le arrancaba las braguitas. En ese momento, Elia no sabía lo que sentía por él. Pero, fuera amor u odio, lo besó con la misma pasión con la que la besaba él.

Nunca había tenido relaciones sexuales tras pelearse con alguien, nunca se había sentido tan atrapada por la pasión. Santo la levantó en el aire y la sujetó contra la pared opuesta.

–Pensaba ofrecerte un trabajo...

–¿Sí? ¿Qué quieres que sea? ¿Tu amante en el set de rodaje? –replicó ella enfadada.

En ese momento, habría aceptado ese trabajo. Le devolvió el beso y se dispuso a bajarle la cremallera de los pantalones.

–Te odio, Santo –le dijo ella–. Odio que planearas todo esto.

–Te encanta...

Rodeó las caderas de Santo con las piernas y trató de no

pensar en nada más. Ya había terminado su relación laboral, lo que estaba pasando no era una amenaza para su trabajo. Se sintió muy libre.

–Te gusta más de lo que quieres admitir –le dijo mientras se deslizaba dentro de ella–. Eres la mujer más inflexible que conozco. Excepto en el dormitorio.

Sentía que estaba a punto de llegar al clímax y se aferró a él.

Santo abrió la boca para decir algo más, pero no terminó.

Podía oír los golpes de los vecinos de planta en la pared, pero no les hicieron caso. Solo podía oír sus propios gemidos y las palabras que Santo le dijo en italiano. Algo que no pudo comprender.

Tenía razón, le encantaba lo que estaban haciendo. Lo que le daba miedo era entregarle su corazón.

–Tengo que cambiar de habitación –le dijo ella después de hacer el amor.

No quería tener que cruzarse con los huéspedes de la habitación de al lado.

–Esta tarde vine a tu habitación para decirte algo –le contó Santo mientras se incorporaba un poco sobre ella para mirarla

a los ojos–. He despedido a Rafaele.

Santo se portó como un auténtico caballero. Tomó las braguitas que había destrozado y las tiró a la basura. Le dio uno de los zapatos que había perdido y le bajó la falda mientras procesaba lo que acababa de decirle.

Era muy grave que hubiera tenido que despedir a un director en mitad del rodaje y no se atrevió a dejarse llevar por la esperanza, no se atrevió a soñar.

–Elia, lo he pensado mucho y he llegado a la conclusión de que tú serías una directora increíble.

–¡Santo! –exclamó con el corazón en la garganta–. No sé qué decir. ¿Es porque no has podido conseguir a nadie más?

–Hay otros tres directores que podrían tomar un vuelo a Sicilia esta misma noche.

–Entonces, ¿es porque...? –comenzó ella sin atreverse a preguntárselo–. Tenías razón. Nunca debería haber pensado que podrías hacerme un favor solo porque nos acostamos el otro día.

–No tiene nada que ver con el sexo. Nunca contrataría a nadie por ese motivo. El papel de un director es muy importante. Quiero contratarte porque creo que eres la persona más indicada. Serías fantástica, entiendes muy bien la película. Ya has visto lo que Rafaele estaba haciendo... Era un desastre, Elia. Tú sabes muy bien lo que necesita la película.

–Pero una estrella como Taylor nunca me aceptaría.

–Ya lo ha hecho –le dijo Santo–. Hoy ha habido un montón de problemas en el set. Hablé con ella largo y tendido. Le hablé entonces de tus sugerencias y de cuánto te apasiona esta película. Ella estará encantada de trabajar a tus órdenes.

–¿En serio?

–Sí. Siempre es bueno tener una visión fresca de las cosas –le dijo Santo–. Esta es tu oportunidad.

Estaba aterrorizada. Como Santo le había dicho, no tenía experiencia, ni siquiera había sido ayudante de dirección.

–Puedes hacerlo –le dijo él–. Tengo fe en ti, Elia. Pero no voy a decírtelo más. A partir de mañana, estaremos discutiendo en el set. No voy a andar con pies de plomo solo porque se trata de ti. Si creo que no lo estás haciendo bien, te lo diré. Pero cuando no estemos trabajando... Te prometo que lo que suceda entre nosotros a nivel personal no voy a llevarlo al trabajo.

–No puedo hacerlo –le dijo Elia–. Si me acosté contigo la primera vez fue porque ya sabía que contaba con el otro trabajo.

–Lo sé –le dijo Santo–. Dejaste el correo electrónico abierto en mi ordenador.

–Mi madre solía trabajar para mi padre...

–Tú no eres tu madre. Y esto es muy diferente.

–Lo sé, pero me juré hace mucho tiempo que mi trabajo siempre iba a ser lo primero, que nunca iba a ponerlo en peligro por un hombre. Últimamente, he roto demasiadas normas, pero esto es de verdad una gran oportunidad. No puedo quitarle importancia a esa promesa que me hice solo porque se trata de ti.

Pensó que Santo trataría de convencerla, pero no lo hizo.

–Lo entiendo –le dijo él.

–Solo son un par de semanas. Necesito concentrarme totalmente en la película.

–Entonces hazlo –repuso Santo–. Pero necesito que entiendas algo, Elia. No puedes cambiar de opinión. Necesito que seas fiel a tu decisión hasta que termine el rodaje de la película. ¿Quieres seguir conmigo fuera del set o no?

–No.

–Muy bien –respondió Santo yendo hacia la puerta–. Buena suerte. Como decía mi nota, sé que lo harás fenomenal.

# Capítulo Once

Santo parpadeó sorprendido cuando llegó al día siguiente al set de rodaje. Elia estaba allí, eso ya lo había previsto, pero no se parecía a la Elia que conocía.

Llevaba una falda de tela vaquera, alpargatas y una camiseta sin mangas. Llevaba el pelo suelto, como la había visto ya en la cama.

Elia le miró y sonrió. Vio que no llevaba nada de maquillaje.

–¿Es usted la directora Elia? –le preguntó acercándose a ella.

–No, soy simplemente Elia.

Fue como un puñetazo en el estómago ver que la ropa elegante, el pelo y el maquillaje no habían sido más que el atrezo de un papel que había jugado para él. Una vez más, se dio cuenta de que no la conocía en absoluto.

–El barco está listo –le dijo Marianna acercándose a ellos dos.

La nueva secretaria personal le habló a Santo en italiano. Elia tenía claro que era mucho más eficiente que ella. Había logrado en pocas horas lo que tanto le había costado conseguir

a ella.

–Todo el mundo estará en el lugar a las cinco de la mañana y saldrá a navegar a las tres de la tarde del día siguiente.

–*Eccellente* –repuso Santo mirando después a Elia–. Cuando llegue ese momento, ya habremos terminado aquí. Lo sabes, ¿no?

–Así será.

Santo asintió con la cabeza y se volvió hacia Marianna. Oyó cómo le pedía que organizara una fiesta para celebrar el final del rodaje.

–Luego puedo darte algunos teléfonos –le dijo Elia a Marianna–. Siento no haber sido de mucha ayuda a la hora de prepararte para este trabajo.

–No hace falta, tengo mis propios contactos. De todos modos, si necesito algo, lo hablaré directamente con Santo. Prefiero saber las cosas de primera mano –le explicó la joven–. Lo que sí voy a necesitar son las llaves de su coche, la agenda, ese tipo de cosas...

Elia notó que Santo la miraba con una sonrisa mientras abría su bolso y le entregaba unas cuantas cosas a Marianna.

–Creo que has olvidado las gafas de sol –le dijo Santo.

–Es verdad –respondió Elia ruborizándose.

–Y las pastillas para el dolor de cabeza –le recordó él.

–No hace falta –intervino Marianna–. Ya tengo yo.

Le entregó también una camisa y un par de corbatas.

–Creo que eso es todo –dijo Elia.

–¿Estás segura? –le preguntó Santo con una sonrisa.

–Estoy segura de que Marianna estará preparada para cualquier cosa que pueda ocurrir –repuso Elia con una dulce y falsa sonrisa.

Después, se volvió para centrarse en lo importante, su trabajo.

Estaba muy nerviosa. No se veía capaz de dar instrucciones a alguien con tantas tablas como Taylor, pero no tardó en darse cuenta de que la actriz y ella se entendían muy bien.

Miró en su pantalla la imagen que estaban grabando en esos instantes. Taylor caminaba por la playa con su esposo, un soldado que iba a desaparecer durante la guerra. Observó con atención la escena de un momento en la vida de esos personajes que estaba a punto de cambiar para siempre. No volvió a recordar lo nerviosa que estaba y se convenció de que podía hacerlo.

Por fin iba a hacer realidad lo que había soñado durante tantas noches de su infancia, cuando se había encerrado en su cuarto para aislarse de la realidad y hacer películas en su cabeza. Estaba emocionada.

–Vince, de ahora en adelante, no vas a estar mirándola –le indicó al actor.

Ella se centró en la historia que contaba el guión. No tenía nada que ver con lo que había interpretado Rafaele.

–Estás aquí pensando en tu amigo cuando ves que llega Taylor. Hasta ese momento, nunca te habías fijado en ella, ni siquiera te gustaba para él. Pensabas que lo estaba utilizando. Pero, al verla llorar, te das cuenta por primera vez de lo mucho que lo amaba. Eso es lo que te conmueve a ti.

–De acuerdo –respondió Vince con una sonrisa.

Parecía contento con el cambio. Según la dirección de Rafaele, su carácter había parecido el de un hombre que se aprovechaba de una mujer en un momento muy vulnerable.

–Por eso te acercas a ella, Vince –le explicó Elia a los actores–. Te das cuenta de cómo se siente y de cuánto lo echa de menos. Tú, Taylor, al principio estás algo a la defensiva. Él te ha acusado de derramar lágrimas de cocodrilo, pero todo cambia de repente.

–Muy bien, entendido.

–Pero no vamos a hacer ahora la escena del llanto más fuerte y desgarrado. Solo un par de lágrimas. Lo que quiero conseguir es tu expresión cuando ves que Vince se acerca.

Taylor estuvo impresionante.

Santo pudo por fin respirar tranquilo durante el rodaje. No le había pasado desde que empezaran la película.

Vince estaba de buen humor y eso había cambiado por completo la dinámica entre los miembros del equipo y el ambiente en el set. Le comentó a Elia que estaba muy contento mientras volvían al hotel.

–Hemos avanzado más hoy que en toda la semana.

Elia se sentía fenomenal. El comentario de Santo era muy halagador y había sido increíble pasar el día haciendo el trabajo que tanto amaba y sabiendo que lo estaba haciendo bien.

–Estoy muerto de hambre –le dijo Santo.

Eran las diez de la noche y habían estado demasiado ocupados para parar a comer. Ella estaba deseando pedir algo al servicio de habitaciones. Miró a Santo de reojo mientras iban al ascensor. Tampoco le importaría cenar y hablar con él de las escenas del día siguiente.

–Yo también –le contestó ella.

Sabía que le había dicho que no quería estar con él mientras estuviera rodando y que Santo no haría nada para poner en peligro esa película.

–El restaurante está abierto. Tal vez podríamos... –comenzó ella.

Pero sonó entonces el teléfono de Santo y él contestó la llamada.

–Lo siento –se disculpó después–. Bueno, yo voy a pedir que me suban algo a la suite. Te veo mañana. Buenas noches.

Se quedó algo desilusionada, pero no podía quejarse. No tuvo más remedio que ir al restaurante y cenar sola.

Estaba comiendo algún tiempo después cuando entró Santo en el restaurante. Le sonrió al verlo y Santo le devolvió la sonrisa, pero pasó de largo delante de ella.

Poco después, entró Marianna y se sentó con su nuevo jefe.

Sabía que cenaban juntos para organizar la agenda. Trató de no escuchar la conversación ni sus risas.

Sabía que estaba en su situación porque ella lo había decidido. No podía echárselo en cara y fue algo que tuvo que repetirse muchas veces durante los siguientes días.

Cuando estaban rodando, aunque vivían metidos en su propio mundo, no estaban del todo aislados. Durante un descanso, Elia vio que Santo estaba leyendo el periódico.

Ella ya lo había visto. Había un artículo en él que hablaba de lo mal que se llevaban los primos de la familia Corretti. Los hijos de Carlo no querían tener nada que ver con los de Benito. Al parecer iban a lanzarle una contraoferta a Angelo, el

hermanastro de Santo, que contaba con todo el apoyo de los Battaglia. Suponía que Santo estaría sufriendo mucho por culpa de esas noticias. También recordó apenada a su *nonna*, la anciana Teresa.

Pero Santo no le hablaba de nada que no tuviera nada que ver con la película.

Siempre había sido un hombre sonriente, pero esos últimos días lo había visto bastante serio y siempre escondido tras unas gafas oscuras. Aun así, había visto la tensión en sus labios y podía escuchar la impaciencia en sus palabras mientras hablaba por teléfono.

Un día, estaban hablando Santo y ella sobre la siguiente escena cuando se acercó Marianna y le dijo que tenía que hablar con él en privado. Vio cómo ella le decía algo y Santo palidecía. Parecía muy nervioso. Después, sacó su teléfono.

–¿Está todo bien? –le preguntó Elia cuando volvió a verlo esa noche ya en el hotel.

–Por supuesto –le contestó Santo–. Fue muy bien hoy y todo el equipo parece contento.

–Me refería a ti... –le dijo ella–. ¿Sabes algo de Alessandro?

–Elia, acordamos que solo íbamos a hablar de trabajo.

–Pero sé que te pasa algo...

–¿Y? Como te dije, no puedes escoger cuándo quieres que

esté en tu vida ni cuándo no me quieres cerca. Si quieres ser profesional, así será nuestra relación. Tú fuiste la que dijo que no se pueden tener las dos cosas. ¿Querías hablarme de la película?

–No.

–Entonces, si me disculpas, voy a cambiarme para salir a cenar.

El ascensor llegó a la planta de él y Santo salió, pero ella lo siguió.

–Santo, por favor –le dijo–. Cometí un error. Pensé que sería mejor para la película que nos concentráramos solo en el trabajo hasta después del rodaje.

–Y ahora has cambiado de opinión, ¿no? ¿Y si cambias de nuevo mañana? ¿Te pondrás en huelga de sexo? No me gusta este juego, Elia.

–No estoy tratando de jugar contigo.

–He hecho todo lo que me has pedido. Nunca te he empujado a hacer algo que no quisieras hacer, pero esto era lo que deseabas. Sé que has sufrido mucho, pero también estoy sufriendo yo. Me sobrepondré, puedo hacerlo, pero habría sido mucho mejor con tu apoyo –le dijo Santo con dureza–. Fuiste tú quien escogió habitaciones separadas. Así que ahora, si me disculpas, me voy a cenar.

–¿Puedo cenar contigo?

–Tengo compañía esta noche –le dijo él.

–¿Marianna?

–Por supuesto. ¿Qué pasa? ¿Es demasiado atractiva para cenar conmigo? ¿Preferirías que contratara solo a gente fea? ¿Confiarías entonces en mí? ¿Sabes qué? Creo que nunca lo harás.

–¿Te extraña que me cueste confiar en ti? –replicó enfadada–. Te he visto en acción, sé mejor que nadie...

–No –la interrumpió Santo–. No vuelvas esto contra mí. Si no confías en mí no es por mi reputación, es porque no quieres hacerlo. Podríamos estar atrapados en una isla desierta y seguirías sin hacerlo.

Santo podía ver lágrimas en los ojos de Elia mientras le decía lo que pensaba. Sabía que tenía razón. No era su pasado lo que le hacía dudar de él, sino la incapacidad que tenía Elia de tener una relación sana y normal. No sabía cómo amar ni lo que era ser amada.

–Ni siquiera estás dispuesta a que tengamos una oportunidad –prosiguió él–. Me dejaste muy claro desde el principio que no querías tener ninguna relación conmigo. Ahora lo único que estoy haciendo es seguir tu ejemplo. No me culpes por respetar las distancias que tú querías que hubiera entre los dos cuando...

Levantó un dedo para darle más énfasis a sus palabras y vio que Elia se estremecía y apartaba instintivamente la cara. No podía creerlo.

–¿Creías que iba a pegarte? –le preguntó.

–No.

Pero sabía que estaba mintiendo.

–Elia, no voy a aguantar esto por culpa de tu padre. Estás tan atrapada como tu madre. Puede que estés al otro lado del mundo, pero, en realidad, nunca has salido de casa.

Santo nunca se había sentido tan insultado.

–Ahora, si no te importa, me voy a cenar con una mujer adulta.

# Capítulo Doce

Elia había llegado a la conclusión de que Santo tenía parte de razón.

Tumbada en su cama, no podía dejar de pensar en la conversación que habían tenido. En vez de negar sus palabras y de defenderse, se había quedado paralizada al ver el dolor en los ojos de Santo. Lo había ofendido sin querer y comprendía su reacción.

Quería confiar en él, pero no sabía cómo hacerlo. Había sido más seguro esconderse detrás de su trabajo y de otras excusas.

Ya no sentía esa seguridad, solo un gran hueco en su interior y soledad. Le dolía no haber estado a su lado para ayudarle.

De todos los hombres del mundo, se había enamorado de uno en el que le costaba mucho confiar, pero supuso que le habría pasado con cualquiera.

Se sobresaltó cuando su teléfono sonó. Y más aún cuando vio quién era.

–¿Mamá? –le preguntó asustada–. ¿Está todo bien?

–Sí, cariño. Todo está bien. Bueno, todo está igual –se corrigió Gabriella–. Te llamo a estas horas porque estaba esperando a que tu padre se durmiera para llamar. ¿Cómo estás? Te echo de menos. ¿Qué has estado haciendo?

No le dijo que estaba dirigiendo, pero le contó con quién había cenado unos días antes.

–¿Qué cenaste con Teresa Corretti? Elia, ten cuidado con ella –le avisó muy asustada–. Y no se lo digas a tus tías.

–Mamá, es una señora encantadora. No creo que los Corretti sean ahora tan malos como crees. Toda la gente de aquí viene a vernos rodar y parecen muy contentos.

–¿Qué cenasteis? –quiso saber su madre.

Le habló de la comida y de la casa de Teresa. También le dijo que le había dado aceite de oliva para que se lo enviara.

–¿Te lo dio para mí?

–Sí, me dijo que seguro que lo echas de menos.

–Pues es verdad –reconoció su madre.

Se quedaron en silencio. Después, Gabriella le reveló la verdad de por qué la había llamado.

–Elia, lo siento mucho. Nunca debí pedirte que mintieras y no le contaras a nadie lo que había pasado. Pero, si se lo hubiéramos dicho a la policía, ¿qué habría pasado después? Has hecho bien en irte de aquí y comprendo que no quieras

hablar con él. Nunca te lo volveré a pedir.

–Gracias, mamá –le dijo Elia con un nudo en la garganta.

Hasta ese momento no fue consciente de cuánto había necesitado que su madre le pidiera perdón. Hablaron y lloraron un poco más. Cuando colgó después el teléfono, se dio cuenta de que había alguien a quien también ella tenía que pedir perdón.

Pero esa persona estaba cenando y no quería molestarle, así que decidió enviarle un mensaje. Le dijo que quería hablar con él a la hora que fuera.

No le sorprendió que no le contestara.

Había ofendido a Santo y sabía que era un hombre muy orgulloso.

# Capítulo Trece

Al día siguiente, Santo estaba de muy mal humor en el rodaje y completamente inaccesible. Elia lo vio de brazos cruzados y hablando con Luca, uno de sus primos. Desde donde estaba ella, parecía una conversación muy tensa, pero trató de olvidarlo y concentrarse en Taylor.

–Vamos a acercar mucho el plano –le dijo a la actriz–. Si no lo conseguimos hoy, lo haremos en el estudio. No te preocupes, déjate llevar. No voy a pedirte que lo repitas mil veces. Limítate a dar todo lo que tengas ahora. Si no puede ser, lo haremos más adelante.

Mientras retocaban el maquillaje de Taylor, miró a Santo de reojo. Luca ya no estaba allí. Respiró profundamente. Había llegado el momento de hablar con él y tenía que hacerlo aunque pudiera convertirse en el momento más vergonzoso de su vida. Quería decirle que no había estado jugando con él y que sentía no haber sido capaz de seguir las normas que ella misma había impuesto.

Se acercó a él algo nerviosa. Estaba apoyado en una de las caravanas con los brazos cruzados.

–Lo siento –le dijo ella con dificultad y nerviosismo–. Lo

siento mucho. Sé que ayer te insulté y también sé que tú nunca me pegarías.

Santo no dijo nada. Era como hablar con una pared. Su rostro no se movió y su cuerpo estaba inmóvil. Echaba de menos al efusivo y expresivo Santo.

–Hablé con mi madre anoche y me di cuenta de que tienes razón. He estado escondiéndome –le dijo respirando profundamente–. Me has gustado desde hace mucho tiempo. Mucho. Y sí, estaba celosa aunque yo no quisiera admitirlo. Como sé que no tienes relaciones largas, supuse que acostarme contigo sería más o menos como escribir mi carta de renuncia. Porque también supuse que no iba a ser capaz de trabajar después a tu lado si te veía con otras mujeres.

Deseaba que Santo le dijera algo. Pero, cuando lo hizo, se dio cuenta de que habría preferido no hacerlo.

–Supones demasiado.

Santo la miró sin quitarse sus gafas de sol. Elia nunca le había dado a entender que su estilo de vida le molestara. Pensó en los mensajes que él le había dictado para la floristería cada vez que le encargaba que comprara un ramo de flores.

Pero lo cierto era que no había mandado ninguno esos últimos meses. Ya no tenía la misma facilidad de otras veces para inventarse algo que complaciera a sus amantes. Para él, las joyas eran una opción mucho más fácil, solo tenía que

escribir algo rápido y sencillo sobre la gema elegida y el color de los ojos de la mujer en cuestión.

Y Elia había sido la que había escrito esas tarjetas para él.

–Para mí ha sido mucho más que sexo. No quería que supieras cómo me sentía, pero ahora ya lo sabes –le dijo Elia entonces.

–Taylor ya está preparada –repuso él sin dar su brazo a torcer–. Tienes que trabajar.

Elia se alejó de él sin poder dejar de temblar. Sentía que le había dicho todo y que Santo no le había dado nada a cambio de su franqueza.

Aunque, si tenía que ser sincera consigo misma, sabía que no se había abierto completamente a él, pero no sabía cómo hacerlo.

–¿Estás lista? –le preguntó a la actriz.

–¿Quieres hacerlo por mí? –le respondió Taylor al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Ahora mismo, creo que podría hacerlo –admitió Elia–. Pero no estaría actuando.

–Te propongo algo, Elia. Si lo hago bien a la primera, dejaré que me invites a una copa esta noche. Y entonces seré toda oídos.

Y, por supuesto, Taylor hizo las cosas muy bien y en la

primera toma. Era un privilegio ver a una actriz de tanta calidad. Tenía mucha facilidad para transmitir lo que sentía el personaje.

Al ver llorar a Taylor, recordó cómo había encontrado a Santo en la bañera aquel domingo en el hotel. Había sufrido mucho y se dio cuenta en ese momento de que para él también habría sido mucho más que sexo. Habían compartido momentos muy íntimos.

Había sido probablemente la primera y única vez que Santo había necesitado de verdad a otra persona y ella le había negado su apoyo.

–¡Corten! –exclamó Elia dando por terminada la escena.

Taylor se echó a reír en cuanto lo oyó, parecía muy feliz y satisfecha con su trabajo.

–¡Ha sido increíble! –le dijo Elia.

Y volvió a decírselo más tarde, cuando la invitó a tomar algo. Le confesó que aún le impresionaba estar con alguien tan famoso como ella.

–Será mejor que te acostumbres –le dijo Taylor–. Si la película funciona, van a hablar mucho de ti y comenzarán a llegarte guiones de...

–La verdad es que estoy tan concentrada en este proyecto, que no había pensado en lo que puede pasar después –admitió

Elia–. No creo que vuelva a tener una oportunidad como esta. Además, he estado tan metida en la película que he olvidado lo que de verdad es importante.

–Todos lo hacemos a veces –le comentó Taylor–. Seguro que Santo lo entiende.

Se sonrojó al oírlo, no había sido consciente de que otras personas supieran que había tenido algo con él.

–Pero la verdad es que las cosas se están complicando mucho para los Corretti ahora mismo –continuó la actriz–. Tal vez haya llegado la hora de olvidarse un poco del trabajo.

Se dio cuenta de que tenía razón. Se terminó su copa y se despidió de Taylor. Fue al ascensor y decidió ir a hablar con Santo. Quería disculparse de nuevo y explicarle bien por qué se había estremecido como lo había hecho cuando le vio levantando la mano.

Respiró hondo y llamó a la puerta de su suite.

Pero se quedó sin aliento al ver que abría la puerta la impresionante Marianna y que llevaba puesto el albornoz del hotel.

–Pensé que sería el servicio de habitaciones –le dijo con una sonrisa–. Santo está en la ducha.

Elia no podía moverse. Llegó en ese momento un botones con una gran cubitera con hielo y una botella de champán. Le

quedó muy claro que acababa de interrumpirlos.

–Póngalo junto a la cama –ordenó Marianna al botones.

Tragó saliva al oírlo. Allí era donde a Santo le gustaba tener el champán y la cubitera, cerca de la cama.

–¿Era algo urgente? ¿Quieres que le diga que estás aquí?

–No, no era nada importante. Puede esperar –susurró Elia.

Se despidió y fue andando como una zombi hasta su habitación. Tal y como había temido desde el principio, Santo iba a romperle el corazón.

# Capitulo Catorce

Elia llegó a las seis de la mañana al set de rodaje. Sabía que en cualquier momento llegaría Santo y que su cara sería muy distinta ese día después de pasar la noche con su nueva secretaria.

Pero ella iba a tener que seguir mostrándose como la perfecta profesional y no hacer ninguna referencia a lo que había descubierto por casualidad.

Pero pasó el tiempo y seguía sin aparecer. Todo el mundo le preguntaba por él.

Al final, suspiró y decidió llamarlo. Saltó el contestador como si lo tuviera apagado.

Llamó entonces al hotel para que la pusieran con su suite. Esperaba que no contestara Marianna, pero se llevó una sorpresa aún mayor cuando la recepcionista le dijo que el *signor* Corretti había dejado el hotel esa mañana.

Preguntó entonces por Marianna Tonito y se quedó sin aliento cuando le dijeron que ella también se había ido del hotel.

En cuanto colgó, le entró en el teléfono un mensaje de

texto. Era de él.

*Ha surgido algo importante. Sé que la película estará bien en tus manos. Marianna ha dejado la agenda para que te encargues tú de ella. Sé que son muchas cosas. Pero ¿podrías asegurarte de que haya suficiente champán para la fiesta de fin de rodaje?*

Elia se dio cuenta en ese instante de cómo se sentía uno cuando alguien como Santo le rompía el corazón. Pero no era el fin del mundo. Vio en ese instante sorprendida que era más fuerte de lo que creía.

–Bueno, parece que ha pasado algo y no va a estar hoy –le dijo al equipo–. No sé cuándo va a volver, pero vamos a seguir adelante sin Santo. Todo irá bien.

No podía creer que se hubiera marchado y la hubiera dejado al frente de la película, pero no le iba a quedar más remedio que olvidar lo que había pasado y centrarse en el rodaje.

Miró su reloj, ya habían perdido demasiado tiempo esa mañana y estaba decidida a no dejar que un hombre arruinara su carrera ni la carrera de todo ese equipo, aunque se tratara de un hombre tan apuesto como Santo.

Tenía mucho que hacer. Entre otras cosas, dirigir una película y a ese equipo, lidiar con trescientos extras y con el

barco.

Y además, también tenía que encargar unas cuantas cajas de champán.

–Mañana es el último día de rodaje –les recordó–. Quiero que estéis todos aquí a las cuatro en punto.

El pequeño pueblo costero estaba más vivo que nunca. Los restaurantes estaban abiertos para dar de comer a todos los extras. Había una energía y entusiasmo especiales y Elia hizo todo lo posible para ser parte de ese ambiente, pero no estaba de humor.

Hizo una foto de las calles llenas de gente y una del barco. Pensó en mandárselas a su madre y decidió después que le vendría bien llamarla cuando llegara al hotel. Le apetecía hablar con ella.

Estaba deseando que le contara más cosas sobre lo peligrosos que eran los hombres de la familia Corretti y las mujeres que los amaban, pero pensó que eso no haría sino aumentar el dolor que sentía en esos momentos.

Pensaba ir directa a su habitación en cuanto llegara al hotel y poder por fin desahogarse.

Y lo habría hecho si no se hubiera encontrado allí con la sorpresa de que alguien muy especial estaba esperándola en el hotel.

# Capítulo Quince

–Teresa Corretti la está esperando –le dijo a Elia la recepcionista en cuanto llegó al hotel–. Le expliqué que Santo ya no se aloja aquí, pero ha decidido quedarse y esperarla para hablar con usted.

–Gracias –contestó Elia muy sorprendida.

Se dio la vuelta y vio que, efectivamente, Teresa Corretti estaba allí, sentada en el vestíbulo. Elia forzó una sonrisa y se acercó a la señora.

–Lo siento, pero Santo no está aquí...

–Ya lo sabía –la interrumpió la mujer mientras la besaba en ambas mejillas–. He venido a verte a ti. Vamos, ven conmigo. Creo que tienen un bonito salón donde podemos tomar algo.

Elia no sabía cómo reaccionar y vio que les pasaba lo mismo a los empleados del bar del hotel. No estaban acostumbrados a ver a una mujer tan mayor y vestida completamente de negro en ese establecimiento y el hecho de que se tratara de la matriarca de la familia Corretti hacía que se tratara de un acontecimiento más sorprendente aún.

Teresa pidió un par de copas de licor y comenzó a charlar

con ella de manera muy amigable mientras esperaban a que les sirvieran las bebidas. Le preguntó por su madre, quería saber si Elia le había comentado que había estado cenando en su casa.

–Sí, lo hice –le contestó Elia sonriendo–. Ni siquiera se esforzó por fingir cuánto le fascinaba la idea de que hubiera cenado en su casa.

–¿Cómo va el rodaje? –le preguntó entonces.

–Muy bien –repuso Elia tratando de mantener la calma mientras un camarero les servía sus bebidas.

Después de todo, Teresa Corretti no tenía la culpa de que su nieto fuera tan irresponsable como para haberse ido antes de terminar de rodar allí.

–Eres la primera mujer que Santo trae a mi casa –le dijo entonces.

No pudo evitar ruborizarse. No sabía cómo decirle a esa mujer tan elegante y sofisticada que su nieto ya la había dejado por otra.

–Bueno, en realidad... La verdad es que... –comenzó Elia con incomodidad–. En realidad no es nada serio.

–¿De verdad? –le preguntó frunciendo el ceño–. Pensé que había mucho afecto y cariño entre los dos. Eso fue al menos lo que me pareció cuando os vi en casa.

Elia apretó con fuerza el cristal de su copa. No podía decirle que su nieto era un hombre excepcionalmente cariñoso, pero que le gustaba ser así con muchas mujeres.

–Mi nieto es un hombre complicado –le dijo Teresa–. De todos mis nietos, él es el que... Ya de pequeño era un niño que no dejaba nunca de sonreír y reír. Estaba siempre feliz, pero su corazón ha estado siempre cerrado a los demás.

–¿Habla de Santo?

–Sí, de Santo –asintió Teresa–. Y es igual ahora. Le gusta divertirse y llevar una vida bastante alocada, pero no deja que nadie se le acerque. Siempre ha habido muchas mujeres en su vida, pero tú eres la única que ha llevado a mi casa.

Elia no sabía cómo manejar esa situación tan embarazosa. No quería que se hiciera una idea equivocada.

–*Signora* Corretti. No piense que Santo me llevó a casa para que la conociera, no soy su novia oficial, ni mucho menos... De hecho, creo que las cosas han terminado entre Santo y yo.

–¿Eso crees?

Pensó entonces en Marianna y en la facilidad con la que él parecía haber pasado página. Le dolía que se hubiera dejado llevar por la tentación, aunque fuera tan irresistible como su nueva secretaria.

–No es que lo crea, es que lo sé –le dijo Elia–. Algunas cosas no se pueden perdonar. Se suponía que esta película era muy importante para él, para este pueblo y para el prestigio de su familia. Pero se ha ido de repente, sin pensárselo dos veces.

Sabía que su conducta era algo patética. Pero no le importó, tenía que saberlo.

–¿Sabe dónde está? –le preguntó– ¿Qué es lo que ha pasado? Ni siquiera sé con quién está.

Tenía los ojos llorosos y trató de contenerse para no derrumbarse por completo delante de la abuela de Santo.

–Esas son preguntas que no hacemos en mi familia.

Pensó que era una familia tan corrupta y poderosa, que ellos tenían sus propias reglas y no les importaba a quiénes hirieran por el camino.

–Es solo una película –le dijo Teresa mientras se encogía de hombros–. Puedes perdonarlo si quieres hacerlo.

–A lo mejor usted sí puede hacerlo –respondió ella con sinceridad–. Yo nunca he podido.

Y creía que era algo positivo. Que, por mucho que lo amara, no iba a hacer la vista gorda y pasar por algo así. Se sintió algo mejor y las lágrimas no llegaron a derramarse. Fue capaz de seguir charlando y riendo con Teresa durante un buen rato.

–Tendría que irme, pero la verdad es que no me apetece –le comentó Teresa mucho tiempo después–. ¿Te apetece un café?

Iba a decirle que no, pero decidió aceptar en el último momento.

–Me parece una idea fantástica.

–O mejor aún, podríamos pedir un *amaro*. Es muy bueno para la digestión.

Elia tenía que llegar al rodaje a las cuatro de la mañana, pero aceptó la invitación de Teresa y se tomaron unas copas del licor de hierbas. La anciana le habló entonces de Salvatore, su difunto esposo.

–Lo siento, sé que hablo mucho –se disculpó Teresa más tarde.

–No se preocupe. Me ha encantado hablar con usted –le dijo Elia.

–Eres una buena chica.

Se lo dijo mientras salían del hotel. Allí esperaba a la señora Corretti su paciente conductor.

–Has cuidado muy bien de mí esta noche –le dijo Teresa–. Ha sido agradable salir un poco de casa.

–Yo también he disfrutado mucho.

Y era totalmente sincera. Aunque estaba agotada. Cuando

llegó a su habitación, solo tuvo tiempo para poner la alarma antes de dejarse caer en la cama.

Estaba demasiado exhausta para pensar Santo o para darle vueltas a la película que tenía que terminar de rodar al día siguiente.

# Capítulo Dieciséis

Aunque Elia había estado demasiado cansada para pensar en Santo la noche anterior, se despertó echándolo de menos.

Era el último día de rodaje.

Se asomó a la ventana del hotel. Una impresionante luna se reflejaba en el agua. Miró al barco que le había dado tantos problemas. Después de todo lo que Santo había insistido para que esas escenas salieran bien, ni siquiera iba a estar allí para verlas.

Empezaba a saber de verdad cómo era que Santo le rompiera el corazón. No solo sentía dolor, sino que también estaba furiosa consigo misma por la manera en la que había manejado las cosas. Pero se dio cuenta de que no era el momento de pensar en su corazón.

Se puso su falda vaquera favorita y una camiseta sin mangas. Aunque no se maquilló, se aplicó un poco de rímel para recordarse que no podía llorar.

Ya tendría oportunidad de hacerlo esa noche, cuando todo hubiera terminado. Entonces podría llevarse una botella del champán que había tenido que pedir ella misma y beberlo

aunque estuviera caliente. Porque no quería volver a ver en su vida una cubitera con hielo.

Fue esa promesa que se había hecho en el hotel la que hizo que aguantara estoicamente todo el día de rodaje.

Pero, cuando observó la escena final, con el barco detrás de ellos, y vio cómo las manos del marido recorrían el cuerpo de Taylor, no pudo evitar pensar en Santo y en cómo habían representado en el hotel esa misma escena.

Se mordió angustiada el labio. Estaba deseando que terminara esa escena para poder dar también por finalizado el rodaje.

Iban a tener que rodar de nuevo algunas cosas en el estudio, pero la mayor parte de la película ya estaba hecha.

Observó cómo se besaban los esposos mientras las manos de él exploraban su cuerpo y descubría que le había sido infiel. Vio que todo el equipo estaba llorando. Elia también.

El océano reflejaba la tenue luz del barco, los extras se movían por el puerto en perfecta armonía y la cámara fue alejándose lentamente de ellos mientras ella lo controlaba todo desde su silla y mirando la pantalla de su visor.

Era perfecto. Pero sintió de repente que había alguien de pie a su lado y supo sin mirar que se trataba de Santo.

En pocos segundos, se había complicado mucho su vida. A

pesar de todo lo que había pasado, seguía deseándolo y no quería siquiera mirarlo.

–Vamos, ya está. Elia. Diles que corten –le dijo él.

–Todavía no.

–Por favor –insistió Santo–. Dilo para que te pueda llevar a la caravana.

Elia no podía creer lo que acababa de decirle. Pensó que debía de estar bromeando, pero le pareció que no tenía ninguna gracia.

–Tengo que hablar contigo.

–Ahora mismo estoy un poco ocupada.

Pero no tardó mucho más en cortar la grabación. Ya había terminado. Hubo gritos y aplausos del equipo. Ella se secó los ojos con un pañuelo, vio las manchas negras y sonrió. Aunque se había puesto rímel para obligarse a no llorar por él, iba a tener que enfrentarse a Santo con la cara manchada como si fuera un panda.

–Estas lágrimas no son por ti –le dijo.

–Lo sé –repuso Santo–. Te he estado observando.

Habría preferido que no lo hiciera.

–Ha ido todo muy bien. Perdona, pero tengo que ir a felicitar a...

–No tiene que ser ahora mismo, ¿no? Necesito que vengas conmigo.

Se volvió y lo miró entonces. Era como si hubiera vuelto atrás en el tiempo. Estaba como lo había visto cuando se acostó con él por primera vez. Tenía un gran moratón en su ojo izquierdo y un pequeño corte en el labio. Pero, esa vez, no quería saber los detalles. Quería estar tan lejos de Santo y de su vida personal como le fuera posible.

–Hay algo que tengo que decirte –le dijo de nuevo Santo–. Supongo que pensarás... Pensarás que me he pasado de la raya...

Elia cerró un instante los ojos. Siempre había creído que nunca podría llegar a perdonar lo que Santo le había hecho. Y no entendía por qué, de una manera casi masoquista, ella misma se había encargado de que Santo tuviera trabajando para él a una mujer tan tentadora como Marianna mientras ella se escondía para lamerse las heridas.

Estaba pagando muy caras sus decisiones, sobre todo la de ofrecerle una tentación como la de su nueva secretaria. No podía después echarle en cara que hubiera mordido el anzuelo.

No, lo que tenía muy claro era que no era el sitio más apropiado para tener esa conversación. Ya estaban abriendo botellas de champán y empezaba la fiesta de celebración.

Elia lo siguió hasta su caravana. Temía esa conversación,

pero sabía que era necesaria y que debía prepararse para hacerle frente.

–Nunca quise que sucediera, fue algo impulsivo –comenzó Santo.

Trató de permanecer tranquila y fingir que no le afectaba lo que le estaba contando. Le habría encantado decirle que lo entendía, pero las lágrimas no dejaban de salir de sus ojos y tenía un nudo en el estómago. No se veía capaz de hacerlo.

–«Si te engaña una vez, la culpa es de él. Si te engaña dos veces, la culpa es mía» –dijo ella entonces.

Supuso que Santo conocería muy bien ese viejo refrán italiano. Debían de habérselo dicho muchas veces. En esa ocasión, él no corrigió su italiano y ella decidió seguir diciéndole lo que pensaba.

–¿Sabes qué? Lo que más me gusta de ti es también la parte que más odio.

Él frunció el ceño como si no la entendiera.

–No voy a perdonarte. Sé que te parecerá que no estoy siendo muy madura, pero a lo mejor es que yo soy así. En ningún momento pensé que tú te ibas a tomar esta relación tan en serio como yo.

–Me la tomo muy en serio –protestó Santo.

–¿Qué? ¡Sé que estuviste con Marianna!

–¿Con Marianna? –repitió Santo con cara de confusión–. Marianna se ha ido.

–No me extraña que se haya ido después de que te acostaras con ella.

–Elia, no entiendo nada. Siempre me ha parecido una locura que no quisieras seguir acostándote conmigo mientras trabajabas para mí. No me gustaba, pero lo he respetado –le dijo Santo–. Lo que no entiendo es lo que me estás contando. No me he ido a la cama con Marianna. ¿De verdad crees que me tomo todo tan a la ligera? –añadió con desesperación–. Tuve que despedirla después de que intentara seducirme. Se metió en mi suite un día y, cuando salí de la ducha... No creo que sea necesario que te dé todos los detalles, pero había champán y mucho encaje. Aun así, no pasó nada en absoluto. Ni siquiera un beso. No sé qué me pasa, me temo que he perdido mi habilidad con las mujeres. Parece que solo me interesan las que me ponen las cosas difíciles y arrastran un montón de problemas personales, las que prefieren centrarse en los ángulos de una cámara antes que atenderme a mí.

–¿No te acostaste con Marianna? –le preguntó ella con el corazón a mil por hora.

–Ya te he dicho que no.

Y sabía que Santo nunca mentía, no había tratado en ningún momento de tapar sus errores.

Por primera vez en mucho tiempo, sonrió. Y ese pequeño gesto fue todo lo que necesitó Santo para ir a por ella con una mirada llena de deseo.

–Te he echado mucho de menos –le susurró mientras la abrazaba y enterraba la cara en su pelo–. Te deseo tanto...

–Pero, Santo, no puedes desaparecer y volver después como si no hubiera pasado nada –protestó ella tratando de apartarse sin conseguirlo.

–Sí puedo –le dijo Santo mientras trataba de quitarle la camiseta de tirantes–. Me perdonarás muy pronto, pero antes tengo que estar contigo...

–No.

–Tengo que hacerlo... Te necesito –se quejó Santo–. Elia, por favor, llevo demasiado tiempo esperando.

–Pero ¿dónde has estado?

–No tienes por qué saberlo ahora mismo.

–Te equivocas –le rogó Elia–. Necesito saber qué está pasando. Siento haberte apartado como lo hice y no haber estado a tu lado cuando estabas sufriendo mucho por culpa de todos los problemas que tienes con tu familia. Estaba tan encerrada en mí misma que me olvidé de todo por lo que estás pasando...

–¿Y qué más, Elia? –le preguntó Santo después de quitarle

la camiseta.

–Estaba equivocada –admitió ella.

–¿Por qué? –le dijo al tiempo que le desabrochaba el sujetador.

–Porque...

Era demasiado difícil concentrarse en lo quería decirle cuando Santo habían empezado a besarle el pecho y a jugar con sus pezones.

–Porque necesitaba que estuvieras a mi lado –dijo Santo por ella.

Santo le quitó la falda y la empujó sobre la cama. Después, se desvistió a toda prisa.

–De la misma manera que yo tengo que estar a tu lado para ayudarte.

–¿Dónde has estado, Santo?

Él la besó por todas partes. Después, se detuvo y la miró a los ojos.

–¿Puedo decírtelo más tarde?

No podía dejar de retorcerse de placer. Quería saberlo, pero...

–¿De verdad necesitas saberlo ahora mismo? –le preguntó Santo.

Elia lo miró y vio el deseo y la pasión que había en sus ojos.

–No –le susurró.

–¿Cómo?

–No –repitió ella.

–¿Por qué? –le preguntó Santo mientras le separaba las piernas.

Como había pasado la primera vez, él tenía el control de la situación. Tardó unos segundos en responder, pero sabía muy bien por qué.

–Porque confío en ti.

Pensó que la recompensaría con su delicioso cuerpo, pero la hizo esperar más aún.

–¿Y qué quiere decir eso? –le preguntó Santo.

–Que te quiero –le confesó por fin.

–Respuesta correcta –respondió Santo con una sonrisa.

Y consiguió entonces su premio.

Le había costado mucho darse cuenta, pero era verdad. Lo amaba, siempre lo había hecho. No sabía cuándo había pasado. En ese momento, ni siquiera le importaba si era correspondida o no. Eso no cambiaba las cosas. Tenía la impresión de que estaba aprendiendo más en ese momento de lo que iba a aprender en toda su vida.

Dejó por fin de luchar contra sus sentimientos y de intentar apartarse de él. Se dejó llevar por la increíble sensación de volver a estar entre sus brazos.

Santo la miró después de hacer el amor. Elia se había tapado con una sábana como hacía siempre.

–¿Me quieres? –le preguntó él con una gran sonrisa.

–Sí. Supongo que soy más tonta de lo que pensaba.

–Es que es muy fácil quererme.

–Sí, eso me dijo tu *nonna*.

Santo se echó a reír, pero Elia chilló y se escondió muy avergonzada cuando alguien abrió la puerta de la caravana.

–No he visto nada –dijo un hombre desde la puerta–. Ya volveré más tarde. Me dijeron que la entrevista iba a ser...

–¿Eres Paulo? –le preguntó Santo al recién llegado–. ¿Cuándo puedes empezar?

–Ahora mismo –contestó el joven–. Si no está ocupado...

Elia no podía creer que Santo le estuviera haciendo pasar tanta vergüenza y que siguiera hablando con Paulo como si fuera la cosa más normal del mundo.

–Lo primero que necesito que hagas para mí es que me

presentes una gran variedad de anillos –oyó que le decía Santo a su nuevo secretario personal–. Anillos de compromiso.

Su corazón se detuvo en ese instante. No podía creerlo.

–¿Tiene alguna preferencia en particular? –le preguntó Paulo.

–Bueno, sus ojos son del color del ámbar –respondió Santo–. Pero, si lo elijo a juego con sus ojos, ella me va a echar en cara que esté siendo algo superficial...

–Y también tacaño –añadió Paulo.

–Claro.

Escuchó a Santo hablando con Paulo como si se le acabara de ocurrir todo eso, como si él no hubiera planeado cada segundo de todo lo que estaba ocurriendo en esos momentos. Se dio cuenta de que Santo siempre iba un paso por delante de ella.

–Mejor que sea un diamante –le dijo Santo–. Tan grande como un cubito de hielo. De hecho, mejor si tiene la forma de un cubito de hielo.

–Muy bien, un brillante de talla princesa –contestó Paulo–. Yo me encargo de todo.

Salió de la caravana y Elia pudo por fin respirar.

–Parece muy eficiente –le dijo Santo mientras le quitaba la sábana–. Y no me imagino teniendo nada con él. Bueno, nunca

se sabe...

–¡Eres incorregible! –exclamó ella riendo.

–Solo son palabras, nunca va a haber nada más –le prometió Santo–. Y a partir de ahora, esas palabras son solo para ti. Estoy harto, no quiero seguir con la vida que he llevado hasta ahora. Le pediré a Paulo que cancele el pedido de preservativos de mi lista de la compra y, si me aceptas, seré solo tuyo.

No era la propuesta de matrimonio más romántica del mundo, pero eran las palabras más bellas que Elia había escuchado en toda su vida.

–Nunca te haré daño –le dijo Santo.

–Lo sé.

–Hablo completamente en serio, Elia. Quiero casarme contigo tan pronto como Paulo pueda organizarlo todo.

–No hace falta, podemos escaparnos y casarnos en cualquier sitio los dos solos.

–No, Elia. Vamos a hacerlo bien. Será una buena boda siciliana.

–Eso es imposible. No tenemos ni idea de dónde está tu hermano y mis padres nunca vendrían.

–¿No dijiste antes que confías en mí?

Recordó entonces cuánto confiaba en él.

–Tu *nonna* Teresa vino a verme y me contó lo que está pasando en tu familia. Siento no haber estado ahí para ayudarte.

–Ahora lo estás y, no te preocupes, tendrás la oportunidad de resarcirme. Va a haber muchos más problemas.

–Tu familia es un desastre –le dijo ella pasando un dedo por sus heridas.

–También lo es la tuya. Y a tu padre le gusta usar sus puños.

Pero ella no quería hablar de eso en esos momentos.

–Pero te prometo que no le devolví los golpes.

Elia lo miró con la boca abierta. No podía creer que los golpes que tenía Santo en la cara se los hubiera producido su padre.

–Fui a verlo para pedirle tu mano y pude comprobar en primera persona cómo es.

Elia estaba horrorizada y pensó en lo que estaría pasando su madre en esos momentos. Intentó incorporarse en la cama, pero Santo la sujetó.

–Tu madre está aquí –le dijo adivinando su preocupación–. Se quedará un par de noches con mi *nonna* y después la llevará a casa de sus hermanas.

Era demasiada información en poco tiempo.

–Tenía miedo, pero conseguí convencerla y vino en el avión conmigo –le contó Santo–. Le pasa como a mi abuela. Son mujeres leales que piensan que los votos que hicieron en la iglesia cuando se casaron son más importantes que ellas.

–Pero... Nunca he podido convencerla para que se fuera de allí. ¿Cómo lo has hecho?

–Hablé antes con mi *nonna*. Quería entenderlo todo mejor para saber qué decirle a tu madre.

–Pero, ¿por qué? –le preguntó ella sin entender.

–Mi abuelo Salvatore le pegaba –le contestó Santo con los ojos llenos de lágrimas–. Ella nunca me lo contó, pero yo lo sabía. Durante una de sus fiestas de cumpleaños, escuché a mi padre hablando con mi abuelo y echándole en cara el trato que le había dado a mi abuela.

–¿Qué dijo Salvatore?

–Le contó a mi padre que solo había ocurrido una vez –le dijo Santo–. Nadie en la familia lo sabe, ni siquiera Benito, y le he prometido a mi *nonna* que no se lo contaré a nadie, solo a ti. Después de todo, es su historia y es ella quien debe contarla si siente que lo necesita.

–¿Por qué crees que tu padre no se lo contó a Benito?

–No lo sé. A lo mejor para que no sufriera –contestó Santo encogiéndose de hombros–. Aunque es verdad que eran

rivales, también eran hermanos.

Seguía sin asimilar lo que le estaba diciendo. Había ido a hablar con su *nonna* solo para saber cómo ayudar a su madre. Le dijo en ese momento lo que estaba pensando.

–Tenía que hacerlo –le dijo Santo después–. Siempre voy a estar a tu lado. Igual que tú estarás al mío durante los próximos meses, cuando mi familia se rompa en mil pedazos.

–A lo mejor no ocurre, Santo. Después de todo, sois familia, hay un vínculo muy importante...

–Tu propia familia es el peor enemigo que se puede tener porque nunca terminas de librarte de ellos. Pero es verdad que a veces también resultan los mejores aliados. Lo mismo le ocurría a tu madre. Aunque tema a tu padre, también le preocupa su estado.

–A mí también –confesó ella.

–He contratado a una enfermera que lo visitará todos los días, así que estará cuidado. Se lo prometí a tu madre y fue así cómo conseguí que viniera conmigo. De tu padre preferí no defenderme cuando me atacó. Pero, si hubiera sabido lo que sé ahora, no podría haberme controlado. Hablé mucho con tu madre durante el vuelo.

Se le llenaron de lágrimas los ojos al oírlo.

–Él te pegó.

–Sí, es verdad –admitió Elia–. Me pegó una vez. Después de eso, me fui de casa y empecé a trabajar para poder sacar a mi madre de allí.

Santo quiso saber más detalles sobre lo que le había hecho su padre.

Echó hacia atrás la cabeza y le mostró la cicatriz que tenía en el cuello. También le dijo que había tenido que arreglarse los dientes.

–Debería haber ido a la policía, pero no quería complicarle la vida a mi madre. No pensé que fuera a quedarse con él después de lo que me hizo.

–Tu madre piensa que no vas a poder perdonarla.

–Lo estoy intentando.

–Me alegro. Le dije que esta noche no podrías verla, pero que nos pasaremos por allí mañana. Estoy seguro de que podréis solucionar vuestras diferencias.

–La verdad es que ya estamos mejor. Anoche estuve a punto de llamarla...

–¿Por qué crees que mi *nonna* insistió en que tomarais algo en el bar del hotel?

–¿Qué? ¿Le pediste que me entretuviera para que no llamara a mi madre a casa?

–¡Por supuesto! A los Corretti se nos dan muy bien estas

maquinaciones.

Santo se levantó de la cama.

–Ahora, tenemos una fiesta a la que ir. Tienes que cuidar tu carrera.

Le emocionaba ver cuánto la cuidaba Santo. Estaba pendiente de todo.

Lo miró sin poder controlar su emoción. Estaba deseando casarse con ese hombre y pasar el resto de su vida con él. Sus ojos se encontraron y supo que Santo la amaba tanto como ella a él.

Hubo tiempo para un largo beso antes de salir de la caravana para ir a la fiesta.

–¡No te he dicho que te quiero! –recordó él entonces.

–Creo que lo acabas de hacer.

–Bueno, lo repetiré para más seguridad –le dijo mientras la abrazaba–. Te quiero. Es la primera vez que se lo digo a alguien. Te quiero tanto que pasaré el resto de mi vida demostrándote que puedes confiar en mí.

–Ya lo has hecho, Santo –respondió ella con sinceridad.

# Epílogo

El día de su boda, un enorme lazo blanco adornaba la iglesia del pueblo donde había nacido la madre de Elia. Era una tradición siciliana para anunciar que estaba a punto de celebrarse una boda allí.

–Nunca soñé con que pudiera vivir un día como este –le dijo Gabriella a su hija mientras caminaban por las calles empedradas e iluminadas por antorchas hasta llegar a la iglesia.

–¿Qué es lo que más te sorprende, mamá? ¿Ver a tu hija casándose con un Corretti? –le preguntó Elia.

–¡Todavía no me lo puedo creer! –le confesó Gabriella–. Pero no es eso. Lo fascinante es que te cases en mi iglesia y con mis hermanas aquí.

Santo y Paulo habían trabajado muy duro para organizarlo todo en poco tiempo. Los dos querían algo rápido y discreto. La familia estaba demasiado dividida para hacer una boda grande.

A pesar de la felicidad que sentía en su corazón, le dolía que no estuviera allí su padre. Aunque habían sido sus propias decisiones las que lo habían llevado a no estar presente en la

vida de su hija.

Pero sí contaban con la presencia de Teresa y de sus tías. Incluso había conocido a dos primas pequeñas que entraron delante de ella en la iglesia repartiendo pétalos de rosas.

Cuando llegó el momento de que entrara la novia, Elia contuvo el aliento al ver que la iglesia estaba llena y que todos la miraban. Pero ella solo tenía ojos para el novio.

Santo se quedó sin respiración al ver a Elia entrando en la iglesia con un vestido de color verde pálido. Sabía que había sido el traje de novia de una de sus tías.

–Me han dicho que da buena suerte para que la novia sea fértil –le susurró Elia con un guiño al llegar a su lado frente al altar.

Habían descubierto tres días antes que no tenían ningún problema de fertilidad. Había sido una gran sorpresa que preferían mantener en secreto de momento.

La ceremonia fue maravillosa.

Después, tuvieron unos minutos para estar juntos antes de que empezara la fiesta. Santo ya le había hablado de la casa que había visto en Palermo. Era perfecta para iniciar su vida en común, pero antes iban a pasar una luna de miel relajándose en la playa.

Elia se dio cuenta de que a los sicilianos se les daba muy

bien organizar una buena fiesta. Las calles estaban llenas de mesas con comida y más comida. Hubo discursos, canciones y muchas risas. De vez en cuando, miraba a su madre para ver cómo estaba. En ese momento charlaba animadamente con Teresa.

–Y ahora nos toca bailar –le dijo Santo.

Elia había pensado que esa boda no iba a ser más que una formalidad, pero fue increíble estar entre sus brazos, bailando mientras todos los miraban. Después de todo, se dio cuenta de que era más romántica de lo que creía. Estaba siendo la mejor noche de su vida.

–Te quiero –le susurró al oído–. No cambies nunca.

–Solo para mejor –respondió Santo–. He elegido tres guiones para llevarnos al viaje de luna de miel. Uno es de suspense y otro es una comedia romántica.

–Me encanta nuestro trabajo –le dijo ella–. No nos vamos a aburrir nunca. ¿De qué trata el tercer guión?

–Es una película del oeste –le contestó Santo mientras la miraba con picardía a los ojos.

Elia se echó a reír con ganas. Supuso que los dos estaban pensando en lo bien que se lo iban a pasar recreando los guiones en la cama.

Al verlos así, la gente comenzó a hacer sonar sus cucharas

contra las copas de champán, pidiéndoles así a los recién casados que se besaran.

–Ya sabes que es una tradición –le dijo Santo–. No te queda más remedio que darme un beso.

No, no tenía más remedio que hacerlo, pero había mucho más que tradición en el beso que se dieron.

Se trataba simplemente de amor.

